

# N O S O T R O S

---

## UN AÑO DE DICTADURA (1)

**E**L mes de agosto pasado, Alfonso XIII, hablando en cierta playa del norte con un sportman, amigo suyo, le dijo:

—Sabía que Primo de Rivera es un hombre muy ligero, pero no le creía tan estúpido.

Acababa de desenlazarse una intriga palaciega y militar, primer embite serio dado por los generales descontentos para derrocar al dictador. Cavalcanti, encartado en el proceso abierto por los desastres de Africa, sublevado en setiembre de 1923, y actualmente jefe de la Casa militar de Su Majestad, dirigía la maniobra. Le salió mal, como otras menos incruentas que han tenido lugar bajo su mando en los campos rifeños. El rey, esquivando un conflicto demasiado áspero y azaroso, consintió a última hora en prorrogar su vacilante confianza al Directorio de Primo de Rivera. Justo es decir que los más acérrimos partidarios de este sistema de gobernar, se hacían cruces ante la inminente elevación de Cavalcanti al rango de primer ministro. Su nulidad es conocida; y está — añadimos nosotros — desprovisto de comicidad. Habríamos pasado de la tontería expansiva y alharaquieta de Primo

---

(1) El presente artículo nos ha llegado acompañado de una carta del escritor José Gabriel, que dice así:

Estimados amigos: El mismo valiente escritor español que hace unos meses me remitió los artículos sobre la dictadura española, publicados por NOSOTROS, vuelve a enviarme para Vds. otra serie que, como la anterior, se halla en curso de aparición, en francés, en la revista *Europe* de París. Vuelvo a mi vez, pues, a requerirles espacio en NOSOTROS. Se trata, como verán, de un trabajo de sumo interés, con cuya difusión contribuiremos a una causa santa.

De Vdes. affmo.

JOSÉ GABRIEL.

de Rivera, a la tontería adusta y displicente de un oficialito de frente angosta. La mutación se aplazó. Y Primo de Rivera se dió el gusto de insultar en una nota, sin nombrarlos, a sus adversarios momentáneamente vencidos. Con las palabras arriba transcritas, Don Alfonso reprobaba el petulante ardimiento de su ministro universal.

Por su lado, el general Primo de Rivera, que conoce de sobra el estilo de su amo, decía en la intimidad:

—Sé que el rey me quiere “borbonear”. Allá veremos.

“Borbonear” es neologismo necesario. Primo de Rivera lo adopta para expresar la doblez regia, trasunto de la felonía de Fernando VII, de quien Don Alfonso ha heredado más ciertamente la deslealtad que la sangre. Ambas anécdotas resumen, al concluir el primer año de la dictadura, la situación en que se hallan los dos personajes principales de esta tragicomedia. El rey quisiera salir del mal paso en que se ha metido. Un gobierno que se decía omnipotente, resulta ineficaz como ninguno y se muere asfixiado en el vacío, merced a la opresión y al silencio que en torno suyo crea; llamándose “nacional”, se ha concitado el desdén, la burla o el odio de los españoles; venido para apretar los lazos (a su entender, relajados) de la nacionalidad y a suprimir los sentimientos separatistas, siembra en Cataluña, por su política de vejaciones estúpidas, tantos rencores que no puede mirarse hacia este lado sin aprensiones graves para lo futuro; debelador de los políticos concusionarios, es el más devoto campeón de los negocios del capitalismo; gobierno exclusivamente militar (“gobiernan solos el ejército y la marina”, repite el general Primo de Rivera) se ha visto escarnecido, vejado, desacatado en la persona de su jefe por la flor y nata del ejército de Africa; en fin, este cogollo de estrategias metidos a estadistas, celosos, hasta el furor, de la honra de las armas, expertos en el arte de la guerra, se deja sorprender y derrotar por las hordas marroquíes, tras de ejercer durante un año en ambas orillas del estrecho su autoridad omnimoda. De las miras del rey ninguna, salvo quizás la de ahogar momentáneamente el escándalo de las responsabilidades, se ha logrado. Quisiera formar un gobierno de transición, un gabinete mestizo de paisanos y militares, presidido por otro general que preparase el retorno a una normalidad aparente. El trance es apre-

tado. Los antiguos servidores de la monarquía, insultados por Don Alfonso en el preámbulo de algunos decretos, concededores además de lo que sería el gobierno en estos apuros, no parecen hasta ahora resueltos a sacarle las castañas del fuego. Y Primo de Rivera, que ha tomado apego a las satisfacciones del mando, podría amenazar a la dinastía, si el general cumple su propósito de no dejarse borbonear. Algunos militares adictos a la persona del rey, y los aristócratas que tienen entrada en Palacio, no recatan el temor de que el Presidente se revuelva, si a deshora se siente mortificado en la ambición o en la vanidad, contra su propio amo. Peligro remoto, ya que el ejército no está unánimemente junto a Primo de Rivera, y lo estaría menos para un golpe antidinástico. Pero ese recelo prueba el amor y la confianza reinantes entre los alegres triunfadores de 1923. Dice el refrán castellano: "Donde no hay harina, todo es mohina". En efecto, nunca se ha visto gobernantes más amohinados. Recapitulemos brevemente, ya que se cumple ahora el aniversario de su exaltación, las etapas de este fracaso.

## I

### El pueblo sumiso

Doce meses largos llevan los nueve brigadieres del Directorio reuniéndose día tras día a deliberar en torno de la mesa del Consejo. Aunque en las notas oficiosas ponderan con ingenuidad militar lo mucho que trabajan, lo apretadamente que discurren y lo que se desvelan por el bien público, ni ellos mismos pueden desconocer que no les acompaña la fortuna. Todo está peor que el año pasado. Y habiéndose propuesto puerilmente fabricar "en novecientas horas una nación nueva", su patriotismo no les ha inspirado todavía una solución que valga la pena de tomarse en serio para ninguno de los males que afligen al pueblo. Antes de hablar de la incompetencia técnica de los generales en los diversos ramos de la administración pública ni de la cortedad de su entendimiento, como de causas que explicarían en parte su fracaso en el Gobierno, conviene notar y remachar esto otro: que el Directorio, por su extracción, por sus ideas y métodos, lejos de

inaugurar un nuevo régimen, es la quintaesencia de la política vieja, su emanación natural. Del régimen político español, el Directorio sólo ha suprimido la desvencijada apariencia constitucional; hoy la estructura íntima de la monarquía está al desnudo. El Directorio es la manifestación aguda, probablemente mortal, del humor maligno que nuestro cuerpo político llevaba dentro. El militarismo exasperado por las derrotas, y el creciente despotismo del rey, coagulados en una patriotería verbosa e ineficaz, nutrida de representaciones históricas falsas, contemporizaban con las formas parlamentarias. Campando ahora por sus respetos, hubiera sido formidable que se destruyeran a sí mismos, que obraran, ya sin trabas, en contra de sus apetitos. Devoran con rapidez y ansia mayores el cuerpo postrado de la España, que ni siquiera puede quejarse y decir donde le duele.

*La necesidad del daño público* pesa fatalmente sobre la gestión del Directorio, y explica por qué la nación no ha de salir regenerada sino estropeada de sus manos; por qué la eficacia de los poderes usurpados por Primo de Rivera no ha correspondido a su nunca vista extensión. Poderes ilimitados, absolutos, mucho más vastos que su capacidad personal para la acción. Poderes como nadie los ha tenido en España. En los primeros días su voluntad era ley. Si hubiese querido hacer senador a su caballo o grande de España a su querida, nadie le habría dicho que no; cosas más chocarreras ha llevado a término. Estaba como nuestro padre Adán en el Paraíso, cuando el Señor le permitió poner nombres a los animales recién salidos de la nada. Se ha visto que el reepertorio del nuevo Adán era pobre; tenía poco que decir, ni a los hombres ni a las bestias; la prueba excedía con mucho a su capacidad, y hay innumerables cosas de las que todavía no sabe ni el nombre. Mas, siendo grande su poder, como hemos dicho, en virtud de su título de usurpador, todavía lo ensanchaba la falta de oposición. Nadie hizo siquiera el ademán de resistir. El rey estaba en el ajo. Del gobierno ya hemos contado cómo no se defendió. Los partidos políticos monárquicos y los catecúmenos del monarquismo se enterraron, como los conejos se esconden en sus madrigueras al olfatear al podenco. Desde entonces se contentan con glosar irónicamente en sus tertulias los traspies del Directorio; entre los grandes ex parlamentarios la diferencia consiste en

la mayor o menor acritud de las sentencias que profieren contra el rey (1). Los republicanos carecían de programa, de organización y de fuerzas. Los partidos catalanes, o eran débiles, aunque fuesen violentos, o al pronto los engañaron y amansaron con promesas de autonomía, o de política arancelaria proteccionista, o con seguridades de mantener sangrientamente el orden, todo ello grato a la clase patronal (2). Los sindicatos revolucionarios, adiestrados en las luchas sociales de Barcelona, sólo habrían podido promover algún trastorno local. El partido socialista (S. E. I. O.) y la Unión General de Trabajadores se estuvieron quedos: porque el advenimiento del Directorio era una contienda entre burgueses; porque no podían afrontar un choque, seguramente sangriento, que, todo lo más, habría restituído el mando a los Romanones, Alhucemas y Mauras; porque un movimiento obrero en tal sazón habría reforzado la autoridad del Directorio, presentándolo como salvador de la sociedad. Ello fué que los partidos políticos organizados no opusieron al Directorio ni el estorbo de un grano de arena. ¿Hubo conato de resistencia en otros lados? En ninguno. El Directorio había expulsado al personal gobernante. Ajeno a la práctica de los negocios públicos y al manejo de la máquina administrativa, la sumisión de los cuerpos civiles del Estado le era tan necesaria como el aire para respirar. Los servicios de Hacienda, los de Correos y Telégrafos, los de Justicia y otros que por su vastedad y complicación no pueden improvisarse ni reemplazarse rápidamente, tuvieron en sus manos la vida del gobierno. La simple huelga de brazos caídos habríale forzado a capitular. Nada hicieron. Peor aún: soportaron muy humildes los palos de ciego que, ilustrados con sarcasmos copiosos, descargó sobre sus cabezas el Dictador. Entre los funcionarios españoles no

---

(1) El señor Maura, califa del conservadurismo católico-social de España, ha circulado en el mes de Julio último una carta, condenando, por sencillas y evidentes razones, al Directorio y su política. La carta tiene el defecto de llegar con diez meses de retraso. Es chusco que en el partido maurista, "de historis negra" según proclama Primo de Rivera al contestar a Maura, ha encontrado el Directorio los pocos esquirols que le ayudan a regenerar a España.

(2) Un conspicuo catalanista decía: "Si los catalanes hiciésemos algún movimiento contra el Directorio, inmediatamente se desencadenaría una cruzada *patriótica* contra Cataluña en toda España". No le falta razón. A semejante ardid se apeló para desprestigiar el movimiento revolucionario barcelonés de 1909.

existe sentimiento alguno de solidaridad profesional. En los cuerpos más selectos reina un espíritu de mesocracia conservadora, adicta al Poder; la petulancia y el orgullo de sus miembros se satisface con el moderado brillo de su función. En los rangos inferiores, en el proletariado burocrático, al borde de la miseria, pero sin clara conciencia de su posición de asalariados, las pretensiones a figurar como burgueses, como hombres de "profesión liberal" se sobreponen generalmente a los espilonazos de la necesidad. Nada más tristemente cómico que un oficial de administración con tres mil pesetas de sueldo anual, que se llama a sí mismo "clase directora". No hay, pues, ni asomo de organización sindical. Muchos tomarían a insulto el consejo de ingresar, federados, en la Casa del Pueblo. Lo más que hacen, unos y otros, es desquitarse de la cortedad de las pagas escatimando el trabajo y la asistencia en sus oficinas. Al Directorio, por tanto, nada le amenazaba por ese lado. Mejor aun: el mermado prestigio de los empleados públicos le sirvió a Primo de Rivera para prolongar la victoria obtenida sobre los políticos. Cada vez que deseaba arrancar aplausos a la galería o entretener la expectación del vulgo, decretaba alguna medida contra los funcionarios. Diríase que los culpables de los desastres de Africa o los malversadores de los caudales destinados a la alimentación del ejército, fueron los escribientes de los ministerios. Tres meses estuvo el Directorio tejiendo y destejiendo el nuevo régimen de las oficinas. Deliberaba si los porteros en tal ministerio habían de ser ocho o diez; si los escribientes en cual Dirección serían veinticinco o treinta; si los viáticos montarían a diez y nueve o a veintidós pesetas. Quiso depurar la administración; destituyó a medio centenar de funcionarios por no asistir a la oficina. (O el mal no era tan grave como decían o no se ha hecho tan rigurosa justicia como prometieron). Fijó en cinco horas diarias el trabajo de los empleados; se entraba a las nueve de la mañana; pero los generales y oficiales del ministerio de la Guerra tomaron a mal la obligación de madrugar. El Gobierno, amable con sus congéneres, rebajó una hora y el trabajo empieza a las diez. El Directorio declaró saneada la administración.

Notemos especialmente la actitud de la magistratura. Los señores encargados de la misión "augusta" de aplicar el derecho, no

han sentido escrúpulo en ponerse al servicio de la ilegalidad y la usurpación. Habitados muchos, cuando no todos, a enrolarse en la clientela de los personajes políticos, tal vez se hallaron sin la autoridad moral necesaria para mantener el imperio de la ley. El Gobierno los ha tratado a puntapiés. No hallándolo bastante dócil, jubiló al Primer Presidente del Tribunal Supremo. Destituyó al juez de Madrid que quiso procesar a cierta cocotte expendedora de tóxicos, amiga de Primo de Rivera. Los jueces se han visto expiados y fichados en sus viajes, por la policía. Ni le han faltado al Gobierno tres magistrados del Tribunal Supremo que se prestasen a constituir un tribunal secreto, donde, sin forma de juicio, sin fundar los fallos, solamente sobre su conciencia (de la cual nadie conoce la entereza ni la finura), han pronunciado la destitución o la expulsión de otros compañeros que, siendo culpables, tendrían derecho a las garantías procesales acordadas a cualquier criminal. En fin, hemos visto excesos de celo, repulsivos por demás, con motivo de los procesos intentados contra los políticos proscritos. El gobierno ha recompensado estos servicios con largueza. Mientras algunos oficiales del ejército obtenían comisiones en el extranjero, "para perfeccionar el francés", con un diario de setenta y cinco pesetas oro, aumentaba el sueldo de ciertas clases de la magistratura en una peseta cincuenta céntimos, también al día... Cuando el Directorio caiga, los funcionarios exultarán de júbilo. Quizás se revuelvan contra el Gobierno que les niegue ciertas satisfacciones merecidas. Y algunos magistrados, hoy muy celesos en el servicio del Directorio, volverán a subir la escalera de los magnates políticos y a esperar en las antesalas la merced de un ascenso, de un traslado ventajoso. Es lo normal. Pero no podrá decirse sin lisonja que el civismo ni la conciencia jurídica se han refugiado en esa digna corporación.

Por último, la prensa, de cuyo poder en España no tenemos una opinión muy ventajosa (raro será el periódico que tire cien mil ejemplares), pero que al fin es una fuerza, tampoco ha opuesto al Directorio el más mínimo estorbo. Salvo excepciones contadas, en general le ha apoyado, aunque sólo fuese indirectamente, prestándose a secundar su propaganda, su estúpida *réclame*. La actitud de la prensa debe juzgarse desde dos puntos de vista: político y profesional. Políticamente, la prensa de ultraderecha se

ha puesto al servicio del Directorio, como en buena lógica debía esperarse. Más avisados o más sinceros que algunos "liberales" de singular catadura, que pretenden vigorizar la democracia estrangulándola... temporalmente, aquella prensa vió desde el comienzo la significación del Directorio, y le apoyó y le apoya por lo que es en sí: una brutal reacción militarista, capitalista y clerical. La prensa que puede incluirse bajo la rúbrica de "liberal" ha mostrado reserva u hostilidad — a veces, con exquisitos distingos — frente a la dictadura, salvo alguna excepción ruidosa producida no se sabe por qué erróneo cálculo comercial o mala apreciación de lo que el militarismo triunfante podía dar de sí. Pero unos y otros periódicos, cultivando a propósito de la gestión del Directorio un sensacionalismo impolítico, han difundido por el ámbito de España las proclamas, los decretos, las notas oficiosas, las menores palabras de los generales. Primo de Rivera ha tenido en cada papel una tribuna sin contradictores. Algunos diarios, en apoyo de la estratagema dictatorial, que consiste en presentar a este gobierno como regenerador de la máquina administrativa, llegaron al ridículo extremo de reproducir la prosa de la *Gaceta*, incluso las órdenes y resoluciones ministeriales insignificantes; el público, no acostumbrado a encontrar en su periódico los frutos de la minerva burocrática, creía que por primera vez se meneaban las plumas en los ministerios con salvadora velocidad. Propaganda tanto más valiosa cuanto que no era ni es posible insinuar el menor disentiimiento. La prensa vive aherrojada por la censura. Este aspecto de la cuestión nos interesa profesionalmente. Ningún obrero se prestaría a realizar su trabajo en las condiciones impuestas a los periodistas españoles. Parece que, aun sin hablar de opiniones, los trabajadores del periódico debieran recabar primeramente un estado de libertad profesional, como todos los oficios lo tienen. A los periodistas les molesta su situación actual; carecen, por lo visto, de fuerza para hacer respetar su dignidad. El interés de las empresas editoriales se sobrepone al sentimiento de sus colaboradores. Y el Directorio, con amordazar a la prensa, realiza sobre el país un chantaje colosal; porque él sabe, y lo confiesa, que sin censura viviría una semana. Meses hace, los periódicos de una capital suramericana suspendieron su publicación porque el gobierno cometió no sé qué violencia con un director;

y no se publicaron mientras no se obtuvo enmienda. Si tal se hace por defender el derecho de uno (en suma, el de todos), ¿qué no debería hacerse en defensa del principio de la dignidad profesional común, hollado por el capricho de unos soldadotes desenfrenados? Desgraciadamente, el espíritu público en España hállase tan decaído como el hecho siguiente demuestra: con los reyes de su país vinieron a España en el mes de junio pasado algunos periodistas italianos. La Asociación de la Prensa de Madrid ofreció a sus colegas, entre otros agasajos, un banquete. ¿Quién estaba, como invitado de marca, a la derecha del presidente de la Asociación que brindó el obsequio? El coronel jefe de la censura militar. El representante oficial de la prensa no es riguroso con la mano que la castiga. Los caracteres no dan más de sí.

En suma: ni partidos políticos, ni prensa, ni gremios profesionales, ni corporaciones del Estado fueron estorbo para la dictadura. En los tres últimos meses de 1923 los generales vivían de las promesas libradas sobre la credulidad del país. Ofrecían cosas grandes, incluso terribles. El Dictador se paseaba solo en la escena, blandiendo un chafarote innecesario por falta de enemigos. Asombrado de la magnitud de su triunfo, el dictador era feliz.

## II

### Silueta del dictador

Trota en su corcel a lo largo del Paseo de la Castellana en un día radioso del invierno de Madrid, y las mujeres, viéndolo pasar, se dicen: Ese es Primo de Rivera. O bien cruza el foyer de la Opera en el primer entreacto y se queda plantado a tres pasos de sus polizontes, husmeando la curiosidad, quien sabe si la admiración, de los espectadores. O asiste a las comidas de gala en los mejores palacios "de la alta", porque no es sólo dictador, sino marqués, y "grande", de los que se cubren ante el rey. O desembarca en Italia, por esta vez en son de paz (¡cómo habrá recordado las proezas de los milites hispanos en aquel país!), y de buenas a primeras le propone a su compinche Mussolini: ¿Vamos

a tutearnos, Benito? O visita una capital de provincia, en carretela descubierta, llevando a su derecha un brigadier retirado que hace los papeles de alcalde: el obispo le bendice, e incluso le da de comer; los estados mayores de la Unión Patriótica, algunos vecinos cuadragenarios que, escopeta al hombro, poco marciales, representan la fuerza del somatén, y la policía local lo aclaman. O prodiga su figura a las residencias de estío. Tal vez, en un Palace marítimo una linda señorita le invita a bailar. ¡Ay! El general no sabe los bailes modernos. No importa; bailarán un vals antiguo. El general depone su charrasco y baila. Es la fuerza desarmada por la gracia. Tal vez en el andén de una estación otra doncella, hermosísima y discreta como la Dorotea del Quijote, venciendo su pudor, planta dos besos patrióticos en las mejillas del general. Es el galardón que más codicia:

“... las mujeres, todavía  
son mi dulce manía”,

podiera repetir el dictador si leyera versos. En términos más broncos lo dice y lo repite. Inaugura la Universidad o los tribunales; descubre estatuas; impone cruces y medallas; evoca a Isabel I en Medina del Campo; arenga al apóstol Santiago, que no chista, en su sepulcro; arenga a los mártires y a los héroes: raro será el discurso en que no requiebre a las mujeres. Por ellas ha querido ser popular y conquistar a España. Así, festejado en Andalucía con zambras gitanas, en las Asturias con música de tamboril y gaita, en todas partes con luminarias, banderolas y árboles de pólvora, le hemos costeadado al dictador, durante un año, la vida más jocunda, estruendosa y triunfal que puede soñar un teniente en los ocios de la guarnición provinciana. Si nos regatea la merced de gobernar con tino será asaz de ingrato.

Que no sería Marco Aurelio; lo esperábamos; que está tan cerca de Pecuchet, a los más recelosos nos sorprende. Es Pecuchet por el aspecto intelectual de su figura: tardiamente, con pocas luces, se ha puesto a manipular en los más arduos problemas. Primo de Rivera se arroja en las cuestiones de Estado con la misma candorosa audacia de Pecuchet en los temas de la cultura; con igual presunción; a veces con las mismas palabras: “Il est

temps de ne plus croupir dans l'egoisme! Cherchons le meilleur système" — dice Pecuchet.

—Tu comptes le trouver?

—Certainement!"

Y el general, que pretende sacrificarse metiéndose a estadista, exclama en una arenga: "¡Gobernar es muy fácil!" Un día aconseja a los españoles la avicultura y la arboricultura, "non pour le plaisir, mais comme speculation", y nos echa la cuenta de lo que podrían producir los conejos caseros, los huevos de gallina, las abejas... Algunas de sus frases ("¡Ahora rigen sólo las leyes naturales!"), habríalas dicho Pecuchet si en lugar de una finca Bouvard hubiese comprado un reino para ensayar la política experimental. Hablando en Jerez, su ciudad natal, que a los caballos y a los vinos debe su fama, Primo de Rivera refirió esta anécdota "henaurme":

"Un día Su Majestad el rey me dijo:

—Gobiernas muy bien. ¿Dónde has aprendido a gobernar?

—Señor—respondí—, en el Casino de Jerez.

—Ya se conoce que has estado en contacto con el pueblo."

Tal es su preparación; tal la causa de su "facilidad". El general comparte con el héroe flaubertiano la pesadumbre de no haber echado a tiempo los cimientos de esta su vocación, descubierta con retraso. "Ils reconnurent—refiere Flaubert—qu'une base manquait á leurs études: l'économie politique". Primo de Rivera lamenta de "haber malgastado su vida" en vez de prepararse por el estudio a realizar la felicidad de España. Cuenta con la gloria, pero a su tiempo, paso ante paso. Recién exaltado al Poder, los jerezanos quisieron rendirle un homenaje: lápida, estatua, dedicación de calle; no sé. Primo de Rivera telegrafió: "*Es pronto todavía. Aplacen el homenaje para cuando haya cumplido mi obra.*"

Es, por su carácter, el tipo acabado del oficial presuntuoso, del señorito mimado por la suerte, manirroto, aturdido e insubstancial. Pueril como en sus quince años, se determina por piques de amor propio; lo que le importa es "quedar siempre encima de todos". En sus palabras aparece con tanto descaro la distancia entre sus pretensiones y su capacidad, y se cuida tan poco de disimular sus propósitos, que hemos pensado si estaríamos delante

de un mistificador genial, si este hombre no andaría burlándose de la nación, tomándonos el pelo. Pero no tiene talento ni sangre fría bastantes para desempeñar ese papel, que le convertiría casi en un hombre superior. Su fondo es la soberbia, asentada en vanidades tópicas; su modo, una ligereza increíble. Se atropella tanto, que no siempre es intencionado. Ni el menor lastre aportado por la educación o la cultura corrige su falta natural de seriedad. Los prejuicios de militar constituyen la más sólida armazón de su conciencia moral, donde ocupan el lugar del orgullo. Toma por ideas los residuos triviales de sus cortos estudios de oficial, y ejerce su desenfado a costa de la historia de su país. Ni del valor real de España ni de sus hombres eminentes tiene noticia segura; en eso, por desgracia, no está solo. Todavía otra anécdota, y lo dejamos:

Deportó a Unamuno, por despecho personal, sin saber quien era. Mirábalo (así se lo habrían enseñado) como un "triste profesor de griego", que se entrometía a escribir de política. Semanas más tarde, el dictador, en Bilbao, patria de Unamuno, se hospedaba en casa del alcalde. Un pariente y comensal de este funcionario, indignado por la vejación cometida en la persona de Unamuno, de quien es camarada y amigo, se negó a parecer delante de Primo de Rivera y a sentarse con él a la mesa. Accedió, por fin, a conocerlo, movido de los ruegos del alcalde, bajo esta condición: que tendría libertad para decirle a Primo de Rivera lo que pensaba de su acción contra Unamuno. Así se hizo. En el curso de una comida el caballero bilbaíno disertó ardientemente sobre la cuantía intelectual de Don Miguel y puso una docena de libros suyos delante del dictador, aconsejándole que se los llevara y los leyese. No disimuló el general su ignorancia. Tomó dos volúmenes, uno de ellos la *Vida de Don Quijote y Sancho*. Que lo ha hojeado es indudable, y con raro fruto. Unamuno, para glosar los dichos y hechos del caballero y el escudero adopta la ficción literaria de suponer que ambos héroes fueron personas realmente vivas, muy superiores a la invención de Cervantes y a la idea que el poeta se forjó de ellos. Tal ficción, que sería una simpleza de no entenderla *cum grano salis*, ha excitado la bilis del dictador. Polemizando en una nota oficiosa decía que algunos desgraciados españoles "llegan a negar a Cervantes la paternidad del *Quijote*"

La deportación de Unamuno es la tropelia personal más violenta cometida por el dictador, la más resonante, en razón de la calidad de la víctima. Otras análogas—prisiones, destierros, secuestros—ha cumplido. Pero su temple no es sanguinario. Por ningún lado es grande; ni siquiera es cruel su despotismo. Bravucón, arbitrario, muy pagado de las apariencias; blando en el fondo, relajado en demasía para soportar la terrible pesadumbre de los escarmientos irreparables. Restringe la gracia de indulto. Somete ilegalmente a los consejos de guerra ciertos criminales vulgares, los ajusticia con insólita rapidez (1), y eso le vale una patente de riguroso paladín del orden. Pero no ha incurrido todavía en crímenes políticos, en las muertes por razón de Estado. Notamos el hecho, sin apuntar como un mérito su relativa humanidad. La resistencia que ha encontrado—se dirá—no incita a represión cruenta. Cierto. Pero él pudo, incluso sin necesidad (digo “necesidad” poniéndome en su punto de vista), valerse del terrorismo preventivo. Algunos lo esperaban, lo deseaban; algunos, muy próximos al dictador, lo habrían hecho. El carácter personal de Primo de Rivera ha prestado a la dictadura este giro de ininteligente bufonada, en lugar del porte lúgubre y feroz que habría cobrado en manos, por ejemplo, de Martínez Anido. En punto a verter sangre, harta se está vertiendo en Africa, por culpa precisamente de Primo de Rivera; pero eso no le caracteriza, ni le distingue de otros gobernantes españoles, militares o paisanos, que han hecho de los montes berberies el ara sedienta del patriotismo.

### III

#### Un personaje sombrío

El hombre funesto del gobierno es el general Martínez Anido. No forma parte personalmente del Directorio (2). Ocupa tan

---

(1) A dos condenaron a muerte en Tarrasa, y antes de reunirse el consejo de guerra ya estaba en movimiento el verdugo. El ejecutor de aquella obra cayó acribillado a balazos en una calle de Barcelona, meses más tarde. Desquite hasta ahora impune, que se sepa.

(2) Se recordará que el Directorio está compuesto del Presidente, ministro universal, de ocho generales, delegados de las ocho regiones militares de España, y de un almirante, delegado de la marina. Ninguno de ellos tiene atribuido oficialmente el despacho de un ministerio.

sólo la subsecretaría de Gobernación. Como no hay ministros, viene a ser, bala la férula de los generales directores, el jefe de su ministerio. Aunque su cargo le sitúa oficialmente en la condición subalterna y famular de los demás subsecretarios, nadie le confunde con los modestos "pékins" que dirigen, como de prestado, la Justicia, la Instrucción Pública o el Trabajo. Zorros viejos de la política anterior, a la que servían fervorosamente para medrar, los unos; jovenzuelos que se han dado más prisa en mostrar su falta de decoro que la solidez de su talento, los otros; la importancia personal y política de todos, es nula. Pondríanlos a barrer la oficina, y ellos la barrerían en obsequio de sus amos, con iguales fervor y técnica con que ahora eyaculan reglamentos; ni la nación perdería nada, ni los generales los tendrían en mayor estima que hoy los tienen.

A Martínez Anido nadie le echa el mismo rasero. Representa una fuerza, una política; tiene una historia, ¡qué historia!, cimiento de su fuerza, demostración de su política. Hacia 1920, después de una huelga importante, fué nombrado gobernador civil de Barcelona y su provincia. Pocos sabían quien era; él mismo se presentó al ocupar el cargo: "He estado en Cuba y Filipinas; debería estar en Africa. El Gobierno me envía aquí; haré cuenta de que estoy en campaña." En efecto; organizó la represión del sindicalismo revolucionario por el procedimiento de cazar a tiros en las calles de Barcelona a sus hombres de acción, asegurando la impunidad de los matadores. Esa "campaña" produjo, según Martínez Anido, ochocientos atentados, quinientos muertos; tal es el parte que llamaríamos oficial; las cifras reales debieron ser más altas. Si no hubiese contado con el apoyo de los patrones barceloneses, con el silencio cómplice de los partidos gubernamentales, con la timidez de la gran prensa, que ni entonces ni después se atrevió a esclarecer este plan tenebroso, Martínez Anido no habría osado descargar el primer golpe, ni, descargándolo, habría habido gobierno que lo sostuviese. Halló cuanto quiso: estímulos, recursos, disimulo. Fué el ejecutor (genial, si se quiere) de la venganza que ardía en los pudientes de Barcelona. Eso no disculpa al general; revela no más el estrago, el envilecimiento de la conciencia en ciertos grupos "refinados y cultos". La política de Martínez Anido le costó la vida al Presidente del

Consejo de Ministros, señor Dato, asesinado en Madrid por tres obreros catalanes. No recordamos ahora (quisiéramos que la memoria nos fuese infiel) entre los lamentos derramados sobre el cadáver de Dato, una voz, ni una sola, que mostrara la conexión entre aquel crimen y los cometidos por las autoridades de Barcelona. A los dos años muy cumplidos de mando, Martínez Anido fué relevado por un gobierno conservador. El ministerio encontró probablemente que el general se pasaba de la raya (1). Las clases "directorales" de Barcelona, las "fuerzas vivas" celebraron asamblea para protestar contra la decisión del Gobierno, tachada de bolchevizonte, y representar el riesgo en que se ponía al orden social.

En la represión del terrorismo se usaban dos modos de aterrorizar: las conducciones por carretera, de un extremo a otro de la península, a pie, con una ración de rancho carcelario al día, bajo la custodia de la Guardia civil, expuesto siempre el conducido a "la tentación de fugarse"; y las bandas de pistoleros que en las calles de Barcelona tomaban el desquite, siempre mortal, siempre impune, de los atentados contra los patronos. Ambos usos le fueron sugeridos a Martínez Anido por un huelguista barcelonés; él le reveló que los hombres temían más una conducción de Barcelona a Cádiz que un año de cárcel; él le confesó que para romper la huelga en curso (huelga de cocineros) necesitaba dos cosas: armas, y que la policía hiciese la vista gorda.

Se estableció un talión, agravado en progresión geométrica, para responder a los atentados contra los patronos: primero mataban uno por cada uno, después dos por cada uno; en fin, diez y hasta veinte por uno.

"—Cierta día—ha referido Martínez Anido—vinieron a decirme que en el hospital clínico había veintiún hombres patas arriba. Se han excedido en uno, me dije."

Estaba convenido que si mataban a un solo guardia civil, morirían todos los sindicalistas presos. Mataron a una pareja de guardias. La ocasión era llegada.

Se habría cumplido el plan "a no ser por dos autoridades lo-

---

(1) Dijóse entonces en el Parlamento que se hacían ejecuciones en el puerto de Barcelona, sumergiendo a las víctimas con una piedra atada al cuello.

cales que se opusieron"; oposición que Martínez Anido atribuye, con otras palabras, a la "poca hombría" de sus colaboradores. La corrupción en gran escala, una red tupida de traidores y soplones, aseguraba la puntería de las pistolas. Nadie estaba a salvo. Ya no se sabía por cuenta de quien ni contra quien iba el último soborno, la última delación. Los mismos jefes del sindicalismo revolucionario llevaban en su séquito más próximo al confidente policíaco, encargado de entregarles a las balas cuando sonase su hora. En ese infierno no solamente cayeron los aventureros sin alma de uno y otro bando que por unas pesetas se asesinaban en las calles, pero también hombres inocentes, como el abogado Layret, inválido, varón justo, a quien todos conocimos y apreciábamos. Sobre otros, como Salvador Seguí (a) *Noy del Sucre*, leader del movimiento sindicalista, estuvo suspendida la muerte algunos meses, y a lo último lo asesinaron; su colega Pestaña, si aún respira, débelo a que sus asesinos no le acertaron en el corazón. Depuesto Martínez Anido, todavía hubo atentados en Barcelona pero el sistema de responder al crimen con el crimen no parece haber subsistido. Las bandas movilizadas y adiestradas por la policía terrorista se consagraron, faltas de trabajo, a saquear los Bancos. Esa aplicación nueva suscitó una alarma, una cólera indecibles. Muchas gentes respetables descubrieron que la vida de los empleados de los bancos es sagrada, más sagrada (por estar en contacto con el numerario, sin duda), que la de los infelices asesinados por las mismas manos y armas en las calles de Barcelona. El susto era tan grande, que los generales no dejaron de aprovecharlo al fraguar su dictadura. Ofrecían exterminar a los pistoleros. Tal promesa sentó muy bien en las masas "neutras" españolas, insensibles y tontas por ser neutras. Que no se gritara ¡muera España! en Barcelona; que no corriesen peligro los depósitos en los bancos; eso importaba, hiciéralo quien lo hiciera y a cualquier costa. Y ese fué el mayor crédito del Directorio.

Al dejar el gobierno de Barcelona se creyó generalmente que Martínez Anido moriría asesinado. Los precedentes le eran adversos. Fué objeto durante su mando de nueve atentados, siete con armas y dos con veneno; alguno fué preparado por los de su propia ronda para sacarle dinero, pero otros existie-

ron realmente. No hacía mucho que su predecesor en el gobierno de Barcelona, el marqués de Salvatierra, cayera muerto a balazos, ya cesante del cargo. Y otro ex gobernador de Bilbao murió también desastrosamente por venganzas derivadas de su mando. El mismo Martínez Anido debió de temer por su vida. Andaba de un lado para otro, oculto cuanto podía. Llegó a vivir en una isla de la costa gallega, donde le dió asilo un republicano de Vigo. De situación tan precaria salió inopinadamente: el ministerio liberal le nombró comandante general de la zona de Melilla. Era, ya que no una rehabilitación, un desagravio, un desquite. ¿Quién lo pidió y lo impuso? Las Juntas de Defensa, probablemente, o el rey. Un gabinete de izquierda no pudo prescindir de los servicios de Martínez Anido. ¡Si serían importantes! Breve tiempo estuvo en África, y no esquivó su sino: mandaba en Melilla cuando una bala cortó la vida a Drid ben Said, moro amigo de España, su principal agente de penetración en el Rif. Quiso conquistar Alhucemas. Trazó un plan; porque no se lo aprobaron se volvió a España abrumando al Alto Comisario ( a la sazón un hombre civil) con sus desaires. El golpe de Estado pareció querer arrinconarlo: no le dieron plaza. Con refunfuñar un poco le llamaron a la subsecretaría del Interior. En ella está, como una esperanza, como una amenaza. Se jacta de poseer la verdadera fuerza del gobierno; se duele de que no le otorguen la importancia correspondiente; lamenta la "transigencia" de Primo de Rivera. Fué unos meses heredero presunto de la dictadura; sería, en caso de disturbios, el hombre "providencial". Ni escrúpulos ni dudas paralizarían su brazo. Martínez Anido, dice:

—No me remuerda la conciencia de haber hecho daño a nadie.

¿Daño? ¡Oh, no! Derrama el bien. Encontró a una niña en un camino, mendigando, y, enternecido le regaló diez duros.

Sus probabilidades de mandar personalmente disminuyen por el momento, a medida que el fracaso y la descomposición del Directorio se precipitan. Cuando el Directorio se disloque, si cae en paz, Martínez Anido podrá quedar como una reserva del orden social y de la monarquía.

## IV

## La conquista de Roma

Un grande de España se moría el año pasado en su palacio de Madrid. La reina Cristina, madre de Alfonso XIII, honraba con su presencia una sala vecina de la alcoba donde el prócer, su antiguo servidor, quería dar las boqueadas. En torno de la egregia señora, que otorgaba tan rara prueba de amistad al noble moribundo, hallábanse los principales de la familia, y no lejos, algunos médicos de la casa y otros facultativos llamados en consulta. Entonces la reina Cristina, que es disertada e incisiva, refirió una anécdota laudatoria, a lo menos comparativamente, para su dinastía.

Estaba en Roma, huésped de Víctor Manuel, el rey Alfonso, y como ambos departiesen juntos a solas en una pieza del Palacio, mientras en otra contigua se comunicaban sus graves pensamientos los primeros ministros de los dos reinos, Mussolini, considerando fijamente el grupo de los reyes, exclamó:

—Tú, con un rey inteligente, estás bien. Pero con ese imbecil de rey que tengo, ¿qué puedo hacer?

Si Benito Mussolini descubría en el Saboya un ánimo desigual con sus ambiciones. Primo de Rivera, más feliz, acababa de hallar en el Borbón (si ya antes no lo conocía), un pecho fortísimo, donde pueden cobijarse y sustentarse todos los planes del general, por vastos que sean. Alfonso XIII, en efecto, había pronunciado ante el Papa un discurso sin parangón: émulo de las glorias de sus mayores, se ofreció en destempladas palabras a guerrear con el hereje, con el infiel, con el descreído. Me imagino la discordancia de esa arenga en la corte eclesiástica, tan prevenida contra el desentono, y la triste figura del rey, un poco rudo por la ingenuidad de su fanatismo verbal, un poco provinciano en su papel de noble arruinado que rememora las grandezas de su casa con el énfasis de la peor retórica. En cambio de su promesa de exterminar al infiel, Alfonso XIII pidió: la admisión de los hijos de los grandes de España en la guardia noble del Papa; aumento del número de cardenales sudamerica-

nos; y que el Papa interviniese con los párrocos catalanes para detener la predicación del separatismo. Por ridículo que parezca el discurso, no es menos significativo. Prueba lo que intentan hacer de España, lo que harán de ella sus amos, si los dejan: un Paraguay militarizado en provecho del rey. Rey más papista que el Papa, antepone la cualidad de católico a la de español, excluye virtualmente de la ciudadanía a los disidentes en religión; y es el Papa, menos papista que el rey, quien le brinda una lección si no de libertad y tolerancia, de prudencia humana y de caridad. “Haremos por atender vuestros deseos — responde el Papa — cuanto sea posible, que ello es harto difícil en este mundo”; y acordándose de los no católicos, a quien el rey quisiera, por su gloria, pasar a cuchillo, añade: “Decidles que no los excluimos de nuestras oraciones y bendiciones, sino que, por el contrario, van hacia ellos nuestros pensamientos y nuestro amor”. Don Alfonso, con pocos escrúpulos morales en su vida privada y en su conducta de rey, inscrito en una religión que no se practica, se acuerda de ella porque ha servido y puede aun servir en España de instrumento de la tiranía.

El viaje a Roma, pensado y preparado por el gobierno parlamentario, tenía cierto valor en la política interna de España: jamás hasta ahora el rey católico había consentido en visitar al Saboya en la capital del reino de Italia. ¿No habría sido eso reconocer el despojo del patrimonio de San Pedro? ¿Quién era más soberano, quién preferible en el orden del acatamiento y de la cortesía, el rey, o su prisionero el Papa? Esta cuestión de etiqueta, bajo la cual latía un encono confesional irreductible, ha impedido durante medio siglo que las cortes de Roma y de Madrid se aproximen realmente. Era una concesión a los “integristas” católicos, y en general al tradicionalismo español, que no va siempre aliado a la fe religiosa. Por ejemplo, un escritor de fines de siglo (Ganivet), que, como propulsor del movimiento de “regeneración” nacional ha ejercido cierta influencia, decía en su *Idearium español*: “España debe intervenir en Italia para resolver la *cuestión romana*”. Si tal punto de vista se halla incluso entre librepensadores, imagínese el ánimo de los parciales de la tradición católica. Ir, pues, Alfonso XIII a Italia, aunque fuese tardíamente y en la sazón más recia del mussolinismo,

habría tenido algún color en la política española, de realizarse el viaje bajo el mismo gobierno que lo pensó y poniendo en boca del rey los conceptos pertinentes. Conducido por el Directorio, sin otro séquito que generales y obispos, sin otra inspiración que la del jesuita primario redactor del discurso del Vaticano, el viaje remachó nuestra reputación de fanatismo y resumió la figura de España — como si aquí no hubiese otra vida, otros deseos — en el espantajo inquisitorial, rociándolo de arcaísmos políticos abominables. Exactamente lo contrario de lo que se habían propuesto sus promotores. No reportó mayores ventajas en eso que llaman política internacional; la increíble ligereza de Primo de Rivera dejó correr la especie de un probable acuerdo ítalo-español para cambiar, en contra de Francia, las bases del equilibrio en el Mediterráneo. Veía venir Primo de Rivera el descalabro español en la inminente conferencia sobre Tanger y por ventura soñó con jugar una carta imposible, la carta italiana, alentando las pretensiones más o menos descubiertas por Mussolini al enviar al puerto marroquí el torpedero Audace. ¿Su petulancia creyó trastornar en un santiamén los rumbos de nuestra política exterior, volverla de paciente en agente, y salir de la órbita franco-inglesa por donde, con poca libertad a causa de su flaqueza, rueda España? Es posible. El intento era descabellado y no pasó de palabras, las cuales debieron de ser tantas y tan vanas, que antes de salir Alfonso XIII de Roma, una nota de la embajada francesa en el Quirinal deshizo aquel castillo de naipes. Personalmente, Primo de Rivera tuvo también en Italia poca fortuna. Si su amo Don Alfonso alcanzó por comparación con Víctor Manuel una cédula de rey inteligente, el general no pudo ocultar a nadie, y menos que a nadie a Mussolini, lo risible de su aventura y sus groseras cualidades. Aunque a Primo de Rivera, en el fondo, se le dé tanto de Mussolini como del preste Juan, no escatimó las alabanzas al dictador italiano (buscando un modelo con que autorizar su bandidaje), ni ocultó, babeando la falsa modestia, la pretensión de hombrearse con él. Conocemos el inícuo celo con que Primo de Rivera sirvió la reputación de Mussolini presiguiendo a los periódicos españoles independientes que protestaron contra el crimen de Corfú. Y ahí están el Gran Somatén español y la Unión Patriótica de-

clarando su fracasado remedo del fascismo. Pero el remedo no pasó de ser distante y burdo. Los que en España y fuera de ella han equiparado el mussolinismo y la sublevación de Primo de Rivera, son muy malos catadores de cosas españolas. Italia, con su *duce* histrión, sus bandas negras, sus asesinatos, no conoce todavía, digámoslo en su honor, un grado de abyección tan fuerte como el de esta bacanal de generales libertinos que España soporta desde hace más de un año. Ni la ocasión ni las personas son comparables en una y en otra dictadura. Así lo comprendieron en Italia apenas Primo de Rivera dejó ver su "tête d'officier". Y el más enojado por aquella comparación fué el propio *duce*, quien personalmente prohibió a su periódico, *Il Popolo d'Italia*, que escribiera su nombre junto al de Primo y que llamase a este el Mussolini español. Y se negó a devolverle la visita en España. Todavía hay clases.

Pues con ser el viaje a Italia no más que una explosión de vanidad verbosa, en él se cumple la página más brillante del despotismo de Primo; también la más inofensiva. En aquel momento su poder estaba intacto. Podía amenazar y ofrecer. Aún había gentes para admirarlo, temerlo o envidiarlo. El mismo no se había dado cuenta de la pesadumbre de sus compromisos ni de la cortedad de sus fuerzas. Desde entonces no ha hecho más que rodar al descrédito, incluso ante los bobos y los ignaros. Actualmente no hay en España una sola persona que lo tome en serio. Dos pruebas han operado esa mudanza: la actitud del Directorio en el asunto de las responsabilidades, y el fracaso político-militar en Marruecos, repetición, agrandada excesivamente, del fracaso de 1921.

## V

### Un general castigado

Quien oyera, dos años hace, el clamor de la opinión española pidiendo que los culpables de la rota de Annual fuesen castigados, y supiese ahora que Berenguer, general en jefe del ejército vencido, se halla encerrado en una fortaleza, pensaría tal vez que la justicia, siguiendo su curso a pesar del advenimiento

de la dictadura militar, había hecho presa en aquel caudillo. Suposición errónea. Berenguer, para quien el fiscal militar pedía veinte años de reclusión, condenado por el Consejo Supremo de Guerra a separación del servicio, fué amnistiado (se anunció la amnistía antes de publicarse la sentencia), y ascendido a teniente general por antigüedad. “Moralmente —ha dicho el propio Berenguer en un libro suyo— yo era teniente general desde la toma de Xauen”; el mismo Xauen que ahora abandona Primo de Rivera a fuerza de sangre y de dinero. Nada ha padecido el general bajo cuyo mando supremo se perdió un ejército de veinte mil hombres, con todo su material y todo el territorio que ocupaba; general a quien el más alto tribunal militar de la nación ha declarado culpable. En cambio, le han impuesto seis meses de fortaleza (y está cumpliéndolos), por haber asistido a un banquete donde oyó gritar ¡Viva la República! En España es, pues, más peligroso escuchar un grito subversivo que perder una provincia.

Que el proceso de las responsabilidades estaba muerto con la instauración de la dictadura, todas las personas discretas lo vieron desde el primer día. Los militares vinieron a eso: “a que no se hablara más de responsabilidades”. Con ser grave, lo peor que podían descubrir los procesos no era las intromisiones culpables del rey en las campañas de Africa, ni la ineptitud de ciertos generales, sino la incapacidad, el desbarajuste, la relajación imperantes en todos los escalones de la jerarquía. No había ejército, ni bueno ni malo, sino unas listas de funcionarios uniformados que firmaban la nómina y se buscaban un suplemento de sueldo en Africa. Esto no lo sabía bien el público, y con los procesos incoados iba a saberlo. “Los detalles sobre nuestra impreparación militar —escribe el defensor de Berenguer— ocupan quinientos folios en el sumario” (1). Además de los procesos por delitos militares, seguía una información para averiguar los desfalcos, concusiones y robos que tenían lugar en el ejército de Africa. Se hablaba de generales que concedían ciertos servicios de transporte a sus antiguos ordenanzas; de otro general que bajo nombre supuesto abría tienda en Tetuán, abas-

---

(1) Defensa del general Berenguer ante el Consejo Supremo, por el general García Benítez. Folleto.

teciéndola con géneros sacados del almacén militar; de jefes de destacamento que mandaban matar de hambre al ganado para embolsarse el importe de las raciones; sin recordar, por muy sabido, el sistema de hurtar en los ranchos, vestuarios, etc., en virtud del cual ciertos cuerpos militares repartían a sus miembros una cantidad fija mensual, como beneficios de aquella turbia empresa. Los soldados, en este capítulo, cuentan y no acaban. ¿Iba a consentirse que tantas miserias saliesen a luz con la autoridad de una información oficial, de unos procesos? Contra esa amenaza se alzó el murallón de la dictadura: salvaban, al rey, creían asegurar su prestigio profesional, reservarse intacta la finca opípara de Marruecos. Es notable el encono con que el Directorio, en las primeras semanas, persiguió el descubrimiento de inmoralidades en la administración civil, sobre todo en la esfera municipal. Como reacción contra la mala fama, quiso demostrar acaso que también los civiles habían robado.

El Directorio, sin esfuerzo, redujo a nada los procesos de las responsabilidades: varió la composición del tribunal juzgador hasta reunir una mayoría clemente; ahogó con la censura el efecto moral de la publicidad de los debates. A modo de tanteo se vió el proceso del general Cavalcanti (1). Salió absuelto. El presidente del Tribunal, general Aguilera, una de las inteligencias más obtusas de nuestro ejército, pero que perseguía con terquedad campesina la condena de los acusados, dimitió. Ya nadie dudaba de lo que ocurriría con Berenguer. Su condena, un tanto incongruente con la calificación fiscal, denota el peso de los cargos acumulados en la causa, que rindieron a los jueces mejor dispuestos. La amnistía inmediata dispuso el enfado de los militares berenguistas. En cuanto al expediente sobre las inmoralidades en la administración del ejército, sepultado está en un arca de la Alta Comisaría, en Tetuán. ¡Lástima que el fuego lo destruya cualquier día! Sus hojas encierran el secreto de la impotencia española en esta guerra y en otras más sonadas.

El caso de Berenguer ha tenido para el público fuerza de ejemplo. El poderoso es inmune. Berenguer, culpable según sus

---

(1) Implicado, con tres coroneles, en el sumario instruido por la desgraciada acción de Tizi Azza durante la campaña de "reconquista" del territorio de Melilla.

jueces, es intangible por voluntad del gobierno. Mas, el Directorio, amnistiado a Berenguer, no se aquista un adepto, ni el tribunal, porque lo condene, lo desprestigia. Desde la amnistía, el general se presenta sin rebozo como enemigo del gobierno; y en el general confían algunos políticos liberales para derrocar al dictador y recuperar el mando. Berenguer se cree tratado injustamente. La amnistía —escriben sus parciales— no borra el supuesto de la culpabilidad; el general desea la revisión del proceso y rechaza una clemencia que no necesita. Incitado por su situación a combatir al Directorio, a Berenguer dirigen su mirada los militares que acusan a Primo de Rivera de haber desnaturalizado el golpe de Estado y de comprometer en su fracaso propio a todo el ejército. Berenguer no quiere remedar a Primo de Rivera; se entendería con hombres civiles para constituir un ministerio (incluso ha llamado en consulta, para orientarse, a uno de los mejores filósofos que tenemos); tales hombres serían de los no contaminados por la “vieja política”; no asumiría la presidencia del nuevo gobierno; convocadas las Cortes, podría reformarse un poquito la Constitución, dejando a salvo, claro está, la forma monárquica. Precisamente, a los políticos ambiciosos que en esta suspensión de la vida pública española pretenden rehacerse una virginidad, la actitud de Berenguer les parece de perlas. Arrojadados ignominiosamente del gobierno por un general, aspiran a recobrarlo con no menor ignominia, traídos por otro. Cual haya de ser la espada que los aupe, en el fondo no les importa. Se fijan en Berenguer, porque su carrera veloz y, a la postre desgraciada, se lo pone ante los ojos. Que un fracaso corroborado por una condena encumbre a un hombre, y lejos de anularlo le sirva para escalar otros puestos, podrá ser paradoja española, pero en fuerza de verla repetida nos parece que ese modo es, en esencia, la norma de nuestras cosas. Los políticos arrimados a Berenguer pudieron elegir para su todavía nebuloso golpe de fuerza otro general, entre las incontables centenas de ellos con que nos honramos. Muchos tienen mando de tropas; Berenguer, no. Los más son oscuros, esto es, no se han dejado derrotar ruidosamente. ¿Por qué se fijan en Berenguer, no siendo por haber hablado de él tres años seguidos, aunque se hablase para residenciarlo y con-

denarlo? Berenguer tiene influencia en el ejército. ¿Cómo puede tenerla el general que ha presidido, aunque de lejos, a la más fuerte derrota sufrida por las armas españolas durante un siglo? Prodigios de la amistad. Berenguer cuenta con amigos en el ejército y en la prensa, ganados mientras mandó en Marruecos. Supónese que a un signo del general se pronunciarán en favor suyo. Pasada la marea acusatoria de hace dos años, el reflujo podrá llevarlo lejos. De tan confusas aspiraciones se engendró la presencia de Berenguer y algunos políticos "de izquierda" en el banquete ofrecido, corriendo Octubre, a un profesor de la Universidad de Madrid. Se quiso hacer del banquete un acto de oposición al gobierno. Comerían juntos los hombres llamados a restaurar la libertad. ¿Y quiénes son, por casualidad, esos hombres? Los más fracasados del antiguo régimen: el general que perdió un ejército; los "grandes" parlamentarios y expresidentes de las Cámaras que perdieron un Parlamento. Acaso deliberan buscar juntos desde el poder lo que separadamente les quitaron.

Cuando el gobierno, tras muchas vacilaciones, castigó a Berenguer y a otros dos militares presentes en el banquete, los bien enterados pronosticaban una catástrofe. Mas, el nublado berenguerista no debía reventar y no reventó. Los militares no se causarán daño grave entre sí. En eso se diferencia este movimiento presente, de casta, realizado por modo exclusivo en provecho de la "familia militar", de los pronunciamientos políticos del siglo diez y nueve, en que había paisanos y militares a cada lado de la barricada. Y juntos con su rey han de permanecer sobrepuestos al país, mientras el instinto de conservación, que les manda unirse, no los abandone. Berenguer, aplazando quizás su desquite personal, acató cuerdamente la orden del gobierno. Nos hemos quedado sin conocer por ahora el número y la fuerza de sus amistades. Su prudencia iguala a la del general Cavalcanti, que el verano pasado también hacía de conspirador y entraba en bureo con los políticos para formar un ministerio. Abandonado por el rey, el Directorio le obligó a suscribir una nota humillante, un *mea culpa* de colegial sorprendido en sus travesuras. Y fué enviado a "estudiar la organización de los ejércitos en los Balkanes". Obedeció. En premio a su obedi-

cia, para alejarlo de Madrid y del rey, ha recibido la capitania general de las islas Baleares. No será tan llano contentar a Berenguer cuando extinga su pena. Acaso tiene más ambición; de seguro más talento. También, agravios más fuertes. El mayor de todos debiera ser la destrucción de su obra en Africa. Berenguer, con no pequeña costa de hombres y dinero, se apoderó del territorio de Yebala; Primo de Rivera, derrochando vidas y haciendas, abandona lo que Berenguer conquistó, y por abandonarlo se presenta como salvador de España. ¿No es la proeza de Primo la acusación más fuerte contra Berenguer? Y si Berenguer acertaba ¿no debe mirar en Primo de Rivera un enemigo del bien público? El país no se ha planteado estas dudas. Sirvió al uno, sirve al otro, con igual paciencia. Es probable que la oposición de las dos políticas, representadas por esos dos hombres se resuelva sobre las espaldas del pueblo si la España oficial declara que entrambos generales, el uno por hacer lo que hizo, y el otro por deshacerlo, han merecido bien de la patria.

## VI

### Marruecos, pozo sin fondo

Si fuésemos inclinados a creer en la Providencia y la desventura española nos tocase menos de cerca, fundaríamos en los malos sucesos de Marruecos una disertación sobre los designios punitivos de Dios y nos volveríamos a los generales dictadores gritándoles con fruición: ¡Os está bien empleado! Mas, de una parte, los últimos sangrientos fracasos del ejército son simplemente el resultado lógico de una realidad dada, que a su hora toma el desquite contra la torpeza y la incuria; y de otra, el descrédito de los generales se cumple a costa de demasiada sangre, de demasiadas lágrimas de pobres soldados, culpables tan solo de obediencia pasiva, para que a tan subido precio podamos dar por bienvenido el fiasco del Directorio. No somos sectarios hasta el punto de propugnar una "politique du pire", una política de catástrofes que sepulte entre ruinas irreparables a los tiranos de España. Hubiéramos deseado que los españoles,

siendo discretos y avisados a su hora, se ahorrasen esta enseñanza costosísima, mortificante para el amor propio nacional (si alguien, fuera de los oficiales, tiene comprometido su amor propio en el empeño de Marruecos), y humillante para el buen sentido y la razón. Excluyendo, pues, de nuestras palabras cualquier sabor maligno que en esta sazón pudiera parecer impío, no dejaremos de hacer notar la justificación de nuestras críticas que encierran estos hechos: un gobierno de generales ha tenido que suscribir la pérdida de las ilusiones tangerinas; al año de su mando, los militares son derrotados por la insurrección general de nuestra zona de influencia en Marruecos; los militares se ven obligados a "resolver" la cuestión retirándose a la costa, y sólo pueden hacer la retirada comprándola con dinero.

Después del penúltimo desastre (1921) la situación era, en suma, ésta: el ejército (generales y oficiales) exigía el desquite. Los gobiernos consentían. Discutiase no más el límite extremo de una campaña que restaurase el brillo de las armas. Dos años pasaron en esas dudas. El mismo general Berenguer que mandaba en Africa en la fúnebre ocasión de 1921, dirigió las operaciones de desquite hasta mediados de 1922. Recuperamos en seis meses buena parte del terreno que el año anterior habíamos perdido en tres días. ¿Seguiríamos hasta la línea de donde nos habían echado los moros? ¿Más adentro aún? ¿Nos limitaríamos a despejar el contorno de Melilla? Berenguer tenía su plan. El sucesor de Berenguer (un general que intentaba persuadir a los rifeños la paz y la amistad arrojándoles proclamas desde un aeroplano) tenía su plan; las juntas de defensa tenían su plan; el ministerio de la Guerra, el suyo, como los tres gabinetes que se sucedieron; últimamente, el Estado Mayor Central, llamado a dirimir con la fuerza de su técnica la discordia de las opiniones, trazó otro plan. Cualesquiera que fuese su origen, los planes poseían un rasgo común: que el impulso para seguir guerreando venía del ejército, y que los gobiernos, de mejor o peor talante, según sus compromisos, servían los apetitos de los militares. La opinión corriente en el ejército era: que sin "los políticos de Madrid", la cuestión de Marruecos la habría ya resuelto la espada en una guerra a fondo. Parte de la prensa defendió ese punto de vista y no pocas gentes lo aceptaron, pre-

guntándose por qué no se aprovechaba la ocasión de tener en Marruecos un ejército de ciento veinte mil hombres para “someter” de una vez toda la zona. El patriotismo de los ministerios se medía, en sentir de los militares y sus secuaces, por el fervor con que aceptaban los proyectos belicosos. Patriota puro, el señor Maura, que aprobó el plan de “conquista” de Alhucemas (hoy todavía no realizado) y recibió en Madrid al general Berenguer con los honores del triunfo. Menos patriota, el otro gabinete conservador, que relevó a Berenguer y quiso saber (nada más que saber) hasta donde nos llevaría la necesidad moral de restaurar el prestigio del ejército. Mal patriota, con cierto relente de traición, de “inteligencia con el enemigo”, el ministerio liberal, de tristes destinos, formado a fines de 1922. Ese ministerio (contra el que se sublevó Primo de Rivera) tuvo la culpable pretensión de poner fin a la campaña, repatriar lo más del ejército y no gastar en Marruecos sino lo estrictamente indispensable; todo ello no pasó de mera pretensión, porque el tal gobierno, débil como pocos, fué cediendo en ese y en otros puntos, cuando a las imposiciones del rey, cuando a las amenazas de los obispos, cuando a las intrigas de los militares. Realizó dos actos: nombrar un Alto Comisario Civil en Marruecos, y rescatar, por precio de cuatro millones, los prisioneros que desde 1921 retenían los moros. Esos dos actos fueron al parecer dos simbólicas bofetadas para el pundonor del ejército. El Comisario civil estorbaba a los militares por múltiples razones, no todas confesables. Encaramado ya en la dictadura, Primo de Rivera, comenzó a injuriar (1) al Comisario en funciones, destituyéndolo con malos modos, y entre otras cosas dijo, sin ocultar su asombro, como si revelase un hecho extravagante que “el Comisario había tenido la pretensión de dar órdenes a los generales”. En efecto, que los generales de Africa se acomoden lealmente a las instrucciones de Madrid, es uno de los mayores desvaríos que podían padecer nuestros gobernantes, y el mismo Primo de Rivera, en cuanto ha gobernado, lo ha aprendido a su costa. Más doloroso para el orgullo militar fué el rescate, por precio concertado, de los prisioneros. Ciertas circunstancias del suceso

---

(1) Cesó de injuriarlo en cuanto el interesado hizo cara y amenazó con publicar las cuentas de sus predecesores.

deben recordarse. Algunos cientos de militares (entre ellos el general gobernador de la plaza de Melilla) (1), yacían prisioneros de los moros en los riscos de Urriaguel. Se tardó en saber cuántos y quienes eran los presos; se tardó más en organizar algunos socorros; se tardó demasiado en decidir qué se haría por libertarlos. Había varios planes. Desde los que proponían abandonarlos a su suerte por haber sido cobardes (2), hasta los que ansiaban quebrantar sus cárceles a bayonetazos. Vengar a los muertos de Annual (a costa de más muertos) y librar por la fuerza a los prisioneros eran los motivos alegados para continuar la guerra. La conmiseración se impuso, tanto como la necesidad, ya que librarlos por la fuerza resultó imposible. Surgió entonces en muchos españoles la vocación de redentor de cautivos. El periodista y el fraile, el negociante y el militar, todos querían desembarcar en Urriaguel, beber el té con yerba buena en compañía de Abd-el-Krim, inculcarle benevolencia con los presos y salir retratados en los periódicos. Año y medio duraba la cautividad, cuando el gobierno se decidió a tomar por su cuenta y en serio las negociaciones para el rescate. Halló el mediador necesario en Don Horacio Echevarrieta, ex diputado republicano por Bilbao, el hombre más rico de España. Echevarrieta tenía amistades en el Rif. Abd-el-Krim se había negado rotundamente a tratar con los militares españoles, pero se fió de Echevarrieta y de su formalidad. Las negociaciones dieron fruto: un barco, donde iba Echevarrieta con dos amigos suyos y algo más de cuatro millones de pesetas, aprontados por el Tesoro, fondeó en la rada de Alhucemas. Desembarcada la moneda, trajeron los presos a la playa, y mano a mano, contra dinero contado, fueron entregándolos. A lo último pareció que no había bastante numerario. Alborotáronse los moros. Echevarrieta se ofreció a quedar en rehenes. Todo se compuso al fin, y el barco dejó en Melilla a los cautivos y a sus libertadores. La acción de Echevarrieta fue juzgada diversamente. El gobierno quiso hacerle conde o marqués, gracia que rechazó como debía. Unos le felicitaron, otros

(1) Procesado por la rendición de su columna, de la que tres mil soldados fueron degollados después de entregar las armas, salió absuelto. Hoy tiene nuevamente mando en Africa.

(2) Se atribuye al rey una primera negativa a rescatar los prisioneros: "No quiero pagar tan cara la carne de gallina", dijo.

le calumniaron. En el ejército, la opinión fué generalmente condenatoria para Echevarrieta y para el gobierno: “¡Tratar con el enemigo! ¡Darle dinero! ¡Qué oprobio! Sólo unos políticos corrompidos podían aceptarlo. ¿Se quería más prueba de que los gobiernos de Madrid estorbaban la acción vengadora del ejército en Africa?” El gobierno acabó por prestarse a continuar la campaña. El ministro de negocios extranjeros (que hoy desempeña en París el simpático papel de expatriado forzoso y perfecciona el francés en la Avenida de los Campos Eliseos) quiso dimitir, porque su política era pacifista. Se quedó por exigírselo el rey, quien como siempre jugó con dos barajas: “Si dimites —le dijo al ministro— me queda un gabinete de titirimundi.” Y a los generales con quien ya tenía convenido el golpe de Estado: “No he conseguido echar a ese trasto”. Quince días más tarde el ministro trasponía el Bidasoa y Primo de Rivera le dirigía un estúpido telegrama acusándolo de haberse llevado el automóvil del ministerio. El despacho fué celebradísimo, dentro y fuera de los círculos militares, porque abundaba en los sentimientos que el Directorio se proponía explotar. Entre las persecuciones incoadas por el Directorio, debe mencionarse en este momento las que intentó contra algunos periodistas y políticos por “inteligencia con el enemigo”. En el curso de tales pesquisas, Echevarrieta fué vigilado, registraron su casa, revolvieron sus papeles. Echevarrieta, irritado, hablaba de expatriarse.

La dictadura ofreció en el problema de Marruecos una solución “pronta, decorosa y digna”. Todos entendimos lo que esas palabras, de acuerdo con el programa de los militares, querían decir. Ya no había Cortes que escatimasen los recursos o planteasen debates estériles, ni prensa que revelase “nuestros planes” al enemigo y deprimiese la moral del país, ni políticos venales que desvirtuasen con sus oscuras combinaciones la bizarría de los soldados y la pericia del mando. La solución sería “pronta”; es decir, que habiéndose tomado el Directorio noventa días para resolver todos los problemas nacionales, el de Marruecos caería de los primeros, sin dilación. La solución sería decorosa y digna, es decir, impuesta por las armas, sin turbios contratos. Eso ocurría en Setiembre de 1923... Ya muy entrada la primavera de 1924, el Directorio habló de Marruecos, donde no se había

movido un peón: en una nota oficiosa, reconocía la urgencia de preparar una solución. Poco más tarde declaraba que los planes (meditadísimos) del gobierno sobre Marruecos “tropezaban con la actitud de los moros rebeldes.” Dijérase que la dificultad era nueva e inesperada. Para vencerla, el gobierno quiso tratar con Abd-el-Krim, ofrecerle la paz. ¿Qué valimiento fué a buscar el Directorio para hacerse oír del jefecillo moro? El de Echevarrieta. Le rogaron que procurase un buen arreglo. Echevarrieta se resistía. Fué llamado a Palacio. El rey y Primo de Rivera se esforzaron por vencer la resistencia de Don Horacio. “Yo lo haría —vino a decir el ex diputado por Bilbao— yo lo haría, en bien del país, para que cese la efusión de sangre... Pero debo advertir que mis medios de acción entre los moros están muy disminuídos desde que uno de los amigos de España fué asesinado...

—¡Asesinado! ¿Quién?, preguntó el rey.

—Dris ben Said.

—¿Quién lo asesinó?

—Nosotros, los españoles (1).

El rey no insistió.

El resultado de la conversación y de un crucero que emprendió en su yatch, desde Bilbao a las playas vecinas de Alhucemas, fué nulo.

En tanto, el Presidente del Directorio, primero con medias palabras, a manera de tanteo, después claramente, iba dando a conocer los propósitos que maduraba sobre Marruecos. Quería “acortar el frente”. El sentido común, que no puede estar reñido con la técnica militar, y las necesidades del entrampado tesoro público, se imponían. Un ejército de cien mil y tantos hombres, derramado en pequeños puestos por la zona de ocupación, con minúsculos destacamentos que al menor levantamiento moro quedan sumergidos, sin poder valerse a sí mismos, ni valer a otros, está siempre al borde de la catástrofe. ¿Cuántas veces no ha sido necesario para socorrer y abastecer un puesto de cincuenta o de cien hombres, mover columnas de quince mil o veinte mil soldados, batallar tres días, sufrir un millar de bajas y luego de

(1) De la muerte de Dris ben Said, ocurrida cuando Martínez Anido estaba en Melilla, hemos hablado en esta crónica, más arriba.

“meter el convoy” retirarse peleando a las posiciones de salida, a esperar otra agresión, otras batallas, y otras bajas! Así viene haciéndose normalmente durante catorce años. Cuando los moros aciertan a romper un eslabón (Annual, 1921), o cercan los puestos de toda una línea (Tetuan-Xauen, 1924), el desastre tiene por límite el que la venalidad del enemigo permite improvisar. Cuando la amenaza enemiga se frustra, decimos que los rebeldes han sufrido un castigo muy duro y que nuestro influjo se consolida. La acción militar así entendida, se completa con la “acción política”; consiste en una efusión permanente de plata española sobre los indígenas. Al moro amigo y protegido se le da dinero para que no se subleve; vuelve a dársele dinero, si se subleva, para que torne a la paz. Ninguna profesión es más lucrativa en Marruecos que la de moro con fusil adicto a España, si quebranta la adhesión una vez al año. Este sistema, costoso y poco honroso, es el más seguro incentivo de la rebelión, por que el moro pacífico, habituado al dominio de España, se llama a la parte en las ganancias del rebelde y no se priva de ellas por el corto trabajo de disparar unos tiros sobre nuestras tropas.

A Primo de Rivera, gobernante, el problema de Marruecos se le impone en los mismos términos y por iguales angustiosas razones que a sus predecesores en el poder. De una parte, el déficit, causado exclusivamente por los gastos del ejército; de otra, el estado de alarma en que se vive, esperando todos los días algun revés. Se le impone con más apremio que a otro gobierno, porque el público, simple, cree más capaces a los militares que a los civiles para resolver la cuestión, y si no la resuelven velozmente, su desprestigio será mayor. Primo de Rivera, dándose aires de haberla inventado, adopta como solución lo que otros gobiernos tímidamente propusieron: reducir la zona ocupada. En rigor, este plan nada resuelve. Esencialmente, el problema continúa lo mismo. En lugar de 150.000 hombres mantendremos en Marruecos 50.000 o 30.000; en lugar de setecientos o mil millones, gastaremos doscientos o cien. Es algo, se dirá. En efecto; pero continuará habiendo un frente contra los moros, y en la zona ocupada regirá el mismo método que hasta aquí. Por ser menor, el sacrificio no dejará de ser inútil; por ocupar menos tierra, no habremos civilizado más a los mo-

ros ni estaremos más aptos para civilizarlos. Y una agresión en el frente puede llevarnos a "reinvidicar el honor nacional" que fué por donde empezamos en 1909, en 1912, en 1921, sin que todavía hayamos sabido terminar. Más que una solución, Primo de Rivera intenta plantear en Marruecos una tregua.

Valga lo que valiere, esa solución es más razonable que la prórroga indefinida del estado anterior, y más razonable aún que el exterminio de la raza indígena. Pero el ejército de Africa, berenguerista en mucha parte, apegado a las ventajas de las armas, se negaba a entrar en los propósitos del Dictador. Y allá fué Primo de Rivera a inculcar (a imponer, decía él) sus convicciones. Viaje deslucido. Oyó improperios e insolencias. Discutió, amenazó, transigió. Y tanto en Africa como en España anunció que abandonaría una porción del terreno ocupado. Pocos días más tarde, los moros del lado occidental de nuestra zona se alzaron en masa. Querían cobrar cara la salida de los cristianos, como habían cobrado la entrada.

Que en ese terreno nos ocurriría una desgracia muy seria, cuantos han paseado por aquellos lugares lo tenían dicho. "La situación —confesaba el gobierno en una nota— es más grave que en 1921." En efecto, la misma ciudad de Tetuán estaba en peligro. ¿De quién sería la culpa, ahora que no había parlamento, ni prensa, ni partidos? "Lo que ocurre —decía serenamente el general— se debe a gobiernos anteriores" No vamos a narrar la campaña, notaremos algunos rasgos típicos. Al gobierno la sublevación le tomó de sorpresa. Embarcó apresuradamente cuantos hombres disponibles halló en los cuarteles. La tropa iba de muy mala gana; ejemplo: en la mañana de cierto día, un regimiento de la guarnición de Madrid había licenciado parte de su contingente; por la tarde, el licenciamiento quedaba anulado y la misma noche el regimiento salía para Africa, con tal espíritu que en la primera refriega los soldados se tiraron de cabeza a un río. La indisciplina y la desmoralización eran generales. Atengámonos a los documentos firmados por el Dictador en el teatro de operaciones. Primo de Rivera cruzó el Estrecho con otros tres miembros del gobierno y se instaló en Tetuán. ¿Por qué? Porque desde Madrid no le obedecían. "*Desde mi llegada* —decía en una nota— se cumplen puntualmente mis órdenes y

se acatan mis planes". En una orden general al ejército recomendaba que "los soldados no volvieran la espalda al enemigo, que no arrojasen las armas, que no abandonasen a sus jefes..." La situación parecía desesperada; había millares de bajas, cientos de cañones abandonados en poder de los moros, y el movimiento general de retroceso se hacía en la mayor confusión, sin que las columnas, comprometidas en mal terreno, lograsen desprenderse ni un momento de la presión enemiga. De lo ocurrido en las posiciones, júzguese por estos incidentes: en "Solano", la guarnición se suicida, no sin que el jefe envíe a Primo de Rivera un despacho equivalente a una maldición. En Buharrax, sitiada sin esperanza de liberación, se negocia la salida de los defensores. Los moros recibirán unos cuantos miles de duros y los fusiles de los sitiados. Una veintena de mulos, cargados de plata, lleva el dinero ofrecido; pero los soldados se niegan a entregar sus fusiles; saben lo que ocurrió en Monte Arrui en 1921. Entonces, del parque de Tetuán se extraen los fusiles nuevos y se entregan a los moros, en cumplimiento de lo pactado. ¿Fué en Buharrax o en otra posición salvada por igual sistema, donde el jefe del destacamento, al encontrarse libre, arengó irónicamente a sus soldados: "¡Muchachos, gritad conmigo: Viva el Banco de España!!?" Entre los jefes superiores, la moral andaba por los suelos. Un general, con mando importante, halla a otro general, subordinado suyo, en disposición de huir. Da parte por escrito al general en jefe, pero el acusado es un favorito, y el acusador es reembarcado para la Península y encerrado en una fortaleza. Un coronel, jefe de columna, es relevado desde Tetuán. El sucesor acude a tomar el mando de la columna; pero a medio camino recibe un recado del destituido diciendo que no está dispuesto a obedecer y que en modo alguno entregará el mando. El coronel relevado continúa en su puesto. Cuando la "acción política" aflojó un poco el dogal que los moros habían echado a las posiciones y se abrió otra vez con llave de plata el camino de Xauen, Primo de Rivera proclamó que sus planes se realizaban punto por punto. ¡Era la primera vez que nuestros planes coincidían con los de Abd-el-Krin! En efecto, Primo de Rivera se repliega con la cooperación un poco viva de los rifeños. Los moros han destruido las últimas resis-

tencias del ejército a someterse a los proyectos del gobierno, por lo menos en la región Tetuán-Larache, porque en Melilla todo continúa como en 1922. Que un gobernante, militar por añadidura, quiera envanecerse de tales derrotas, parecerá increíble; Primo de Rivera, y en su nombre el gobierno, están orgullosos de su obra. La nota publicada acerca de la evacuación de Xauen, es de un cinismo vergonzoso. Se ha comprado a los moros el permiso de sacar de Xauen la guarnición, la columna de socorro, la población cristiana y la impedimenta necesitada por el abandono de una ciudad. Los moros respetaron nuestra marcha la primera jornada. Después, la columna se atascó. Una masa de quince mil personas se halla en un desfiladero del camino, sin poder avanzar ni retroceder. Se ha sabido oficialmente que “el temporal era durísimo y los caminos estaban intransitables”; que a los soldados, por facilitar la marcha, se les “había dado solo ropa ligera”; que la “enfermería es copiosa”; que ha muerto el general comandante de la columna de apoyo y que está herido su sucesor; que “van llegando a Ben Karrich unidades de la columna que salió de Xauen...” El gobierno declara que la evacuación de Xauen es un prodigio de estrategia, que sólo un hombre como Primo de Rivera, a quien la nación debe gratitud infinita, podía concebir y llevar a término una operación tan difícil. Esa proeza va acompañada de “un habilísima maniobra política”, con la que el moro quedará vencido y burlado. Mencionemos que en esos mismos días el señor Echevarrieta entró de nuevo en escena; recibido y agasajado amistosamente por Abd-el Krim, no ha logrado que el moro hable de paz.

No calculamos donde consentirán los moros que Primo de Rivera detenga su repliegue. Los sucesos más probables son estos: el general, fuera del costo de las operaciones de guerra, derrochará un centenar de millones en la “acción política”; dejará en el campo algunos miles de muertos, cientos de cañones; abandonará una buena porción de kilómetros cuadrados; luego declarará pacificado Marruecos, “resuelto el problema”, licenciará algunas tropas, y tomando dos brigadas de infantería entrará triunfante en Madrid, aclamado por los buenos españoles, bendecido por las madres que ya no enviarán más hijos a la guerra. El rey le ascenderá a capitán general, le otorgará

un ducado y el Toison de oro. Y ya, con Directorio o sin él, Primo de Rivera será el personaje más influyente de la monarquía. Eso busca. Dijose el año pasado que tomaría el mando en jefe del ejército de Africa "para ponerse en condiciones de ascender a capitán general". (Es preciso haber mandado un ejército en campaña para arribar a tan alta dignidad). Ahora relevando al Alto Comisario en Africa para acumular ese cargo y el de general en jefe con el de presidente del Directorio, realiza un propósito que, al pronto, pareció demasiado fútil. En España, los que achacan las acciones a los móviles más bajos, casi siempre aciertan.

X. X. X.

Madrid, Octubre - Noviembre, 1924.

## POEMAS

### El vendedor ambulante.

**E**N sus grandes zapatos carga polvo de todos  
Los caminos de América. Nuestro violento sol,  
Tostó en su rostro ancho la blancura nativa  
Y puso como un sello el moreno color.

En el cajón que curva su dorso de gigante  
Lleva apresado el iris y la codicia plena  
Del indio, cuyos ojos retintos se encandilan  
Con la riqueza burda y alegre de las cuentas.

Se ha hecho amigo íntimo de albas y de ocasos.  
Conoce el sabor acre de las frutas selváticas  
Y de los labios duros de la mujer indígena,  
Fetichista, cetrina, callada, lenta y pálida.

¡Nunca tendrá una casa tibia como la mía!  
Y si le nace un hijo quizás no sepa nada.  
Trajo al mundo el destino viajador de los vientos:  
Hoy un pueblo, otro día la montaña o la pampa.

Lo miro pasar llena de una emoción compleja.  
Yo, la mujer que nunca ha dejado su casa,  
La de ojos que jamás ven cambiar su horizonte  
No sé si lo que siento es envidia o es lástima.

*Sobre sí, como dentro del cajón millonario,  
 ¡Cuánta mirada atónita se llevará prendida!  
 Los seres que contemplan las cosas invisibles  
 Creerán que arrastra un mazo multicolor de cintas.*

### La nueva esperanza

**V**UELVES a mí, esperanza, como un ramo de hierbas  
 Olorosas, cortadas a la hora del alba.  
 Tienes la timidez de las flores humildes.  
 Humildes y menudas como las de la salvia.

*Llegas a pasos lentos. Una fragancia leve  
 Te precede. Yo pliego las manos y te acojo  
 Con un gesto asombrado de mendiga. No tengo  
 Ni siquiera el valor de levantar los ojos.*

*Pero siento que bajo los párpados vencidos  
 Mi claridad aumenta, y se ensancha tu halo,  
 Y me asalta los labios un sabor de violetas,  
 Y el aire que me cerca toma un tinte azulado.*

*¡Mas me encontraste amarga y en la luz que me inunda,  
 Todavía no puedo darme entera al milagro!*

### Silencio

A Goldsack Guñazú.

**M**I casa tan lejos del mar,  
 Mi vida tan lenta y cansada.  
 ¡Quién me dicra tenderme a soñar  
 Una noche de luna, en la playa!

*Morder musgos rojizos y ácidos  
 Y tener por fresquísima almohada.  
 Un montón de esos curvos guijarros  
 Que ha pulido la sal de las aguas.*

*Dar el cuerpo a los vientos sin nombre,  
Bajo el arco del cielo profundo,  
¡Y ser toda una noche, silencio,  
En el hueco ruidoso del mundo!*

JUANA DE IBARBOUROU.

Montevideo, 1925.

## ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL ARTE MODERNO

**D**ESDE hace algún tiempo viene hablándose del arte moderno, achacándose a él defectos y errores que sólo pertenecen a esta crisis de valores espirituales y mentales que predomina en el mundo.

Veamos sino. ¿No es moderno el Impresionismo, que después del Renacimiento Italiano es la manifestación artística de mayor trascendencia en el mundo? Es verdad que todo gran artista es un continuador. Así resulta que Manet, procede de Velázquez, Renoir de Watteau, Degas, el gran Degas, el más clásico de los tres por la pureza de su dibujo, de Ingres. Sin embargo los tres grandes maestros del Impresionismo fueron esencialmente modernos en su visión, en su concepto para trasladar la realidad observada a la tela, en el valor total de su arte. Fueron tres temperamentos ricos de sensibilidad actual, de esa aguda observación de las cosas que sugiere la belleza sin atentarla.

Hasta Corot, el paisaje era considerado como un género inferior, y fué Monet, que tomando la herencia de los paisajistas de 1830, inició el estudio directo de la naturaleza, con paciencia, con tranquilidad, hasta terminar con su disposición de la luz y de los colores, con la adulteración de la realidad, con esa artificiosa arquitectura teatral de aquello que se llamó el paisaje histórico.

Con razón afirma Vittorio Pica, que el amor, la comprensión del paisaje, es una gloria del impresionismo francés.

No es pues, a lo moderno, a quien hay que culpar de las desviaciones que sufre el arte contemporáneo, característica también, de todas las épocas de transición, sino a esa falta de honestidad intelectual, de probidad artística, de los críticos y artistas, y a la incomprensión del público, por falta de cultura.

Se ha reprochado a Cézanne, la influencia malsana que ejerce su obra en la pintura actual. Cézanne, tenía talento, mucho más que sus imitadores. Pero, los *marchands*, deseosos de valorizar los cuadros que abarrotaban sus galerías, se encargaron de difundir el prestigio del pintor, inferior a su mérito real, acrecentando de ese modo su valor, asociados a editores sin escrúpulos, siempre dispuestos a descubrir originalidades si dan dinero, publicaron libros para pregonar las excelencias de la mercadería, servidos por críticos sin talento para serlo, impacientes de popularidad.

Ante esa ola de mercantilismo desvergonzado, sólo se ha oído la protesta de Mauclair, pero ¿qué han pensado para contener esa campaña de desprestigio para el arte francés, críticos de influencia como Geffroy, Dayot, Alexandre, Benedite, Focillon? Nada.

Convengamos entonces, que es la ausencia de valor moral lo que está fomentando esta descomposición del arte actual. A esta corriente sin cauce, no se ha opuesto ninguna reacción seria. Monet glorioso, vive aislado, Besnard, consagrado a la enseñanza, está ya viejo, ¿qué figura de prestigio podría orientar, aconsejar a esos artistas jóvenes, entre los cuales hay algunos de talento como Picasso, ese réprobo del cubismo?

Hay que confesar con franqueza, que los pintores franceses actuales, no son capaces de mantener el prestigio artístico de su patria a la altura gloriosa a que lo elevó el impresionismo. Lucien Simon, Cottet, Denis, Besnard, Henry Martin, son figuras representativas, pero sin influencia, figuras aisladas, que realizan una obra silenciosa, sin trascendencia didáctica ninguna. Lo mismo ocurre con personalidades tan vigorosas, como ese gran maestro fallecido hace pocos años, el sueco Anders Zorn, el clásico Zuloaga en España, o el fuerte Ettore Tito, en Italia.

\* \* \*

Rodin, a pesar de su influencia gótico, renacentista y helénica, fué profundamente moderno; tuvo como su maestro Donatello, la comprensión universal de la vida, pero más que del realismo del florentino, está llena su obra de esa sutil inquietud de las cosas, de esa exaltación voluptuosa de la mujer, que ha hecho de *Le Baiser*, el más grande poema de amor de la escultura

de todos los tiempos. Eso fué Rodin, un sensual que supo fijar en el mármol todos los estremecimientos de la carne femenina, con una delectación líricamente amorosa.

Como de Donatello, puede decirse de él, que con Rodin despierta y fenece todo un arte, un arte exclusivo y suyo propio, así como con Donatello desaparece la escultura antigua, y comienza el arte moderno. Fué un artista que renovó el ideal plástico antiguo creando la vida a través de la forma. Con él se inicia un estilo, ha escrito Mirbeau.

\* \* \*

En música ocurren cosas análogas. Debemos volver a la melodía, se exclama diariamente. Pero, si la melodía existe, si la belleza no ha desaparecido; "el arte moderno, no es moderno por que sea difícil, es difícil porque es moderno". Paralela a las otras manifestaciones de la vida, ha evolucionado también nuestra sensibilidad, nuestro gusto; ya no basta el sentimiento para juzgar el valor de una obra de arte, ya se trate de una ópera, un cuadro, un libro o un poema; se requiere cierta cultura, algún refinamiento espiritual.

Un espíritu simple no *sentiría* la belleza del cuarteto de Debussy, como no *vería* la belleza en un cuadro de Degas. ¿Es, por eso menos artística la obra actual que la antigua? No. Hemos progresado en todos los aspectos de la actividad humana, pero el afán de superarse en la lucha económica, ha hecho descuidar el perfeccionamiento del espíritu, el enriquecimiento de la sensibilidad, y la selección de su cultura. Se quiere ir al teatro a oír una romanza cantada por una buena voz, con el espíritu virgen de toda inquietud que le obligue a meditar o prestar atención sobre lo que ocurre en la escena. Y como todo el repertorio antiguo se ha escrito para lucimiento del tenor o de la soprano, o para dar relieve a la voz humana, conmueve más el cuarteto trágico de *Rigoletto*, que el dúo de amor de *Tristán e Isolda*.

El público no ha seguido la evolución de la música, de la pintura o de la literatura, con la evolución de su sensibilidad y de su cultura dentro de la época. No ha progresado como ocurre con otros aspectos de la actividad moderna, como con la radio-telefonía, o como con el jazz, por ejemplo. Ahí radica el error

y la incomprensión. Hay una falta de interés humano en aprender puesto que no considero que pueda haber interés artístico en el afán que lleva a tanto snob a los teatros para aplaudir como locos la comedia *Les mariés de la Tour Eiffel*, de Cocteau, o quedarse sin aliento para interrumpir la ejecución del poema-ballet, *Parade*, de Satie.

Sin embargo, el teatro en general, es un poderoso instrumento de cultura, modifica las costumbres, selecciona el gusto, aristocratiza la sensibilidad, y a la vez que divulga ideas, proporciona el conocimiento de la belleza.

Recuérdese la labor realizada con tenacidad y empeño, en muchos años de lucha artística, por el director de *L'oeuvre* de París, Lugné-Poe, para divulgar y hacer conocer, desde el simbolismo escandinavo hasta la más atrevida literatura universal, iniciando de ese modo una completa renovación, no sólo en el arte escénico, sino en la orientación del teatro dramático contemporáneo. Entonces, la cultura media del público no le permitía apreciar las particularidades técnicas e ideológicas de los dramaturgos presentados por Lugné-Poe, pero él inició su campaña y la sostuvo con tesón, y el público pudo conocer un teatro nuevo, muy diverso del romántico de Dumas hijo, que absorbía su sensibilidad, y que iba del simbolismo de Ibsen, al misticismo trágico de los rusos, hasta Maeterlinck y D'Annunzio. Así consiguió definir y orientar una nueva tendencia en su gusto.

La belleza no se modifica a través del tiempo, lo que varía es el concepto estético de su apreciación. El modo de verla o sentirla.

\* \* \*

A varios años de su muerte, Marcel Proust sigue siendo el escritor de moda. Prestigiosos escritores y críticos consagran a su obra entusiastas loas. No solo *La Nouvelle Revue Française*, sino autorizados diarios de París, consideran a Proust, como el maestro de la nueva generación. Sin embargo, el que quiera juzgar el valor literario del escritor y de su época, inducido por esos comentarios, después de leída su obra, sufrirá un desengaño. Proust apareció en momentos en que una ola de pornografía y frivolidad inundaba a la literatura francesa, y como una reacción,

realizó una obra artística tranquila, serena, muy cuidada, con una disciplina mental germanizada, con su mirada hacia la tradición, en la observación minuciosa del paisaje, y en la descripción detallista de las cosas, que hace fatigosa su lectura. Pero, esa obra pictórica, carece de intensidad humana, de carácter; toda ella es un álbum fotográfico de los más bellos paisajes de la naturaleza y de la imaginación. Se ha insistido en la profunda originalidad de Proust, señalando su método, la fineza psicológica de su análisis, sin recordar que antes que Proust, un contemporáneo y compatriota suyo, hoy exhumado nuevamente por los jóvenes de vanguardia, había publicado varios libros con el mismo espíritu analítico, y aun con mayor belleza de estilo: Me refiero a Eduardo Dujardin. ¡Es que el pasado vuelve a ser actual! Y los jóvenes, por muy jóvenes, descubren la *nueva* sensibilidad en los viejos!

Los llamados discípulos de Proust, pertenecen a esa generación incubada durante la guerra, que hoy tiene el cetro de la agitación literaria francesa, y de la cual han surgido muy pocos espíritus interesantes. Vinieron al mundo literario, con el acompañamiento del cañón que rugía furiosamente. Sin embargo, a ellos no les debió parecer otra cosa que algún simple ruido de la naturaleza, pues, tan íntimamente unido estaba la serenidad del paisaje con la devastación y la muerte.

No es romántica esta generación, como ha querido llamarla Paul Morand, sino más bien intelectualista, puesto que han hecho de los problemas del corazón, problemas del espíritu. Proust, puso de moda el análisis de los instintos que fermentan en el oscuro fondo del alma humana, como ya antes había constituido la más grande preocupación de aquel hurgador implacable de psicologías que fué Stendhal.

Más bien lo que busca la actual generación francesa, es la nota sensacional, rebuscada con pedantería de investigador científico. No hay ni el más leve soplo humano que conmueva esa red artificiosa que mueve e impulsa las acciones de todos esos muñecos creados por una imaginación desbordada de instinto. Parecería que la contemplación de la hecatombe mundial les hubiera sugerido la lección de la hora que huye veloz, y la necesidad de apurar el goce sexual, antes de que anochezca en pleno día.

Por eso quizás, en toda la producción francesa de la última

generación, puramente sensacionista, la lujuria de la carne y de los sentidos predomina sobre la belleza del argumento o del concepto. Un joven de diez y siete años, escribe *Le Diable au corps*. La obra de Raymond Radiguet, es la perversidad sexual, el relajamiento de la virilidad sana, es como una flor de invernáculo cubierta de estiércol. Es un *petit diable*, en una generación desorientada, sin ninguna preocupación de belleza. En cambio Jacques Natanson, a quien se le ha considerado como un raro caso de refinado satanismo, ha hecho una obra bella y humana, con su comedia *L'enfant truquée*. Es la fuerza del amor, bueno y ennoblecedor, es la pasión viril, que rompe un ambiente artificioso de cínico egoísmo.

También se ha querido ver en los diálogos de esta comedia el espíritu de análisis a la manera de Proust, habiendo en esta obra del joven comediógrafo una intensidad humana, de que siempre han carecido los personajes del autor de *Sodome et Gomorre*.

¡Qué porvenir le queda a una generación, cuando a los diez y siete años, la edad de los más bellos ensueños, cuando es un delito no creer en todo, cuando se debe vivir en la renovación constante del ideal y de la fe en sí mismo, ya se la difama con todas las miserias humanas! Este caso no tendría importancia, si fuera aislado, si no acusara un síntoma alarmante del estado de los espíritus jóvenes, puesto que hombres de talento como Morand, el espíritu más interesante de ese grupo y de la nueva generación, lo ha proclamado maestro, y otros como Cocteau, *compère* de esta nueva cruzada renovadora, no acaudillara en torno a su nombre a una legión de escritores para glorificar la obra inmortal.

Las escuelas se suceden diariamente, las revistas que como *La Nouvelle Revue Française*, era ayer un hogar de vanguardia, hoy es la extrema derecha de la izquierda. Se vive asombrando al público incauto, con alardes de incompreensión, y en esa banal nadie acierta a comprender cual será el camino a elegir, de donde vendrá una luz nueva. El exotismo, la extravagancia, es el secreto de esta generación. Desconcertar siempre con una obra rara, jamás con una obra bella, parece que fuera su consigna. ¡Qué distante nos parece la época, en que un poema de Verlaine era poesía rara, revolucionaria, o un paisaje de Monet,

la obra de un loco! Tiempos felices aquellos, cuando las rarezas eran obras de bellezas!

También aquellos fueron unos innovadores, como pretenden serlo los de la generación actual, pero mientras un poema de Laforgue, vivirá como una obra de arte, ¿qué suerte correrán los de Reverdy? Mientras a Monet se le respeta y admira por sus paisajes de eterna belleza, ¿qué quedará de los de Marquet o Derain?

Sin embargo ambos grupos fueron discutidos en sus épocas, atacados, vilipendiados, aquellos por una generación educada en el escolasticismo, la nuestra no. El simbolismo en la literatura, como el impresionismo en la pintura y en la música, ha sutilizado nuestra sensibilidad, ha afinado nuestra comprensión, y nos capacita para ver la belleza, con ojos nuevos, con un espíritu limpio de prejuicios, con una visión que no tuvieron los antecesores, para quienes la belleza era algo medido, era la *lindura*, que sólo estaba en las cosas graves, en una novela de Hugo o en un drama de Tamayo, en un cuadro de Chaplin o en una ópera de Bellini.

Las grandes inquietudes de la hora presente, pasan sin rozar la inteligencia y la sensibilidad de esta generación, que no parece la auténtica, aquella que vió enrojecer los campos de Francia con la sangre de la más honda tragedia.

\* \* \*

Cuando se habla de arte moderno, no se debe juzgar con ligereza. Moderno es el impresionismo, una de las más grandes manifestaciones artísticas de todas las épocas, y nada tiene que ver con el cubismo, que también es moderno, y que se involucran en la apreciación general del concepto, como no tienen parecido Degas con Seurat: Debussy fué un genio, que no tiene nada que ver con Erik Satie, y todos los exponentes de la dodecafonía; Verlaine, es una gloria más pura que la de Hugo, como D'Annunzio es el genio más resplandeciente de nuestra época, y ni el francés tiene puntos de contacto con el moderno dadaista Cendrars, ni el italiano con su contemporáneo y compatriota futurista Ardengo Soffici; tan modernos eran los Cinco del grupo de Moscú, como los Seis del cenáculo de París.

¿Por qué entonces hacer generalizaciones dogmáticas que en

arte son siempre peligrosas e injustas? No es el retorno a lo antiguo lo que puede salvar al arte actual de la honda crisis por que atraviesa. Lo malo actual, no es malo por que sea moderno, es malo por que a la honda renovación de valores operada después de la guerra, la orgía de vivir sin esfuerzo ha hecho que la improvisación desaloje a la reflexión serena y ecuánime.

Un poco de interés por la cultura en el público, y la crítica ejercida con probidad y talento, pueden salvar el prestigio de esta magnífica floración de ingenios que nos ha dado ya grandes obras maestras. Las escuelas pasan y sólo quedarán las cosas capaces de resistir el análisis frío del tiempo y de los hombres. Nada educa más y nos hace comprender mejor la fugacidad de los juicios humanos, que la contemplación de una obra de arte, en su serena belleza.

ANTONIO AITA.

## UN NUEVO DERROTERO PARA LA PRECEPTIVA LITERARIA

**I**NTENTO encarar en el presente breve ensayo cierto problema debatido arduamente y que asume, durante el último lustro, contornos de obsesión aguda en los centros educacionales argentinos: me refiero — según lo indica el título — a la preceptiva literaria. No sospeche, empero, el lector que aspiro a ahondar de tal suerte el asunto que, gracias a tan trascendentales lucubraciones, quede resuelto el punto, y aquietados los ánimos, mas si ahora retomo la pluma — luego de haberla dejado descansar algunos años — débese, más que nada, al deseo de que los profesores de buena voluntad contribuyamos a aclarar los términos en que se plantea el tópico aludido, induciendo a quienes lo han desmenuzado con su ciencia y experiencia, a que nos den más luces para cumplir sin desmayos la diaria ruda labor.

Tema es éste más venerable de lo que mucho suponen, y si también aquí quiere echarse mano de la socorrida “revisión de valores”, no será sin denunciar que semejante frase hecha es bien huera en el caso actual, aunque siempre aparezca como esmirriada, feble y enteca cuando la barajan los que a sí propios, con encantador optimismo, suelen rotularse de “hombres nuevos”... Hombres nuevos, si la novedad finca sólo en desgastar monedas de reciente cuño, cuyo troquel ostenta todavía el rastro del férreo Unamuno, o del plástico Ortega y Gasset o de D’Ors el almibarado; hombres nuevos, novísimos de seguro, si todas sus “inquietudes” se satisfacen, ignorando lo antiguo y desconociendo lo moderno, en disertar sobre cualquier asignatura sin haber deletreado los libros fundamentales que tratan de ella: desdén presuntuoso y pedante cual conviene a la fatua suficiencia de algunos jóvenes escritores de hogaño...

Pero, digresiones aparte, repito que el tema de la preceptiva

literaria tiene, según es notorio, su tradición en Europa, y el escepticismo de hoy al respecto cuenta con avisados precursores. Dígalo si no todo el movimiento romántico de la centuria pasada, dígalo Campoamor en su amena polémica con Valera, en la que ya establecía la “inutilidad de las reglas de la retórica para formarse un estilo” (*Poética*, cap. IX), dígalo Albalat con sus conocidos manuales, cuando, a las resacas clasificaciones de los epitomes en boga, tentaba contraponer la observación esmerada de los textos literarios. Es que, en efecto, la orientación que ha impreso a esta disciplina el mentado tratadista francés encauzó a sus cultivadores en la ruta, no de estudiar la belleza ya plasmada y fija, si no que los indujo a contemplar la compleja tarea del escritor en su palpitante realización, efectuándose afanosamente por etapas, salvando aquí y allá los escollos inherentes a la elocución, ordenándose, en fin, de modo lento y tenaz: faena censoria más provechosa a no dudarle y que, sin embargo, había de irse esquematizando poco a poco, agotándose casi en su propósito de circunscribir y simplificar el llamado “arte de componer”.

No obstante las diferencias visibles entre los dos sistemas, ambos debían describir sincrónicamente paralela trayectoria. Lo que en uno fué, verbigracia, minuciosa distinción entre la “sinécdoque” y la “metonimia”, fué en el otro separación prolija entre la “preparación” y la “disposición”, como si el proceso de gestación mental, único en su ondulante amplitud, admitiese delimitaciones generales de universal aplicación. Lo que en uno fué — insisto— artificioso análisis de las figuras retóricas, fué en el otro escisión ficticia entre la distribución de los materiales de una obra y la forma literaria correspondiente a cada parte de la misma. Todo ello, si se quiere, matizado con ejemplos, con abundantes ejemplos, en los cuales los trozos seleccionados aparecían en í fragmentos inertes, dislocados casi por cruel tortura para que sirviesen, así trancos y contrahechos, de paradigma aleccionador. Mas si ambos sistemas al cerrar su órbita llegaban a esterilizarse, ambos contenían en verdad buena substancia que podía ser, en manos hábiles, de utilidad innegable; no en vano la exégesis acerca del ornato había sobrenadado de aquella primera fuente en que bebió Aristóteles y el arte de componer de aquella otra en que abrevó sus *Instituciones* el grave Quintiliano.

Y es que tanto en esta como en esotra dirección el mal forzoso, ínsito en su genuina contextura, estriba en reducir a nombre, a especie, a categoría lo que, minuto tras minuto, es mudable y cambiante y tornadizo porque responde, dentro de su infinita variedad, a los distintos temperamentos humanos. El idioma así, en función estética, no suministra un metáfora-tipo: brinda tantas metáforas como poetas ansían expresar, por modo indirecto, su peculiar manera de sentir. El idioma así, en función estética, consiente que sólo para atender necesidades didácticas separemos las diversas fases de la técnica literaria al apreciar autores de vena fluente, que — urgidos por creadora presura — han pensado a medida que el albo regazo de las carillas incitadoras los invitaban a fecundarlas aceleradamente con el germen de su ideación jadeante.

Lo que antecede quiere, pues, significar que será menos fría y más coincidente con la realidad la enseñanza que, sin cerrar los ojos a estas elementales comprobaciones, muestre en lo particular de cada composición escrita, considerada en su totalidad y no en fracciones infinitesimales, aquella materia rica de la cual pueden extraerse fructuosas inferencias o merced a la cual es dable despertar en el estudiante su incipiente sentido artístico.

Si hay que optar, pongo por caso, entre instruir acerca de las porciones en que es común dividir un discurso o encargar a los discípulos la lectura de una pieza oratoria de mérito, la elección no me parece embarazosa, puesto que quien explique lo primero facilitará a lo sumo una nomenclatura, cuyo recuerdo vago se esfumará concluido el examen — prueba final que, si impera el memorismo, equivale a una *liberación* para el alumno — en tanto que aquel que por lo segundo se decida, estimulará la reflexión del educando, el cual podrá aquilatar por sí mismo el valor de los recursos verbales empleados ante el auditorio y que generan, ya el éxtasis emotivo, ya la persuasión avasalladora, ya el sereno convencimiento. No se impartirá una terminología convencional: *bian* al contrario, por vías directas se justipreciará en clase el contenido y la estructura de una unciosa homilia, de una alocución política o de un disertación académica: el nombre la especie, la categoría quedarán en segundo plano.

Precisamente por haber huido de un eclecticismo medurado

la preceptiva literaria se ha convertido en “el guardarropa de la elocuencia” al decir de Pirandello (1), ha caído en ruidoso descrédito y, según recordé antes, se ha negado su eficiencia con fulminantes reprobaciones. De esta guisa ha ido robusteciéndose el desprecio por la “retórica”, que unos sentían sinceramente y que otros arteramente simulaban; aquéllos, porque les repugnaban la superficialidad de sus conceptos y lo engorroso y sutil, lo alambicado y abstruso de sus numerosas clasificaciones; éstos, porque estaba en moda llenarse la boca de dicterios al calificarla y porque, al presumir de despreocupados, aparentaban genial indiferencia por la forma literaria —¡menester de ruines maestritos!— o cómoda desenvoltura para maltratar nuestro sonoro idioma.

Remy de Gourmont, entre otros, comentó con sorna el enchipado empaque de algunos heresiarcas al aseverar que “il y a deux sortes d'écrivains; les écrivains qui écrivent et les écrivains que n'écrivent pas, comme il y a les chanteurs aphones et les chanteurs qui ont de la voix” (*La culture des idées*, cap. I). Y añade enseguida: “Depuis Pisistrate jusqu'à Louis XVI, le monde civilisé est unanime sur ce point: un écrivain doit savoir écrire”... Adrede cito a un galo para que no se objete que son *ranciedades hispanas* las que ahora invoco, y también porque el mencionado autor asegura, en el mismo trabajo, que “puede aprenderse el oficio de escritor, pero no puede aprenderse a tener estilo”, diferencia bien sencilla que suele olvidarse a menudo. En el colegio secundario nadie pretenderá adiestrar periódicamente una falange de estilistas, pero con más parquedad en los propósitos será factible adoctrinar a los estudiantes en los rulimentos del arte de redactar.

Siete años de ocupación docente me autorizan, creo, a sostener que, reduciendo a discretas proporciones la instrucción teórica, tornando obligatoria la lectura de varios modelos de buen decir y forzando a los alumnos a que realicen en el aula pequeñas composiciones, se está en camino de lograr algunos benéficos resultados: la sintaxis mejórase sensiblemente, la pluma es movida con mayor soltura y el adolescente se esfuerza, al comedio del curso, por hallar la justedad en la expresión, la claridad en el argumento y hasta, si es posible, la elegante urbanidad en la cláusula.

(1) En *La Nación* del domingo 4 de enero de 1925.

Del cotejo de disimilares ingenios literarios cosechará el docente preciados frutos, pues la habilidad en el empleo de la prosa y el diestro primor en la versificación constituyen un recetario que es hacedero transmitir en clase. ¿Quién deseará reconocer que en cualquier oración conviene evitar las turbadoras asonancias, el hiato desconcertador o el giro cacofónico restallante? ¿Quién no confesará que puede mostrarse al alumno la rima pobre de una estrofa o el ripio traicionero que tan pronto se agazapa en alguna locución descolorida, tan pronto se almohadilla alevosamente en el centro del verso, tan pronto se desliza, azarador, hasta su extremo terminal? ¿Quién no estará en condiciones de valorar el vigor de una frase si se la remacha mañosamente con la repetición de vocablos o si se la prolonga, como en cascadas, gracias a adecuada concatenación? ¿Quién no reparará que durante la lectura será accesible al estudiante la policromía que al lenguaje presta la copiosa sinonimia castellana o la acerada firmeza que acuerda al párrafo el cabal uso del adjetivo?... Tales inducciones, apuntadas aquí y allá en los primeros meses, y correlacionadas después dentro de un plan sensato que eluda las enfandosas ordenaciones y el tecnicismo fatigoso, irán integrando un cuerpo de doctrina que remedará, en lo empírico de sus espaciados aportes, el proceso de calma plasmación que esta disciplina ha sufrido a través del tiempo.

Para este modesto ministerio puede sin desmedro utilizársela, y no es lícito que la humildad de su designio envalentone a los que contra ella afinan la puntería, lanzándole — como en juego de párvulos — inofensivas municiones. Tan frívolo deporte data de algún tiempo y a él quiso poner coto Brunetière al publicar en 1890 la “*Apologie pour la rhétorique*” (en *Essais sur la littérature contemporaine*) señalando las ventajas que su estudio reporta a los que, en edad propicia, aprenden a observar con tino las páginas inmortales de los más excelsos autores (1).

El peligro de no mantenerse en actitud circunspecta conduce, pues, por un lado a la liviandad de los escépticos y por otro al

---

(1) Acontece aquí lo que en materia pictórica puntualizaba no ha mucho Camilo Mauclair: “El arte oficial académico se ha hundido al empuje del impresionismo y de los diversos movimientos ulteriores. Una generación de independientes ha entendido que la enseñanza del arte académico era nula, cosa perfectamente exacta; pero ha juzgado también que

dogmatismo de los ortodoxos; si la negación sempiterna peca de voluntariosa, la rigidez de los retóricos tradicionales nos ha deparado un código de reglas y subreglas capaz de ahogar bajo su plúmbea pesadez el estro poético del novicio; de ahí que, al rehuir las exageraciones de tirtios y troyanos, sea dificultoso permanecer en el oscilante fiel de la balanza. Alguien, empero, lo ha conseguido ya en nuestro país: aludo al señor José Fernández Coria en su excelente volumen sobre *La enseñanza de la literatura* (1918). Este culto catedrático, en efecto, conceptuando que es esencial fomentar la lectura en los colegios nacionales, restringió el dominio de la resobada preceptiva, recalcó la conveniencia de estudiar *en las obras literarias* para desentrañar de ellas algunas nociones de índole general, y aconsejó que dentro del aula se practicaran con asiduidad los ejercicios de redacción a fin de desmohecer las holgazanas y tardas péñolas juveniles. De modo demostrativo puso al descubierto los procedimientos que metodizados expertamente en clase facilitan al discípulo la comprensión de los libros que ha consultado y lo conducen por impulsos espontáneos a discriminar los elementos constitutivos de dichas producciones. Desarrolló su raciocinio de manera lógica y llana, y nadie pudo pensar así en revolucionarias posturas; éstas debían corresponderle —cinco años más tarde, se entiende— al profesor español don Américo Castro en el contradictorio y espectacular cursillo de ocho conferencias que el Ministerio de Instrucción Pública patrocinó en 1923 (1).

Allí el señor Castro, mediante una extensa paráfrasis de

---

toda enseñanza debiera reducirse al contacto entre el instinto individual y la naturaleza, cosa perfectamente falsa. Por horror al mal oficio, se ha declarado que no hacía ninguna falta el oficio propiamente dicho. Y de esta suerte se ha logrado llegar a una horrorosa ignorancia técnica". (*La decadencia de la técnica*, en *La Nación* del domingo 18 de enero de 1925).

(1) Si juzgo contradictorio el mentado ciclo de disertaciones no es, en verdad, sin disponer de pruebas, aun cuando no hayan sido dadas a la estampa, según anunciase, las versiones taquigráficas que de cada exposición se recogieron. Para corroborar lo escrito bastará recordar, verbigracia, que el señor Castro comenzó por referirse sin gran respeto a aquellos hablistas que, con laudable empeño, pugnan por enmendar viciosas formas de expresión, para concluir más tarde aseverando que tal prédica era muy beneficiosa. Extraña resulta la opinión inicial si se tiene en mira la heterogeneidad étnica de nuestro país, donde el vulgo que viste frac y el vulgo que gasta blusa, diferenciándose en lo externo, se asemejan y hasta confunden por la malsonante jerga que uno y otro cultivan.

Lenz, quiso descubrirnos sendas no transitadas... y que, como es natural, ya habían recorrido Fernández Coria y los que, desde tiempo atrás, seguían la apuntada orientación. El error estribaba, al parecer, en dar por sentado que la enseñanza en todas las cátedras era la de la admonitora retórica con sus arcaicos conceptos, en presumir que nadie glosaba autores ante los discípulos, en suponer que no se encargaban lecturas a los estudiantes y, finalmente — vale la pena subrayarlo — en halagar mediante rabiosas herejías a cierto sector de la intelectualidad nacional que, por no tomarse el quehacer de pulir la elocución, compone pedestramente y busca asirse de cualquier heterodoxia para justificar sus desmanes idiomáticos y para cohonestar su cursilona tendencia al barbarismo de uso corriente. Al rodar por el peligroso declive, nuestro informado catedrático hispano sostuvo que, habiendo leído el *Quijote*, poco importaba situar a su autor en el siglo XVIII, sin colegir quizás — lo que es raro, dado su esclarecido entendimiento — que mal podían gustar los alumnos la novela del alcaláino si no la encuadraban en el medio histórico que le sirvió de marco. Justo es, pues, que advirtamos cómo el oficiar de infalible pope de una secta, entre el mareante humo de los incensarios criollos, impele a negaciones tan absolutas como peregrinas... Es atinado, repito, mantenerse en un equidistante término medio: la lengua será fundamento del estudio de la gramática, de la teoría literaria y de la historia de la literatura; se dosificará parsimoniosamente la instrucción doctrinaria, sin desdeñarla de rondón por mero alarde de bulliciosa iconoclastia. En tal sentido son muy recomendables una conferencia de Rodolfo Lenz, *¿Para qué estudiamos gramática* (1912), un folleto del mismo señor Castro, *La enseñanza del español en España*, aparecido en 1922 — cuando aun no nos había honrado con su provechosa visita — y otro, bien sustancioso, de Félix Martí Alperá, editado por la *Revista de Pedagogía* de Madrid bajo el sugestivo epígrafe de *Cómo se enseña el idioma* (1923). Los citados opúsculos refiérense más ceñidamente a cuanto atañe a los primeros cursos de lenguaje (1).

---

(1) Se llamaría a engaño quien creyera que las citas apuntadas en una y otra página empuñan en apurar el acervo bibliográfico actual sobre el tema metodológico que esbozo aquí. Sin embargo, para los que de-

Por ello se vincula de modo más estrecho con este tópico el artículo del Dr. Arturo Giménez Pastor que, sobre "La enseñanza de la literatura", fué publicado en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (tomo XXXVII, 1917); en él nuestro compañero de tareas puso de resalto la imperiosa necesidad de trabar prietamente la gramática y la literatura con el idioma, para efectuar de éste un estudio gradual y progresivo. "Ante la evidencia — escribía a la sazón — de que no hay reglas literarias, fórmulas de producción de la obra de arte, sino observaciones y conclusiones sobre ella, toda esa construcción dogmática resulta seco esqueleto de una ciencia que fué", etc., y, a cambio de semejante monserga, proponía proyectar la inteligencia y la sensibilidad del alumno alrededor de la obra leída individualmente y paladeada en el aula. Insistía asimismo acerca de la necesidad de aligerar los programas, escogiendo los más característicos representantes de escuelas y géneros, por manera que — salvo algunas diferencias de detalle — en bien poco discrepa mi opinión de la que aquí, a vuela pluma, acabo de resumir.

Concuerdo también, y en ello me complazco, con las ideas que en tono sencillo y sugerente emite Eduardo Gómez de Baquero en su conferencia "La enseñanza de la literatura" inserta en *El renacimiento de la novela en el siglo XIX* (1924). Sostiene allí que debe propenderse al conocimiento de los "textos literarios", siendo todo lo otro "arrabales de la literatura". Con sobriedad se utilizarán los manuales históricos, y de la labor erudita habrá de expresarse lo substancial para que los datos acumulados valgan como información aclaradora en algunos casos de obscuridad o duda respecto al valor y significado de una obra

---

seen bucear a profundidad mayor, cabría anotar: "Por el idioma" en *Critica y Polémica* (primer tomo, 1917) de Roberto F. Giusti; "Los estudios literarios en la Facultad de Filosofía y Letras" del mismo autor, en la revista estudiantil *Verbum* (núms. 41-42, 1918); "La literatura en las Escuelas Normales" de Enrique Esbri, en *Revista de Pedagogía*, de Madrid (N.º 1, 1922); "La enseñanza de la literatura" de Américo Castro, en la mencionada revista ibera (N.º 5, 1922); "La enseñanza de la lengua y literatura españolas" del mismo autor, en su volumen *Lengua, enseñanza, literatura* (Madrid, 1924); *La reforma de la Gramática* de Rodolfo Lenz (Santiago de Chile, 1924). La aplicación del diseñado criterio moderno en estas materias puede, por ejemplo, apreciarse en *El primer año de lenguaje* (Madrid, 1923) de Angel Llorca y en *Lengua española* (Madrid, 1925) de Félix Martí Al'perá.

determinada. Han de considerarse sólo — añade — los escritores de más vuelo que en cada período yérguense como índice revelador del auge de una escuela o del predicamento de que gozó en tal o cual época, éste o aquel género poético.

Recogido en somero recuento lo principal que atesoran los trabajos antes enumerados, si alguien ahora — reavivando el dilema anterior — inquiriese si hay que preferir la lectura del *Quijote*, al rápido repaso de la biografía y bibliografía de Cervantes, respondería sin empacho que la disyuntiva, así escueta y radicalmente sintetizada, no existe para profesores de mediano equilibrio mental: lo primero no excluye lo segundo. Acordaremos vasto alcance a la lectura, ya que ella es, más en los años mozos que en el resto de la vida, el mejor fermento de cultura, mas no despreciamos, por infantil alarde de modernismo, aquellas noticias que, fruto de las espinosas faenas de investigación, contribuyen a que con más seguridad y hondura penetremos en los libros máximos que ha concebido el genio hispano.

Han sido éstas las normas capitales que guiaron mi labor al planear el programa de 4.º año del Colegio Nacional de Buenos Aires en calidad de miembro de la Comisión revisora nombrada por la dirección de dicho instituto escolar (1). Tales principios básicos prevalecieron en la reunión de catedráticos de Castellano y Literatura, y la proposición que formulé entonces en el sentido de coordinar el estudio de los siglos XIX y XX con el de la teoría literaria fué acogida benévolamente y apadrinada luego sin reservas. De ahí que las siguientes reglas prospectivas hayan guiado mi tarea:

1.ª La instrucción secundaria en nuestro país, debiendo inclinarse más a la formación de la "cultura" del estudiante que a su "provisión" de conocimientos — según lo hacía notar el profesor francés Desirée Roustan (2) — ha de tender a afinar el gusto estético de la juventud. Partimos, por ende, de la observación concreta de una obra para elevarnos, mediante esfuerzos ge-

(1) La comisión que ha preparado los nuevos programas de Castellano y Literatura fué integrada por los señores Héctor García Juanicó, Pedro Teobaldi, Enrique García Velloso, Arturo Giménez Pastor y el autor de estas líneas.

(2) Conferencia que, pronunciada en el Colegio Nacional de Buenos Aires, versó sobre *La enseñanza secundaria en Francia y en la Argentina* (16 de setiembre de 1924).

neralizadores, a la correspondiente noción abstracta; proporcionamos así amplios conceptos de las diversas especies literarias, de su génesis remota o reciente, de su paulatina evolución y, en algunas ocasiones, de su desaparición más o menos definitiva. Bastante triturada la preceptiva hierática de otrora, sus postulados más aceptables colócanse como coronamiento de cada capítulo del programa. Nadie desconoce que aun los autores nacionales de tratados para esta asignatura — D. Calixto Oyuela y mi padre, por ejemplo (1) — pugnaron con todo linaje de premoniciones por fomentar la lectura de los escritos hispanos, americanos y argentinos más cuidadosos del idioma, pero mantuvieron alejada la preceptiva de la historia de la literatura, y no ajustaron el lazo que puede acomunar los cursos de gramática con los subsiguientes del bachillerato, puesto que para ellos la meta consistió siempre en impartir las normas reguladoras de ambas disciplinas. Nosotros, discrepando respetuosamente de tal opinión, conceptuamos que a través del lenguaje, y por modo ascendente desde 1.º a 5.º años, es factible destacar ante el educando aquellas pautas de mayor aplicación para el empleo correcto del habla castellana; ello importa alguna parva y modesta “provisión de conocimientos” y, con preferencia, contribuir a la “formación de la cultura” del alumno.

Rodolfo Lenz ha afirmado que “querer aprender una lengua por el estudio de una gramática es como aprender a tocar violín leyendo tratados de música y métodos de violín sin tomar el instrumento, sin ejercitar los dedos”. Trasladando la sentencia, es dable asegurar que nadie aprenderá a escribir atiborrándose, haritándose de retórica; ello — aparte de las condiciones innatas — puede acaso alcanzarse leyendo atentamente, permitiendo que sobre el novato actúe el saludable contagio de los grandes maestros, dejándose impregnar con intencionado abandono por el perenne vaho tonificador que desprenden las obras magnas. Los bisoños en lides de este jaez tornáronse aguerridos cuando, tras borrar, corregir y expurgar sin pereza lo pergeñado en ardorosas vigiliás, dieron con la imagen capaz de expresar esfumadas gradaciones

---

(1) Sobre este particular el señor Oyuela publicó en *La Prensa* del domingo 30 de noviembre de 1924 un interesante artículo. Los trabajos similares de mi padre se hallan recopilados en *De gramática y de lenguaje*; varios hay dispersos en distintos folletos, que sería largo alistar aquí, y en la colección de la *Revista de la Universidad* de Buenos Aires.

de pensamientos o con la frase dúctil y armoniosa que despierta, como en milagro de transmisión afectiva, la muelle sensibilidad del lector.

Deducimos la ilustración de cada persona cuando la oímos expedirse acerca de temas usuales; intuitivamente medimos su altura intelectual, y por ello debemos brillantar el vocabulario de los jóvenes y mejorar los giros idiomáticos de que en su conversación se valen. Bien lo ha recalcado Martí Alperá: "La formación de nuestro lenguaje es la formación de toda nuestra cultura. Arquirir una nueva palabra es adquirir una nueva idea o un matiz de ella". Un ideal, casi inasible hoy, es, pues, el de obtener que las clases de todas las asignaturas sirvan — no para pauperizar la elocución según acaece de ordinario — sino para enriquecer y tornar más grávida la lengua que de Castilla heredamos.

2.º Partimos, digo, de la observación concreta de una obra para elevarnos, mediante esfuerzos generalizadores, a la correspondiente noción abstracta; el itinerario diseñado se adapta, en consecuencia, al desarrollo natural de los fenómenos, ya que, como era forzoso, la teoría literaria ha surgido de la contemplación de las obras anteriormente escritas. Ahora bien: a fin de que tal teoría, reducida a las más útiles observaciones, se enseñe con provecho para el estudiante, fijase su atención en torno de lo más cercano: el siglo XIX y la literatura contemporánea. La inteligencia humana capta con celeridad mayor aquello que, por su contigüidad en el tiempo o por su similitud interna o externa con lo actual, le exige menos energía para ser gustado y comprendido. Además, le centuria decimanona exhibe una profusa floración de los diversos géneros poéticos y permite escoger ejemplos típicos de cada uno de ellos.

3.º En determinados puntos del programa ha sido imprescindible referirse, por excepción, a especies literarias que se cultivaron en épocas ya distantes, para consignar, de manera compendiada, la transformación que en ellas operóse al ser tamizadas por el cedazo de los diferentes periodos históricos; ocurre lo antedicho, verbigracia, en las bolillas concernientes a la épica y a la dramática. En otras oportunidades ha convenido más bien aludir

a especies literarias, como el ensayo, antes desconocidas y ahora muy en boga (1).

4.º El contenido del curso en varios acápites ha podido abreviarse teniendo en vista que pasa a tercer año del plan de estudios lo atañadero a las figuras, imágenes y tropos. Sobrará, por consiguiente, con refrescar la mente del alumno acerca del manejo artístico del idioma cuando, en la bolilla segunda, se esté en trance de caracterizar el lenguaje poético.

5.º La selección de autores es invariablemente problema delicado y que se presta, por su inmensa latitud, a meticolosas, agrias e inacabables controversias. Con el designio de orillarlas en lo posible se han elegido aquellos escritores que, debido a consenso casi unánime, repútanse como representativos del género en que especialmente han laborado.

En cuanto a las lecturas recomendadas, la nómina compuesta demandará — hasta por motivos de colegial estrategia — que se la varíe a medida que las circunstancias lo exijan.

6.º La bolilla del estilo, con la que se cierra la enseñanza, rendirá ópimos frutos si al plantear el escabroso tópico de la forma literaria, asaz antiguo y bien moderno, se logra dirigir la vista del discípulo sobre lo saboreado individual o colectivamente durante los ocho meses escolares. Completada luego la tarea merced a la realización en el aula de algunos trabajos escritos, el estudiante ejercitará la pluma e irá organizando su propia experiencia para el más sagaz empleo de ella: “sólo forjando se aprende a ser herrero” dijo Comenio, si la memoria no me es infiel.

7.º Como el catedrático de literatura dispone en 4.º año del Colegio Nacional de Buenos Aires de tres horas semanales, estimo — basado en la faena cumplida en los cursos últimos — que es hacedero explicar de modo íntegro lo que abarca el flamante

---

(1) Dice José Enrique Rodó en su artículo “La enseñanza de la literatura” (*El mirador de Próspero*, tomo I, edición de la Biblioteca Andrés Bello): “Ningún retórico se ha detenido a pensar, por ejemplo, que, variando la importancia relativa de los géneros literarios según las condiciones de las diferentes épocas, caducando o decayendo unos, suscitándose o realizándose otros, las clasificaciones de las retóricas clásicas deben ser revisadas y adaptadas al orden de la realidad literaria actual. Graduará el retórico la importancia de cada género, no por lo que representa para nuestro espíritu, sino por el lugar que tiene en la *Poética* aristotélica o en la *Epístola a los Pisones*.”

programa. He de añadir, de paso, que en 5.º año (historia de la literatura española) será más fácil llenar las exigencias reglamentarias, una vez transportado al curso inmediato inferior el análisis de los siglos XIX y XX y la lectura del *Ingenioso Hidalgo*.

\*

\* \*

El intento de que aquí me hago eco es relativamente novedoso por la vinculación que establece entre la normativa literaria de conceptos generales y la historia literaria que, a través del factor, tiempo, considera en particular las producciones de mayor densidad y enjundia de los distintos pueblos.

Coincide, según es notorio, con los rumbos seguidos en otros países para la enseñanza de esta materia — Francia e Italia por citar sólo dos del grupo latino — y hasta los mismos norteamericanos se lanzan por la delineada senda (1); no puede desconocerse tampoco que desde años atrás practican una instrucción muy viva del lenguaje los educadores chilenos (2). Nada, empero, es parecido a lo que pronto va a experimentarse en un establecimiento bonaerense, de acuerdo con el programa transcrito, el cual — como todos los del pasado y como todos los del futuro en grado mayor o menor — mostrará oscitancias y deficiencias a la perspicaz visión de los especialistas. El porvenir dirá, no obstante, si la transformación operada resulta beneficiosa para las generaciones juveniles, y sólo cabe aguardar ahora su inapelable fallo.

JOSÉ MARÍA MONNER SANS.

---

(1) En *La Nación* del domingo 11 de enero de 1925 apareció *La enseñanza de la literatura en los Estados Unidos*, colaboración de Williams Wills Davies que contiene, al respecto, buena copia de informaciones.

(2) Es oportuno aconsejar a los colegas argentinos que no los hayan revisado, la lectura de los *Programas de Instrucción Secundaria* del país vecino (Santiago de Chile, 1916).

## NUEVO PROGRAMA DE LITERATURA DE CUARTO AÑO DEL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES

### BOLILLA I — GENERALIDADES

I. — Glosar en clase *Un castellano leal* del Duque de Rivas o *A buen juez mejor testigo* de Zorrilla, señalando de paso los elementos constitutivos de una obra literaria: idea, asunto, forma y fin.

II. — Recurriendo a una de las citadas leyendas, a *En Noche Buena* de Querol y a *Los intereses creados* de Benavente — obras que debe conocer el alumno y de las que ha de recitar algún trozo — explicar brevemente en qué consisten las poesías épica, lírica y dramática.

III. — Dar noticia somera respecto a la Historia, la Oratoria y la Didáctica como géneros literarios.

IV. — Leer fragmentariamente *La novela de un novelista* de Palacio Valdés y reseñar, a través de ella, cuáles son las diversas etapas del arte de componer: preparación, disposición y elocución.

V. — Parafrasear en clase varios juicios de Julio Casares (*Crítica profana*) respecto a las obras de Azorín.

VI. — Comentar ligeramente algún pasaje de la *Poética de Aristóteles* de la *Epístola a los Pisones* de Horacio, del *Arte Poética* de Boileau, del prólogo a *Cromwell* de Victor Hugo y de la *Estética* de Hegel.

VII. — Realizada la tarea precedente, el estudiante tratará de obtener conceptos de conjunto acerca de la producción, la crítica y la preceptiva literarias.

### BOLILLA II. — MÉTRICA

I. — En *Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana* de Menéndez y Pelayo el estudiante deberá leer la "Serranilla" del Marqués de Santillana, la "Elegía" de Manrique, el Romance de Fontefrida y el del Conde Arnaldos, "A la flor de Gnido" de Garcilaso, el "Madrigal" de Gutierre de Cetina, la "Vida retirada" de Luis de León, "Una cena" de Baltasar del Alcázar, la "Epístola moral a Fabio", "Poderoso caballero" de Quevedo, "Estas que fueron pompa y alegría" de Calderón, la "Oda sáfica" de Villegas, la "Canción del Pirata" de Espronceda, "El Estio" de Selgas y "Cerraron sus ojos" de Bécquer.

II. — Partiendo del conocimiento de las anotadas composiciones se analizará la técnica del verso, tratándose en particular:

1.º Del número de sílabas: sinalefa, sinéresis, diéresis, etc.

2.º De los octosílabos, endecasílabos y alejandrinos.

3.º De la rima y la cesura.

5.º De las principales combinaciones métricas.

6.º Del lenguaje poético y del uso de las licencias.

7.º Del verso libre.

8.º De la distinción entre prosa y verso.

III. — El catedrático extraerá del *Quijote* ejemplos de prosa rítmica.

IV. — Comentaré la *Sonatina* de Darío y *Vieja Llave* de Nervo, dando rápida idea del movimiento modernista.

V. — El profesor, aparte de aprovechar tales lecturas para que los alumnos aprendan el respectivo vocabulario, señalará de modo esquemático la evolución del idioma castellano y los diversos periodos en que suele dividirse la literatura peninsular.

#### BOLILLA III. — EL SIGLO XIX

I. — Resumen de la historia de España en el siglo XIX.

II. — Rápida hojeada a la historia de nuestro país en la misma centuria.

III. — El romanticismo: ideas de Brunetiére al respecto (*L'évolution de la poésie lyrique en France au dix-neuvième siècle*, lección cuarta).

IV. — La corriente romántica en España y en la Argentina.

#### BOLILLA IV. — LA ÉPICA EN VERSO

I. — A fin de caracterizar la poesía épica se leerá algún pasaje de *La Araucana* de Ercilla, recordándose también los diversos rasgos distintivos de la leyenda del Duque de Rivas o de la de Zorrilla, ya mentadas, así como los del libro de Palacio Valdés *La novela de un novelista*.

II. — Basándose en Hegel el profesor explicará la indole propia de la poesía épica y la contextura de la epopeya.

III. — Somera referencia a los cantares de gesta, al *Poema del Cid* y a los libros de caballerías.

IV. — El alumno leerá el *Quijote* en la edición reducida de la "Biblioteca literaria del estudiante" (selección de José R. Lomba, Madrid, 1922) y resumirá por escrito en el aula una o dos aventuras que elegirá el profesor en cada caso.

V. — Breve indicación acerca de las especies menores de la épica: romance, canto épico, poema burlesco, leyenda, etc.

VI. — Del volumen *Fábulas y cuentos en verso* (Madrid, 1922) de la "Biblioteca literaria del estudiante" (selección de María Goyri de Menéndez Pidal) el discípulo aprenderá "El sol y el polvo" del colombiano Rafael Pombo, o "El sobrio y el glotón" de Concepción Arenal o "Las espigas" de Hartzenbusch; se señalará después en qué consiste la épica doctrinal y cuáles son sus especies.

VII. — Tomando pie en *Martín Fierro* — que el alumno deberá conocer aunque sea parcialmente — se trazará un esquemático cuadro de la épica gauchesca. (Para el poema de Hernández convendrá emplear la edición de la "Biblioteca Argentina", de Ricardo Rojas).

#### BOLILLA V. — LA ÉPICA EN PROSA

I. — La literatura costumbrista en España en el siglo XIX: lectura de dos artículos de Larra y mención de otros cultivadores del género.

II. — Los costumbristas argentinos: lectura de algunas páginas de Eduardo Wilde.

III. — La novela como épica en prosa; su importancia en España a partir de Fernán Caballero; su evolución a través de Pérez Galdós, Pereda, Valera, Alarcón y Blasco Ibáñez; el realismo; los actuales novelistas hispanos.

IV. — El estudiante leerá uno de los libros que a continuación se citan: *Marianela* (Pérez Galdós), *Pepita Jiménez* (Valera), *El sombrero de tres picos* (Alarcón), *La hermana San Sulpicio* (Palacio Valdés), *Los argonautas* (Blasco Ibáñez), *El árbol de la ciencia* (Baroja), *Las confesio-*

nes de un pequeño filósofo (Azorín), *Comedia sentimental* (Ricardo León), *La pata de la raposa* (Pérez de Ayala), *La gran aldea* (Lucio V. López), *Juvenilia* (Cané), *La gloria de don Ramiro* (Larreta).

V. — El profesor leerá y comentará en clase uno de los siguientes cuentos: "Polifemo" de Palacio Valdés o "La pantorrilla del Comandante" de Ricardo Palma o "El buen juez" de Azorín. (Para los dos primeros puede utilizarse el tomo de *Prosistas modernos* de la "Biblioteca literaria del estudiante", selección de Enrique Díez-Canedo, Madrid, 1922; para el último, las *Páginas escogidas* que del autor ha impreso la casa Calleja).

VI. — Ligera alusión a los elementos constitutivos de la novela y del cuento y a las diversas especies de novela: pastoril, picaresca, histórica, naturalista, realista, psicológica, etc.

#### BOLILLA VI. — LA LÍRICA

I. — Repaso de las composiciones recopiladas por Menéndez y Pelayo en *Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana* y que han sido ya citadas en la bolilla segunda.

II. — Lectura de las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer; estudio de este autor como poeta lírico.

III. — Enumeración de otros poetas similares que han descollado en España durante el siglo XIX: los románticos.

IV. — La lírica en nuestro país durante la misma época: los románticos.

V. — Los modernistas en América, en España y en la Argentina.

VI. — Indole propia de la poesía lírica según Hegel: diversa estructura y variado estilo de tales obras.

VII. — Algunas especies líricas: oda, elegía, madrigal, dolora, humorada, sátira, epigrama, etc.

#### BOLILLA VII. — LA DRAMÁTICA

I. — El tercer género poético: la representación escénica.

II. — Ligera referencia a los orígenes de la tragedia y de la comedia en Grecia. Las unidades aristotélicas.

III. — El drama; su importancia actual.

IV. — División externa de la obra teatral; especies menores del género dramático.

V. — Evolución del teatro hispano en la pasada centuria; la comedia de principios de siglo, el Duque de Rivas, Tamayo y Baus, Echegaray y Benavente.

VI. — Lectura y análisis de *Don Alvaro* o de *Un drama nuevo* o de *Locura de amor*.

VII. — Génesis y evolución del teatro rioplatense.

VIII. — Las nuevas corrientes dramáticas y sus principales propulsores en el norte de Europa, en Italia, en Francia y en España.

#### BOLILLA VIII. — LA LÍRICA LITERARIA

I. — Diversas maneras de entender la crítica literaria; ejemplos ilustrativos.

II. — Lectura de un trabajo de Marcelino Menéndez y Pelayo referente a Pérez Galdós o a Pereda o a Núñez de Arce (en *Estudios de crítica literaria*) o repaso de *La cuestión palpitante* de Emilia Pardo Bazán.

III. — Mención de otros cultivadores del género en España y en nuestro país durante el siglo XIX.

IV. — La tarea del criterio literario.

## BOLILLA IX. — LA HISTORIA

- I. — Lectura del capítulo "La vida de la carabela" en *Mendoza y Garray*, obra de Pablo Groussac.
- II. — La historia como evocación.
- III. — El problema de la historia-ciencia; heurística, crítica, síntesis y exposición históricas.
- IV. — La intuición histórica y la intuición artística: teoría de Croce.
- V. — La historia novelesca y la novela histórica.
- VI. — Historiadores españoles y argentinos del siglo XIX.

## BOLILLA X. — LA ORATORIA

- I. — Lectura de un discurso de Emilio Castelar.
- II. — Oradores españoles y argentinos del siglo XIX.
- III. — La exposición oral, concepto antiguo (Quintiliano) y concepto moderno de ella.
- IV. — Géneros y especies oratorios.

## BOLILLA XI. — LA DIDÁCTICA

- I. — Lectura de un pasaje de los *Principios de literatura general* de Manuel Milá y Fontanals, de un fragmento de los *Diálogos literarios* de José Coll y Vehí y de algunos trozos de la polémica epistolar sostenida entre Campoamor y Valera.
- II. — La exposición doctrinaria; diversas formas didácticas.
- III. — Clasificación de las obras de ciencia: magistrales, etc.
- IV. — Lectura de un ensayo de Miguel de Unamuno o de José Ortega y Gasset o de Ramón Pérez de Ayala.
- V. — El ensayo en la literatura moderna; mención de los actuales ensayistas hispanos y argentinos.
- VI. — Las revistas científicas, literarias y artísticas; el periodismo contemporáneo.

## BOLILLA XII. — EL ESTILO

- I. — El alumno comparará en clase (mediante un trabajo escrito) los estilos de algunos autores del siglo XIX que haya estudiado, especificando las características de cada uno de ellos.
- II. — El problema de la forma literaria: los repentistas.

## ADVERTENCIAS

- a) La tendencia primordial de este curso consiste en suministrar al estudiante una visión amplia de las literaturas española y argentina en los siglos XIX y XX para — apoyándose en tales conocimientos — desarrollar de modo somero algunas nociones de literatura preceptiva.
- b) El criterio práctico con que quiere encararse la asignatura — desplazando lo abstracto de su enseñanza — señala al profesor la conveniencia de realizar en clase anualmente diez o doce trabajos escritos, ya de índole doctrinaria, ya de carácter literario; es menester que el estudiante aprenda por sí algunos rudimentos de composición y estilo. En los mencionados trabajos escritos habrá que corregir desde la ortografía deficiente hasta los errores de sintaxis que sean más llamativos.
- c) Aparte de la bibliografía anotada en el programa, podrá echarse mano también en distintas bolillas, de la última edición (1920) de la *Antología de textos castellanos*, obra de José Rogerio Sánchez, y del tomo I de

la *Crestomata española* de Pinochet-Le-Brun y Castro (5.<sup>a</sup> edición, Santiago de Chile, 1922).

d) De manera general — dadas su calidad y precio — se aconsejará a los alumnos el empleo de las ediciones "Calpe".

e) El estudiante está en la ineludible obligación de conocer el significado de todas las palabras que aparecen en los textos literarios frecuentados durante el año.

f) El alumno reunirá en diferentes encuadernadores: 1.º los apuntes de clase; 2.º las notas biográficas y bibliográficas, el resumen de las lecturas efectuadas, los rápidos juicios que ellas le sugieren, los ejercicios de léxico, etc.; 3.º los trabajos escritos redactados en el aula. Tales encuadernadores se presentarán mensualmente al profesor, quien los elevará luego, antes de fin de curso, a la Dirección del Colegio.

g) Los trabajos escritos en el aula habrán de realizarse con tinta.

## LUCES EN EL CREPUSCULO

### I

**O**TOÑO, lluvia, tarde saturada de tedio.  
*Lo gris impregna el alma de tristeza y hastío,  
y el corazón, que llora su pena sin remedio,  
se siente con la lluvia más que enfermo, vacío.*

*La lluvia es persistente como el dolor... Expresa  
lo triste de las horas otoñales y moja  
los rosales marchitos, donde la tarde besa  
con frialdades de llanto la humedad de la hoja.*

*Nuestro amor agoniza... Todo el dorado fuego  
de aquella nuestra pobre ventura malograda  
se hace bruma en la tarde, para llevarme luego  
al triste y corto tránsito de no pensar en nada.*

### II

*Brillan las rosas mustias en el rosal de oro.  
Lo azul es ya de fuego, muere el sol, y en la fuente  
hay un hilo de agua incoloro y sonoro  
que recoge las luces moradas del Poniente.*

*Mi corazón enfermo, es como el agua pura  
de esta fuente de piedra. Llora en la soledad,  
y se levanta trémulo por llegar a la altura  
buscando el claro símbolo de la serenidad.*

## III

*Temblor de rama seca bajo el cielo de Otoño.  
Misterioso temblor  
que recuerda la dulce ternura del retoño,  
la gracia de las hojas y el brote de la flor.*

*Blanda caricia tenue del viento bajo el puro  
cielo sin nubes, cielo de damasco carmín  
que pone claridades de un color inseguro  
sobre la mustia felpa dorada del jardín.*

*Así, del mismo modo que la rama y el viento,  
de igual modo que todo lo que el cielo ilumina,  
vivo con la tristeza de este Otoño sediento  
donde se seca el alma y el ensueño termina.*

## IV

*Ser como el agua, lluvia o arroyo cristalino.  
Subir en un aliento de sol, tornarse bruma,  
girón de niebla, gota de cristal diamantino...  
Ser en el cielo nube, y en el mar ser espuma.*

*Vivir... Ser como el agua, purificar las cosas,  
brillar en el estanque, ser salterio en la fuente,  
copiar cielos azules y estrellas temblorosas,  
o ser fecundo y ágil como agua de torrente.*

*Y en formas tan diversas ser siempre igual, de modo  
que flotase mi vida sin hora y sin momento.  
Quisiera ser perenne, vivir, y estar en todo  
lo que revela espíritu y enjendra pensamiento.*

## V

*Sedante luz de luna vierte su claridad  
sobre la fronda fría del olmo centenario.  
Plata de luna, plata sin brillo y sin edad  
que le sirve de nimbo, de gola y de sudario.*

*Lo negro es luminoso... Y esta luna redonda  
tan estática y triste, pone sus diferentes  
matices en el árbol y hace temblar su fronda  
como si la besaran unos labios ardientes.*

*Mi amor es como el olmo centenario, despierta  
con una temblorosa sensación presentida,  
gozando, dulce y trémulo, la claridad incierta  
de tus ojos que vierten su luz sobre mi vida.*

## VI

*Ruedan las hojas secas por el sendero triste.  
La fuente tiene un ritmo musical y sonoro,  
llora el ciprés y el alma de la tarde se viste  
con una prodigiosa llamarada de oro.*

*Tu recuerdo penetra mi solidad... Renace  
con resplandores grises, y ante la bruma densa  
que flota en el crepúsculo mi vida se deshace  
como un polvo de bruma sobre el alma suspensa.*

*Y este recuerdo tuyo, tan grato al sentimiento  
de aquella dulce historia del amor extinguido,  
nimba con su diadema de luz mi pensamiento  
que va sobre tu inerte corazón suspendido.*

## VII

*Una luz me ilumina... Tenuc luz de lucero  
que brilla en mi tristeza sin oro y sin oriente.*

*Punto de luz inmóvil, claro ímán del sendero  
donde la muerte cruza y el olvido se siente.*

*Pero todo es en vano, que sólo con la pena  
ni el dulce amor subsiste ni el corazón renace...  
Igual que entre los dedos se deshace la arena,  
así mi pobre vida sin tu amor se deshace.*

*Y siempre triste y solo, viendo palidecer  
esta luz imantada que tiembla en el olvido,  
más me angustia la sombra, por que no ha de volver,  
ni la luz de mi ensueño, ni tu amor fenecido.*

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.

## LA VIDA TRANSITORIA

### Meditación de una época que se extingue

¿HABÉIS visto jamás un ser, en torno vuestro, en quien la realidad alcanzara los sólidos perfiles de una definición? Entre el crepúsculo de nuestras acciones ¿cuál vibra con el fulgor tranquilo, verdadero de una aurora polar? Mientras la vida asume en todo, en nuestros amores y en nuestros odios, el carácter efímero de lo que no tiene valor más que en lo probable, la certidumbre se eterniza en la obra de arte: mármol, estrofa o compás, armonía trémula ¡sólida armonía!

Desde que nace hasta que muere — iba a decir desde que se levanta hasta que se acuesta — el hombre tiene el aspecto borroso del que se está yendo. Una acción hecha por sí misma, sin otra finalidad que su plena y madura realización turbaría tanto nuestro equilibrio como una pausa en la movilidad fluida de los espacios.

Nuestra cólera, nuestra sonrisa, nuestro amor, pasan como postes telegráficos en las ventanillas de un ferrocarril, derribados por la velocidad. Vibrantes de luz y de íntima poesía, se sienten ajenos a ese cuadrículo de lo azul, buena tan sólo para las cifras alineadas del burócrata o los proyectos de un ingeniero topógrafo. ¡Viajar, símbolo eterno de vivir!

La condición es el tránsito. Nacidos ya en el atardecer de una materia desgastada en miles de formas nítidas y sobrias, nosotros mismos no somos más que puntos de coordinación entre el pasado de las savias triunfales y el porvenir de las máquinas y de los electrones.

Soplos de infinito nos cruzan, desgarrando en nuestras almas el necio orgullo humano. Sentimos entonces, en sus dimensiones dramáticas, la decadencia de la vida que hizo, antes de nosotros, el marfil sedeño de las rosas, la médula dorada de las frutas, el blanco tibio del ala de las palomas, la perlada iridiscencia de la espuma y el canto matizado del ruiseñor.

Pájaros, diamantes y lirios, en su turbadora belleza, hacen palidecer nuestra idea de perfección y nos sentimos plenamente lo que somos: flechas de un futuro ignorado, trémulas de su origen, trémulas de su destino.

Como el corcel que, cuanto más se acerca a la meta, tanto más desdeña los peligros del camino o los accidentes lisonjeros del paisaje, así la humanidad, a medida que vive, se siente más de paso en el mundo, quiere vivir más de prisa, embriagarse de su vértigo en esa especie de ansia de morir que es la verdadera locura de la vida.

Busquen los hombres prácticos a la civilización de nuestros días exégesis utilitarias. Explíquese el automóvil como un simple medio de locomoción. Declárese la filosofía de la comodidad. A pesar de todo seguiremos creyendo que esos argumentos son sólo pretextos para ocultar inconscientemente la voluntad profunda de la vida que ansia extinguirse en sí propia, tal vez para dejar a lo infinito nuevos modos de expresión. La fatiga de crear no se manifiesta siempre en decrepitud e inercia, sino, antes bien en rápido anhelo por concluir. Se afanan, a las doce de la noche, en todos los cafetines del mundo, los músicos de todos los quintetos. Las mecanógrafas vuelan sobre el teclado de la mala ortografía cuando van a sonar las siete de la noche en el reloj de la oficina y la vida... ¿por qué no concederle derecho también a vacaciones de diciembre?

Hay que ver cómo se preocupa por acabar pronto, por no dejar nada pendiente para los días hermosos del descanso. Nada escapa a su ansia de agitación. El mundo cruje entre sus dedos como un piano oprimido por mil manos furiosas y en esa sinfonía discordante danzará nuestro corazón.

Nada durable. Nada quieto. Vivimos de paso. Somos una generación interina. Una voz nos llama. Otra... otra más... ¡y

seguimos! ¿Qué importan, en efecto, las voces de los deseos cuando el final está tan cerca?

...Somos peregrinos. Vamos de pasada,  
no pedimos nada...

Leemos los diarios: choques de autos, caídas de aeroplano, naufragio de steamers. La máquina se venga del hombre. La materia es rebelde y lenta. El espíritu puede apresurar su desarrollo hasta ciertos límites. Forzándolos, se libera de su esclavitud.

Hay una especie de desequilibrio entre nuestro anhelo de tránsito y la voluntad sombría de la materia. Alas pide el alma; raíces exige la tierra. ¿Quién de las dos vencerá?

Hasta ahora la vida conservaba su aspecto provisional sin mengua de las definiciones del arte y de la religión. ¿Qué sucederá pronto con ellas? El solo punto de apoyo en que pudiera aplicarse la palanca de que hablaba el filósofo ha sucumbido y Dios sabe qué pantanosas y resbaladizas lo cubren por lo pronto.

Arte, magia sublime de los grandes iniciados: Platón, Dante, Fray Luis! La moda trata en vano de enmendarte. Lo interino intenta roer lo estable. Tú que eres espíritu y gozas de la perennidad uniforme de la materia, te haces deleznable y escurridizo como agua de corriente. ¡Pasar, huir!... norma del mundo. Norma también de los ríos cuando llegan a los grandes despeñaderos.

Ni piedra sobre piedra, ni alma sobre alma. Ninguna Babel sobrevivirá a la vida transitoria. Lo infinitamente grande y puro busca nuevos modos de creación y comienza ya a destruir lo iniciado. Vamos más de prisa porque estamos más cerca del fin. ¡Felices si al rompernos en la violencia del torrente, salpicamos de luz, un solo instante, las tinieblas!

JAIME TORRES BODET.

## LA OBRA DE JOSEPHIN PELADAN

No pretende este ensayo ser un estudio de la obra de Peladan, sino tan solo un esbozo. Labor tan vasta, multiforme y selecta como la suya — más de cien volúmenes entre novela, drama, filosofía, traducciones y escritos sobre arte — requiere para su análisis las dimensiones del libro. Pero ante el silencio persistente, probable consecuencia del desconocimiento, que envuelve entre nosotros, y aun en la misma Francia, esa obra prometeica en la cual hay contenidos tantos gérmenes fecundos, me decido a formular sobre ella varias de las reflexiones que me ha ido surgiendo su lectura.

Quiero, ante todo, expresar algunas observaciones referentes a ese denso silencio que hoy se cierne sobre la obra de Peladan. No es, por cierto, el silencio de las tumbas, sino el de las cumbres, ceñidas de tempestades y de auroras. Un día saldrán de esa obra, posiblemente, clarísimos relámpagos espirituales, rayos de voluntad, huracanes de idealismo. Hoy se halla en oscura gestación porque el alma latina yace aletargada y todo el Occidente desorientado. Esa obra se dirige al ser moral y éste permanece inerte, anestesiado bajo el imperio de los sentidos. No sólo tiene Peladan, como decía Stendhal, la pretensión insolente de imponer al lector ese hábito contra natura de pensar leyendo, sino que además quiere obligarle a despertar y evolucionar. Si hubiese realizado Peladan su ciclópea y ferviente labor en un pueblo en que el sentimiento religioso estuviese vivo todavía, como sucede en Inglaterra y Estados Unidos, habría fundado una religión, o a lo menos una secta floreciente. Como eso no es posible entre nosotros los latinos, no ha pasado la suya de ser una obra artística y literaria, absolutamente excéntrica, no obstante sus esfuerzos para establecer la orden de la Rosa-Cruz, de ruidosa

pero efímera existencia. Y conforme observa Proust, 'toda obra original necesita más aún que esperar su tiempo, crear su propio público por la lenta modificación de la sensibilidad.

Otra circunstancia adversa para la divulgación de la obra de Peladan fué la de que éste falleciese durante la guerra; — el 27 de junio de 1918 en Neuilly-sur-Seine; había nacido en Lyon el 28 de marzo de 1859 — pues sabido es que no hay mejor réclame para una obra cualquiera que el fallecimiento de su autor. Y como entonces nadie podía ocuparse de tales bagatelas, continuó reinando el silencio en torno de su labor, jugosa y múltiple.

Por último, hay que reconocer sinceramente que Peladan hizo todo lo posible para divorciarse de su época y alejar de sí al vulgo lector. Su obra está hecha para las personas de índole espiritual que no temen afrontar los esfuerzos, y aun el riesgo, inherentes a las iniciaciones. Se mueve constantemente en alturas metafísicas. Está henchido de contradicciones aparentes y aun de no pocas reales. En una época de crudo materialismo y de absolutismo democrático adopta esta divisa: "Creo en el Ideal, en la Tradición y en la Jerarquía", lo que promovió como era lógico, un regular escándalo. En un país tan nacionalista como Francia combate el militarismo y el patriotismo y pretende reivindicar su ascendencia caldea, asumiendo el título de Sar, con el que firma sus escritos, y vistiendo el traje talar de mago, lo cual ofrece temas regocijantes a la caricatura y a la sátira.

Se declara católico ortodoxo, monárquico absolutista y teócrata. Al frente de varias de sus obras filosóficas, los siete tratados del *Anfiteatro de las ciencias muertas* en los cuales desarrolla, respectivamente, su concepto de la ética, erótica, estética, política, mística, metafísica y ascética, estampa la siguiente declaración: "Creo y proclamo que la iglesia católica, apostólica y romana es la Verdad. Hago profesión de ser hijo de ella y le prometo mi inteligencia y mi sangre... Aunque mi conciencia y mi ciencia no me reprochen ninguna heterodoxia, estoy presto a quemar mi obra con mis propias manos, si Pedro el infalible la juzga mala o intempestiva."

Y véase una ligera muestra de como trata, a veces, en sus libros a esa Iglesia y a Pedro el infalible.

"El arzobispo y el obispo — dice en el *Tratado de las anti-*

*nomias*, pág. 172, — confirman, celebran y ordenan, offician de gran curato: pero representan en sus diócesis menos cultura que el bibliotecario y velan, sobre todo, por extirpar el celo y el estudio en sus subordinados.”

“La iglesia vive de rutina, sin dirección, sin política, funciona dentro de sus viejos rodajes en los cuales el mohó es respetado al igual del santo crisma”.

“Una pereza incurable, una inercia secular desciende del Vaticano sobre Europa.”

Y en *La vertu suprême*, pág. 262, escribe lo siguiente:

“Al finalizar el siglo diez y nueve, con tres emperadores cristianos, se ha masacrado impunemente a trescientos mil arias bautizados: nadie ha obrado. Y ¿quién ha hablado, fuera de los escritores? En cuanto al papa, él bendice, bendice como da vuelta una noria. La conciencia cristiana no tiene un grito de protesta ni ante la carnicería humana; el vicario de Jesu-Cristo sonríe, indiferente, ausente, tan prudente que ya no se sabe si es un fantasma o un ser vivo, porque habla para no decir nada y obra para no dejar hacer.”

Sin embargo se conserva católico ferviente y perseverante a través de toda su obra; pero con tales audacias de expresión y de pensamiento que, como él mismo reconoce, de haberse restablecido en su tiempo la inquisición, él habría sido una de las primeras víctimas.

Tiene en esto bastante semejanza con León Bloy, aquel creyente fanático y exasperado cuya virulenta prosa contenía las diatribas más violentas contra los mismos católicos.

Toda la obra de Peladan consiste en una sabia, intensa y múltiple incitación a la elevación espiritual del hombre. No existe seguramente, o al menos yo no conozco, un tratado tan vario y tan extenso como el conjunto de sus obras cuyo tema sea exclusivamente el de la creación de la espiritualidad, la formación del hombre interior, la conquista de la aristocracia del espíritu. Una obra como ésta sólo un latino podía haberla realizado. Describiendo con profundo realismo psicológico la decadencia latina en la serie de novelas que denominó “etopeya”, y formulando su filosofía en los siete tratados de que se ha hecho mención, ha elevado, como un bello y vasto monumento, la arquitectura ideal del alma

latina. Nadie había logrado objetivar la esencia espiritual de nuestra raza con profundidad y certeza tales; hasta el punto de que su obra constituye una especie de ideario latino, fundamento imprescindible y valiosísimo para un posible renacimiento. La tendencia de esa obra es el idealismo ético y estético; su finalidad, una forma de la divinización del hombre: la exaltación de la personalidad moral. Se apoya en la más antigua tradición oriental — no la hindú, sino la egipcia y caldea — y se dirige a un futuro remotísimo en la evolución moral. Establece como fundamento de la organización colectiva la jerarquía espiritual y se propone el desarrollo y la ascensión artística de la conciencia del individuo. La índole de su espíritu es mística y metafísica. “La decadencia latina —ha dicho en su *Tratado de las antinomias*— data del día en que la metafísica ha dejado de formar los espíritus.”

“La metafísica —agrega— es la cima de la cultura; elevando el pensamiento lo purifica, pone orden en las pasiones y dignidad en las costumbres.”

“El misterio es el pan y el vino del hombre, y el genio representa la facultad de revelarlo, es decir, de hacerlo sentir a los hombres.”

La aspiración latente en su obra es la de fundar la vida colectiva sobre el plano de la genialidad.

Aunque universalista como buen católico en el sentido etimológico de la palabra, tiene conciencia racial; sabe que es únicamente la latinidad la depositaria de la cultura moral legada por las antiguas civilizaciones, y que las razas germánicas carecen de suficiente madurez para concebir y realizar la vida del espíritu.

Es pesimista, no obstante, respecto al porvenir de la latinidad cuya decadencia le parece irremediable; y ante el posible predominio de otras razas menos evolucionadas trata de formar conciencias individuales que transmitan el sagrado fuego del ideal a los bárbaros futuros, que él supone que sean las razas amarillas.

A despecho de su extensa y sólida cultura, más literaria y artística que filosófica, y la honda sagacidad y altura de su espíritu, Peladan no es propiamente un pensador, es más bien un ideólogo intuitivo, más anímico que intelectual; desconocía la filosofía hindú, o no la había asimilado, por lo menos; y aunque

era muy alto el grado de su evolución, se hallaba espiritualmente estacionado. Su obra reúne todas las características fundamentales de la mentalidad latina: el idealismo, la universalidad, la limpidez, la estructuración y el estaticismo. Concentra y sintetiza la idealidad contenida en los grandes espíritus franceses: Eliphaz Levi, Saint-Yves d'Alveydre, Fabre d'Olivet, Lacuria y el P. Gratry. Si bien es, a mi juicio, imprescindible para el renacimiento de nuestra raza la asimilación de la obra peladámica, ha de ser utilizando solamente los elementos esenciales, constructivos, y abandonando todo lo que en ella es peso muerto, residuo del pasado. Peladan, por ejemplo, odia la democracia y no cree en el progreso; sueña con resucitar los gobiernos teocráticos, las monarquías absolutas; se propone la renovación del catolicismo, ingenua pretensión que obstaculizó en gran parte su obra, pues concitó en contra suya la hostilidad de los católicos y de los racionalistas; y quiere, en fin, trasladar a lo externo su concepto, espiritualmente justo, de las jerarquías interiores. Es individualista extremo, casi anárquico, aunque afirma, con exactitud, que la palabra anarquía no puede ser pronunciada en buen sentido más que por ignorancia o por locura. Todo esto es utilizable, y aun valioso, en el sentido interior, como conceptos equilibrantes y signos de valores; pero en el aspecto externo carece, en absoluto, de significación, revela un incurable desconocimiento del período actual de la evolución humana y se halla en contraposición violenta con todas las realidades, aun cuando no deje de incitarlas a la renovación, y aun quizá suscite, con el tiempo, movimientos que revistan algunos de esos caracteres.

Tiene, además, Peladan esa otra cualidad de las mentes latinas, causa fundamental de nuestra decadencia, que consiste en la absoluta separación entre el intelecto y el instinto. Hemos roto toda relación con la instintividad y el sentimiento, y nuestro pensamiento, en consecuencia, se mueve en el vacío, falto de combustible; gira en derredor de sí como una noria; no camina, no descubre; no crea nuevos horizontes. Resulta, así, una armazón estática que ha terminado ya su misión en el mundo. En vez de hundir las raíces del pensamiento en el sentimiento y el instinto, donde circula la savia fecundante de la naturaleza, lo dejamos resbalar y rebotar sobre lámina de asfalto, formada por las ideas.

costumbres y tradiciones hereditarias. Nos movemos en el plano impermeable de la lógica que rechaza y ahoga todo impulso original o renovador. Un hombre que siguiera literalmente la evolución ideológica que señalan las obras de Peladan arribaría a un estado negativo en el cual las virtudes principales consisten en la abstención y el aislamiento, una especie de cenobitismo artístico muy semejante a la posición de Simeón el Estilita, encaramado sobre su columna. Tal es el peligro extremo que encierra esa ideología y nuestra mentalidad en general. Por eso necesitamos reaccionar contra él, aunque sea apelando a Nietzsche, el apóstol inconsciente del instinto. Ese mal y ese peligro lo vislumbró ya Laforgue al agotar el ciclo lógico; ("L'Inconscient, c'est l'Eden-Levant que tout saigne; — Si la terre ne veut sécher, qu'elle s'y baigne!") ha tratado de salvarlo Bergson en la esfera razonativa con su doctrina de la intuición; y lo superó en gran parte Gani-vet, aun cuando no llegó a resolver el dualismo espiritual de los sexos.

Hay que volver al sentimiento y al instinto, sin abandonar, naturalmente, nuestras conquistas morales; o mejor dicho, elevarse a la instintividad y la emoción conscientes.

Todas las corrientes subterráneas del arte contemporáneo; futurismo, impresionismo, cubismo, dadaísmo y "ramonismo", no son más que diversas expresiones de esa inquieta rebusca de lo inconsciente a la que impulsa el instinto salvador de la raza que presiente el agotamiento de sus reservas, la extinción de la energía atesorada en el campo de lo lógico y consciente.

## II

Más todavía que ideólogo, Peladan es un artista. Numerosas son sus obras sobre arte y en todas ellas procura restablecer o instaurar el concepto idealista. Conocidos son también los esfuerzos realizados por él en tal sentido con la organización de los salones de la Rosa-Cruz. Pero sobre todo es un artista de la expresión. Su verbo es amplio, abundante y no obstante ceñido; flexible, preciso, metafórico; lleno de alusiones y de referencias que requieren extensa cultura para ser comprendidas y apreciadas

íntegramente. Poeta, en sus nueve tragedias y dramas, su verso es siempre elástico y fluído, natural, sin desmayos ni ampulósidades, impregnado de solemnidad y de misticismo.

Peladan no ha sido, ni nunca podrá ser, un autor para las muchedumbres, ni aun para los vulgos literarios, sino para reducidas minorías de espíritus inquietos y anhelantes, libertados del positivismo, de la teología tradicional y del rudo y precario materialismo en que se debate el mismo Nietzsche.

Sus novelas constituyen, en conjunto, el desarrollo dramatizado de una teoría: la evidenciación de la decadencia latina, y de sus causas, y la creación de los tipos constructivos, voluntades de luz, potencias de perfección que él modela sobre los siete tipos astrales de la religión caldea: Samas (Sol), Sin (Luna), Adar (Saturno), Merodack (Júpiter), Nergal (Marte), Istar (Venus) y Nebo (Mercurio). A través de estos prototipos simbólicos formula y fija los correspondientes caracteres y destinos, actuando en oposición a la decadencia latina concretada en el medio francés. Se proponen un fin de renovación y renacimiento católico e idealista, pero son vencidos, al fin, y dispersados, por la fatalidad disolutiva de un destino declinante. No obstante ello, resuelven perseverar aisladamente en su idealismo. Al parecer, esta obra, en su trama esencial, es una historia novelada del intento de transformación del catolicismo militante contenido en la orden de la Rosa-Cruz, fundada por Peladan.

Cualquiera otro que hubiese pretendido llevar a la novela propósito semejante hubiera sucumbido, aplastado por la magnitud de tal empresa. Peladan, en cambio, ha manejado con agilidad y con soltura esa pesada máquina y ha forjado una especie de poema wagneriano de magnífica belleza espiritual un tanto melancólica. Glorioso esplendor de ocaso ilumina las escenas de sus obras a la vez que se insinúa en ellas el resplandor difuso de futura aurora, por las luces que irradia el sol naciente de una nueva personalidad moral en la cual se concentran y abrillantan todas las virtudes superiores.

Por lo dicho se comprenderá que sus novelas más que pintura de escenas y costumbres son, en realidad, tratados psicológicos y metafísicos, sin dejar de ser en extremo atrayentes para quien no se sofoque en ese medio y se sienta interesado por los

problemas morales. No contienen paisajes, ni casi ambientes y la intriga es, en ellas, secundaria; lo principal es el drama humano que se desarrolla, sobre todo, en el alma de los personajes. Estos, más que seres vivientes, aunque dan sensación de realidad son, en su mayor parte, arquetipos abstractos; encarnación de valores o caracteres ideales por cuya boca, desde luego, habla siempre Peladan. Es éste el gran defecto de los líricos que, cuando son ignorantes o mediocres, resulta intolerable, pero que en Peladan llega a ser una virtud en mérito a la riqueza de su cultura, la exuberancia de su pensamiento y la complejidad de su espíritu.

A juzgar por su doctrina, Peladan habría de ser casi un asceta, pero en realidad es un erótico, maestro docto y sutil en sensualismo, que conoce todos los secretos de la sensibilidad amoratoria. Aunque con propósito moralizante y siempre en tono elevado y pulcro nadie, quizá, ha descrito mejor que él las pasiones y los vicios del refinamiento decadente y pervertido de la vida francesa de su época. Tan penetrante y ágil es su pintura del sensualismo, siempre más que en lo físico en lo moral, que a pesar de condenarlo, seduce más que horroriza. Aboga en su defensa, sin embargo, el que esos libros más crudos y atrevidos — casi toda la etopeya — están escritos para iniciados en quienes no pueden hacer mella. Su carácter es austero y firme, pero se advierte que no es del todo ajena su sensibilidad al decadentismo que combate y que tan vívidamente evoca. Es un gran artista de las decadencias. Ovidio metafísico y moralista. Su cuerda principal, casi exclusiva, es el erotismo. Ha recorrido toda la gama del amor, profundizando misterios de la sensibilidad amorosa y sensualista que nadie había logrado descifrar. Ningún tema de ese orden le asusta ni le contiene, y de todo sale airoso su idealismo aun descendiendo a los planos más inferiores. Su arte no es, sin embargo, afrodisiaco, incitador del instinto como el de Rachilde. El opera en un plano superior. Su idealidad es tan intensa que ennoblece y depura cuanto toca. Ejercita su doctrina de la alquimia espiritual, según la cual deben trasmutarse las sensaciones en emociones y éstas en ideas. *Les dévotes d'Arignon* es una obra maestra en este género.

*La ciencia del amor*, uno de los tratados iniciáticos del *Anfiteatro de las ciencias muertas*, es lo más amplio y profundo que

sobre el amor se ha escrito. Nadie ha penetrado tanto y con tal clarividencia en ese grave tema. Este tratado se completa con otro destinado a la iniciación amorosa femenina, titulado *El arte de hacerse hada*. Es posible que haya en tales obras exceso de doctrina y que contenga más cosas la realidad de las que comprenden su teoría, como siempre sucede en tales casos. También es cierto que podría reclamarse en dichos estudios más elasticidad, más dinamismo, más espacio abierto al misterio y al devenir; menos criterio dogmático y cerebralismo exclusivista; pero es innegable, por otra parte, que nunca esos misterios esenciales han sido examinados más a fondo ni con tal sabiduría y conocimiento superior. La altura en que se mueve Peladan no desmerece en nada de *El Banquete* de Platón; y sólo Kierkegaard ha podido elevarse, aunque fragmentariamente, a una concepción análoga del amor, en lo substancial de su criterio, que supera en mucho a Stendhal, uno de los más agudos que hayan estudiado esa materia.

En *La ciencia del amor* recoge y desarrolla la teoría del andrógino — síntesis espiritual de los caracteres de ambos sexos — que Aristófanes enuncia, entre burlas y metáforas, en *El Banquete*; y la expone ampliamente en un capítulo, sumamente sugestivo, titulado *El sexo del alma*. Esa misma teoría constituye la base del ideal concebido por el catalán José Antich y formulado en su poema *Andrógino*, sin tener noticia de la obra de Peladan, lo cual demuestra que tal tendencia constituye un impulso subconsciente. También ha desarrollado Peladan otros aspectos de esa teoría en su novela *L'Androgyne* y *La Gynandre* y en el drama *Le fils des Etoiles*. Esto permitió a France expresar la insidia de que en todas las novelas del autor de *Le vice suprême* había tipos de hermafroditas.

El concepto del andrógino que escapó a la penetración de Stendhal, y había adivinado ya el gran Leonardo de Vinci, como demuestran sus cuadros *Baco* y *San Juan*, es uno de los más hondos y fecundos que se hayan concebido respecto del amor, y constituye la clave de gran parte de los misterios amorosos y anomalías aparentes de los sexos. Gracias a él se ilumina con súbitas claridades el sentido de la evolución anímica y la suprema finalidad de la pasión amorosa.

## III

Uno de los puntos en que se ha basado la crítica negativa y superficial para desconocer los méritos de la personalidad y la obra de Peladan, es su fama de mago. Él ha tratado, en efecto, de restaurar el concepto virtual y el carácter iniciático de la magia, esforzándose en acordar el significado oculto de la religión con las enseñanzas tradicionales del magismo, en algunas de sus obras filosóficas. En su novela *Le vice suprême* el protagonista, Mérodack, “cima de la voluntad consciente, tipo de entidad absoluta”, realiza obras de magia cuya verosimilitud realista es discutible, aunque no lo es su carácter educativo. Pero en el tratado *Comment on devient magc* establece claramente que la magia por él preconizada no consiste en la realización de obras sobrenaturales, invocaciones ni maleficios, sino en conquistar el dominio interior de sí y penetrar en la vía del propio perfeccionamiento. “El primer cuidado del hombre superior, desde que ha alcanzado la conciencia de sí mismo —dice al principio de dicho tratado— consiste en esculpir, en cincelar su ser moral: la teoría de la perfección cristiana no es más que la iniciación sublimada”.

“El hombre —agrega— tiene el deber y el poder de crearse una segunda vez, según el bien. Se pregunta cuál es el fin de la vida: no puede ser otro, para el hombre que piensa, más que la ocasión y el medio de hacer una obra maestra de este bloque de alma que le ha dado Dios a trabajar.”

Y aclara su concepto de la magia con estas otras palabras terminantes:

“No busques otra medida del poder mágico que la de tu poder interior; ni otro procedimiento para juzgar un ser que la luz que él difunde. Perfeccionarse para llegar a ser luminoso, y como el sol, fecundar la vida ideal latente en torno de sí, he ahí todo el misterio de la más alta iniciación.”

Tal es el sentido que atribuye a su concepto de la magia. Es el mismo que en el fondo profesaba aquel gran genio, pontífice famoso del magismo, Eliphas Levi, no obstante conservar y prescribir todo el pesado aparato de los ritos y las iniciaciones. Entendida la magia de ese modo, constituye uno de los medios más

eficaces de exaltación de las fuerzas interiores y el método, por excelencia, para lograr dirigirlas y dominarlas; y eso es, en definitiva, este tratado, síntesis condensada de su obra: un método de individualización, una ascesis volitiva, anímica y espiritual, para lograr el segundo nacimiento de los místicos — Juan de la Cruz, Miguel de los Molinos; — el desdoblamiento a que alude Ganivet en su *Idearium*; la “sublime segunda naturaleza” de que habla Almafuerte en *Confiteor Deo*.

Claro está que tanto en la obra citada como en las demás de Peládan hay muchas ideas inaceptables que evidencian una incomprensión profunda de su época y aun de la humana evolución, conforme ya se ha expresado, tales como el ideal absolutista y el odio a la democracia. Era, según su propia expresión, un “astrónomo de lo abstracto” que desconocía la tierra que pisaba. Por lo demás, la misma democracia para subsistir deberá impregnarse de esta ideología. Jerarquía, aristocracia interior o aristía, según quiere Peládan, individualismo moral, condensación de poderes en las voluntades representativas, espiritualización y religiosidad son valores esenciales que deberá incorporar y reconocer la democracia si no quiere perecer a manos de arbitrarias dictaduras que se los impongan torpe y rudamente. Es sabido, por último, que no existe pensador ni filósofo alguno cuyas ideas puedan o deban ser íntegramente aceptadas. Y a cambio de estos errores de concepto, o más bien aún de forma, ¡qué vigoroso razonamiento, cuán intenso idealismo, qué amplitud de cultura excelente hay en toda la obra de Peládan, plena de sugerencias superiores, desbordante de ideas y enseñanzas!

El silencio persistente en que esa obra ha permanecido pareciera confirmar el pesimismo de su autor respecto al porvenir de la raza latina; pesimismo que ha expresado en casi todos sus escritos y que condensaba el manifiesto de la orden de la Rosa-Cruz, publicado en 1891 en la forma siguiente:

“No creemos en el progreso ni en la salvación. A la raza latina, próxima a perecer, le preparamos un último esplendor con el fin de deslumbrar y dulcificar a los bárbaros que van a venir”.

No obstante, ese silencio, ese olvido, que probablemente es transitorio, podría también explicarse por la índole misma de la obra que, para ser apreciada, requiere la formación de personali-

dades superiores y públicos selectos. Esto es lo que parece no haber visto Peladan, lo que quizás no pudo ver, porque había en su carácter un defecto que se lo ocultaba: el orgullo. Careció de la humildad suficiente para reconocer que la excepcionalidad de su genio y de su índole no podría haber hallado ambiente consonante de inmediato en ningún pueblo ni época de la historia. Es muy triste que genios de tan alta laya no puedan obrar directamente sobre el mundo, ennobleciendo con su acción y elevando la vida, y tengan que resignarse a la pasividad de la obra escrita cuyos frutos ellos no verán. Pero es fatalidad ineludible. El problema que ahora se plantea es el de si será capaz, o no, el alma latina de recoger y adoptar los valores vivientes que contiene dicha obra.

Aun cuando parezca paradójico, yo veo en la obra de Peladan, concebida a modo de responso metafísico consagrado a la muerte, según él inevitable, de la raza latina, un evidente signo de renacimiento por su carácter creador y constructivo en el sentido moral; y constituye a mi juicio, como he dicho, uno de los instrumentos ideológicos más eficaces para lograr nuestro resurgimiento.

Mas para que pueda ser utilizado es necesario que el intelecto y el carácter latino se hayan renovado totalmente. Porque lo que juzgo inevitable y aun de urgencia es la desaparición de la forma actual que encarna el alma latina; la ruptura y aniquilamiento de esa costra exterior, tradicional, formada con ideas petrificadas y recubierta de orgullo, que denota sólo su estéril oquedad, y bajo la cual se esconde, hoy latente y deformado, nuestro verdadero ser de idealistas humanos e intuitivos. Y es posible, en mi concepto, que consiga realizar esa renovación si recibe de esta América el impulso volitivo inicial y persiste en la transformación interna del carácter que se verifica hoy en Europa por medio del subjetivismo moral representado, principalmente, por las obras de Proust, Pirandello y Ortega y Gasset, y que habrá de conducir a la formación del espíritu que ya en ellas aflora.

Sea cualquiera el porvenir de la raza latina me parece indudable que en lo futuro la obra de Peladan será reconocida como una síntesis psicológica y espiritual de los principios fundamentales que integran el alma de esta raza, y uno de los intentos más

heroicos y sabios para promover la elevación moral del hombre. Y que lo esencial de esa obra, sus valores morales, perdurará como un faro de idealismo a través de los tiempos, a pesar de las cambiantes evoluciones humanas.

ANTONIO HERRERO.

La Plata, febrero de 1925.

## POESIAS (1)

### Buzo

**V**AGA fosforescencia luminosa  
entibiaba  
la clara superficie de las ondas.

Llamaba el mar,  
y yo solté mis manos de la borda  
y comencé a bajar...

Tibio era el baño de la luz; absorta  
mi alma se cubría de oro y sol.  
Antes pesaba el cuerpo, pero ahora  
el mar volviómelo ligero.  
tal como el aire y la canción.

Llamaba el mar,  
y yo seguía hundiéndome  
cada vez más y más...

De repente apagáronse las luces  
como lámparas eléctricas rotas;  
sentí la detonación en mis oídos  
amarga, contenida y sorda.

Llamaba el mar.

---

(1) Del libro *Espacio*, próximo a publicarse.

*La cuerda se alargaba, y yo seguía  
bajando más, bajando más...*

### Gracia de la fuente

**L**A fuente se recata  
en lo más escondido del bosque  
de las magnolias de plata.

*Cuando me acerco a la orilla,  
mi mano resbala en las ondas  
como por una mejilla.*

*Pudores de virgen hermosa  
vuelven sus cristales  
de color de rosa,*

*y junta sus pliegues el agua,  
con el mismo gesto  
con que una muchacha recoge la enagua.*

### Los cuatro mares

#### I. MAR DEL AMANECER

**S**OLEMNE y tranquilo  
acaricias la nave. Tan sereno  
como el monte,  
tu guardián eterno.  
Ligera música del agua,  
te confundes con el silencio.  
Suave murmullo,  
como el lento  
pasar de pájaros  
en vuelo.

*La espuma de las ondas  
bañan la luz y el fuego  
del sol, que las adorna  
te confundes con el silencio.*

*con todos los colores del espectro.  
Una banda de peces voladores,  
como una procesión de puntos negros,  
arroja su mancha de tinta;  
al golpe, repentinamente ciego,  
chocas contra los flancos de la nave  
que alegre regocijas con tu juego.*

*Mar del amanecer, mar que eres niño,  
rosado por la aurora, movido por el viento,  
cantado por los hombres  
y acariciado por el pensamiento...*

## II. MAR DEL MEDIODÍA

**E**L sol tocó las aguas y acrecentó su canto.  
*Esta ola viajera,  
desparramó su música  
sobre la arena.*

*La brisa y el calor mueven las hojas  
de la palmera,  
y los pájaros marinos.  
callan, abochornados, sus confidencias.*

*Una familia de tortugas  
sale a tomar el fresco a la ribera.  
Y tú, delfín que asomas  
entre la espuma tu cabeza,  
¿escuchas el rumor de los mares,  
o el canto de la floresta?*

## III. MAR DE LA TARDE

**L**o que antes era fino concierto,  
*hoy es una sonfonía:  
cobre de los instrumentos  
y cuerdas para el oro del día...*

*La marcha heroica de la tarde  
los sones del mar armonizan;  
mas la batuta del sol desaparece,  
y la confusión se inicia  
con sonidos falsos de rocas-obóes  
y apresuramiento en las olas-flautistas.*

*Bajo el incendio de las nubes  
el desorden se precipita  
y la vanguardia de las sombras  
calla los cantos y rompe la lira.*

#### IV. MAR BAJO LA LUNA

**B**AJO la noche, de la nave  
ha salido una misma pregunta:  
*¿Acaso sabemos hacia dónde vamos?  
¿Nos habremos equivocado de ruta?*

*Hace tiempo que dejamos la Tierra,  
y por el Mar de la Aventura,  
arribaremos esta noche  
a la capital de la Luna...*

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO.

México, 1925.

## ALREDEDOR DE SPENGLER

### Kant y Spengler

**K**ANT es el punto de partida de un vasto desarrollo de la filosofía crítica y especulativa, que comienza con el profesor de Königsberg a fines del siglo XVIII y que comprende toda la evolución idealista de los más amplios sistemas filosóficos que pueda concebir el espíritu humano, para llegar a ser la base de todo pensamiento especulativo y de toda construcción científica. Con sus tres críticas (crítica de la razón pura, crítica de la razón práctica y crítica del juicio), Kant dió fundamento enteramente nuevo al pensamiento filosófico y le imprimió una dirección que no había tenido. Ante todos los sistemas propuestos hasta entonces, puso Kant como primer problema el de una teoría del conocimiento como precedente de la construcción de todo cuerpo de doctrina filosófica. Veamos si el instrumento del pensar es apto para pensar, se dijo; y fué, en efecto, el primero que encontró la palabra del enigma cuando afirmó que todo conocimiento supone el concurso de dos factores: la receptividad de los sentidos y la actividad del entendimiento. Del análisis directo y profundo del conocimiento, Kant distinguió en él la materia de la forma, y sobre la distinción de una y otra dejó implícita y latente, en el fondo de su análisis, la exigencia ineludible de mostrar la objetividad del conocimiento por virtud de la realidad de lo conocido; y este es, ciertamente, el problema fundamental de toda la filosofía alemana desde Kant, el problema crítico, del cual son derivaciones todos los sistemas modernos. En filosofía, podría llegarse a prescindir de todos los pensadores que ha tenido la humanidad, menos de dos: Platón y Kant. Kant, como es sabido, llegó a las siguientes conclusiones: 1.º el espacio y el tiem-

po no son conceptos, sino formas de la sensibilidad; 2.º estas formas, como los conceptos del entendimiento, son a priori; 3.º el conocimiento sensible nos hace conocer las cosas como aparecen, no como son (estas tres conclusiones son el núcleo de la *Crítica de la razón pura* y la base de todo criticismo); 4.º el conocimiento racional nos hace conocer las cosas como son (esta conclusión es el fundamento de la *Crítica de la razón práctica* y del idealismo dogmático). Para Kant, en fin, "toda la verdad está en la experiencia", y el noumenos (la cosa en sí) se reduce a un postulado o experiencia de la razón.

Frente a Kant y a su sistema de una lógica implacable que había colocado a la razón pura sobre todo, surge Spengler, en los comienzos del presente siglo, y descarta toda armazón filosófica de escuela, colocando por sobre todo la observación directa de la realidad de la vida. Spengler, a la inversa de Kant, ve la existencia como un proceso de vida, el que si es capaz de ser vivido y sentido, no necesita ser conocido. El universo, con toda su naturaleza viviente, eso es para él la historia universal; y lo demás — explicación del encadenamiento causal de los hechos, determinación del carácter e importancia de las series históricas y fijación, mediante las series parciales, de las líneas generales de la evolución, — carece de sentido ante la discontinuidad que proclama. La humanidad no es para él un ser que obedece a un proceso determinado, sino un conjunto de agrupaciones, de las que cada una tiene su infancia, su plenitud y su ocaso, con su alma propia, sus propias posibilidades y capacidad de cultura. La herencia, la tradición, la fe, son ficciones empíricas, para él, como que por sobre todo coloca a la realidad palpable y solamente comprende la lógica como expresión relativa de la vida verdadera. Y de este modo, Spengler entiende que es el hombre de acción el verdadero representante del actual estado de civilización, y no el estudioso contemplativo, encerrado en su gabinete de trabajo y que sólo produce una ciencia de papel: la realidad es todo, la contemplación es nada.

He ahí dos posiciones diametralmente opuestas. Los dos hombres que las encarnan han tenido y tienen una influencia poderosa sobre el espíritu de las actuales generaciones, siendo de notar que todo el siglo XIX estuvo dominado por el idealismo

kantiano y que a la sazón, el mundo intelectual se siente conmovido por el pragmatismo spengleriano. ¿Quién vencerá? Ni una ni otra doctrina, de seguro. La contienda acerca del hombre de pensamiento y el hombre de acción, será universal y permanente.

Es oportuno retrotraer el sentido de un diálogo que antes de ahora hemos sintetizado juzgando *Prometeo* de Pérez de Ayala.

### Hombre de pensamiento y hombre de acción

—¿Vas pensando en algo?

—No sé, por ahora. Estudio, cavilo. Cuando menos, no habré perdido el tiempo, pues mis estudios me pueden servir para conseguir una cátedra.

—Pero ¿vas a dedicarte a dómine? ¿Qué buscas en el libro?

—La sabiduría.

—La sabiduría no conduce al éxito. Para llegar a él se basta la inteligencia con sus luces naturales, sin otro adiestramiento, y aun se basta el instinto, a condición que el uno o la otra se injerten con la voluntad. Querer es poder. Pero para querer se necesita un objeto palmario, visto en una sola faz. Y la sabiduría nos presenta los objetos en todas sus faces, nos estorba a que caminemos en línea recta hacia el fin, y nos fuerza a girar en torno de un punto, como la mariposa en torno de la luz con que se fascina o se abrasa. La sabiduría no conduce al éxito. ¿O es que buscas la sabiduría por sí misma?

—Por sí misma. Busco conocer las cosas en todas sus faces, y, más que en todas sus faces, en todos sus recónditos sentidos y correspondencias.

—Pero es que tampoco para eso sirven los libros. La sabiduría se adquiere por el estudio directo de la naturaleza y de los hombres, no por el estudio de la letra muerta; la otorga la experiencia lenta y espaciada de una vida que ha sabido emplearse bien, no la experiencia graciosa y amena de los libros. La experiencia de uno nunca ha aprovechado a otro. Y cuando ya se ha adquirido la sapiencia, que es en la extrema edad, cuando nos falta la fuerza de usarla, dime: ¿para qué la queremos?

—No me importa que la plena sabiduría no se alcance sino en

la extrema edad. No acierto a presumir qué goce será ese de conocer plenamente, porque no alcanzo que pueda ser mayor que el de ir conociendo poco a poco y paso a paso.

—En resolución, que quieres ser hombre de pensamiento.

—Sí.

—Preferiría que quisieras ser hombre de acción.

—También.

—No se compadece lo uno con lo otro. El pensamiento es rémora de la acción.

—Por el contrario, tengo para mí que es estímulo y fuerza motriz.

Marco confiaba en el éxito, esto es, en la realización cabal del propio destino, y díjose un día: “Quiero hallar mis normas de acción”. Y salió de Florencia y recorrió Italia, en busca de tres elementos constitutivos de todo lo grande: gracia, astucia, fuerza. Pero encontró que Italia es un país demasiado sujeto a regla y medida, como una obra de arte ya resuelta, como que la tradición de Roma es la fuerza sin gracia y astucia y la tradición del Renacimiento es la gracia y la astucia sin fuerza. Entonces pensó en España, como el país de las posibilidades y allá fuese, suspirando: “Oh, dulce patria mía!” Pues en España le dijo un sabio: “Infortunado, has venido a unas regiones adonde no se puede llegar sin haber perdido la humanidad.” Ya Marco había plantado su tienda en España: se había casado y obtenido una cátedra universitaria de griego.

Desde España escribió a su tío en Italia, declarándole que era un hombre frustrado, aparte de ser un hombre perfecto. “Esto explica, agregaba, por qué soy un hombre frustrado: porque, para hacerme hombre, he necesitado tiempo, y al llegar a la sazón de perfecta madurez, veo que con ella coincide el período de declinación de los elementos del éxito. El resultado de mis viajes y estudio se puede sintetizar en unos breves postulados: la felicidad está reservada al hombre de acción; pero el hombre de acción, no inventa la acción, la realiza; la acción la concibe el hombre de pensamiento; luego el hombre de pensamiento debe preceder al hombre de acción; el hombre de pensamiento comienza por creerse feliz en la fruición de puro conocer por conocer, hasta que llega al dolor de conocer que la felicidad reside solamente en la

acción; y, por último, de este dolor asciende al alto goce de conocer que también a él le está reservada la más noble manera de acción: la de engendrar el hombre de acción; y este goce se acrecienta cuando el hombre de pensamiento es conjuntamente frustrado hombre de acción, cuando sabe que él mismo pudo ser hombre de acción. Dicho con otras palabras: que si bien he renunciado al éxito personal, ha sido porque aspiro al éxito anónimo de la paternidad. Lo que yo hubiera querido ser, lo será mi hijo, Prometeo, hombre semidivino, redentor — que ahora más que nunca necesita de él la humanidad — sutura viva e intersección del cielo con la tierra.”

### En nuestro medio

Algunos profesores argentinos se han puesto en la tarea, en la cátedra universitaria y en el libro, de hacer conocer en nuestro medio, con el deseo muy plausible de afinar las exigencias de la nueva sensibilidad al ritmo de la vida actual, a Oswald Spengler, el genial autor de *La decadencia de Occidente*, considerada como la obra más importante que se haya escrito en estos últimos tiempos.

Son los doctores Ernesto Quesada, Enrique Martínez Paz y Carlos Astrada, el primero de esta capital, y los dos últimos en Córdoba, quienes hasta ahora se han ocupado aquí de Spengler.

### Las lecciones del Dr. Ernesto Quesada

Para el doctor Quesada, quien tuvo oportunidad, hace pocos años de hablar personalmente al autor de la nueva doctrina en Munich, Spengler es el anti-Kant. Y con una penetración y una intensidad a toda prueba, el erudito profesor argentino creyó que el mejor modo de cerrar el vasto y brillante ciclo de su labor en la cátedra universitaria que ha ocupado por espacio de tantos años, era afrontando el estudio y exposición, por el análisis y la síntesis, de un tema de indiscutible interés y novedad.

La obra escrita del doctor Quesada, acerca de la doctrina de Spengler, está contenida en los siguientes trabajos: *Una nueva*

*doctrina sociológica: la teoría relativista spengleriana*, (1921); *La sociología relativista spengleriana, curso universitario de 1921*, un volumen de 618 páginas, (1921); *La faz definitiva de la sociología spengleriana*, La Plata (1923); *La evolución sociológica del derecho según la doctrina spengleriana*, Córdoba, 1 volumen, y *La evolución del derecho público (política y económica), según la doctrina spengleriana*, 1 volumen, Buenos Aires (1924).

Vincula a todos esos trabajos, siendo unos parte y antecedentes de otros, una amplia y comprensiva unidad de juicio. Ya en el de 1923, citado, el doctor Quesada expuso la faz definitiva de la doctrina sociológica de Spengler, a raíz de la publicación, en Alemania, del tomo segundo de *La decadencia de Occidente* y con la nueva edición del primer tomo, en el que el autor había introducido modificaciones sustanciales. El doctor Quesada ha desarrollado, como se ve, tres de los aspectos más importantes de la obra de Spengler: el sociológico, el político y el económico.

Spengler, afirma, personifica el pensamiento sociológico de la actual primera mitad del siglo XX, como Kant encarnó el de la segunda mitad del siglo XVIII, siendo cada uno la expresión exacta de su época.

Llega el doctor Quesada a la conclusión de que Spengler, al descartar toda construcción sistemática, toda armazón de filosofía de escuela y colocar por sobre todo la observación directa de la realidad de la vida, — ello como consecuencia del escepticismo reinante, — ha verificado una obra que basta, por sí sola para señalar los alcances de la nueva doctrina; y deja establecido que en "Forma y realidad" y "Perspectivas histórico-mundiales", que son la materia de los dos tomos de la obra del sociólogo alemán, se ocupa del estudio práctico de los problemas sociales, indagando las manifestaciones de la acción social, desentrañando su simbolismo y precisando el criterio relativo de las diversas culturas.

En su primera obra, la de 1921, el doctor Quesada explicó la primera parte de *La decadencia de Occidente*, según este contenido: Cuadros morfológicos comparativos de la historia universal (I el sentido de los números, II el problema de la historia universal, III macrocosmos, IV música y plástica, V la idea del

alma y el sentimiento de la vida, VI la física fáustica y la física apolínea).

Explicando la segunda parte, dijo en 1923: "En cinco capítulos estudia sucesivamente Spengler el origen de las culturas y el medio ambiente en que se desarrollan; en seguida, las ciudades y los pueblos; dedica después una especial atención a la explicación del ciclo cultural mágico; ahonda más adelante lo referente al fenómeno político; y, por último, analiza el económico. Examina, pues, los problemas sociológicos, en la historia y en la sociedad, analizando más especialmente el factor biológico, el geográfico, el político, el religioso, el filológico y el económico, con aplicación constante de su método de comparaciones morfológicas de los símbolos de las diversas culturas."

En sus doce conferencias de 1924, que son la materia del último de los cinco trabajos mencionados, el doctor Quesada trató los siguientes aspectos de la cuestión: la doctrina sociológica de Spengler; evolución del derecho; el derecho público; las clases sociales; desenvolvimiento del Estado; las formas de gobierno; la esencia de la política; la vida económica nacional; el dinero y el industrialismo; el derecho político actual; formación social del alma nacional; la función económica del gobierno; la situación mundial; deber de la juventud.

Sociólogo de verdad, el doctor Quesada ha querido saber respecto de cada fin o esfera de actividad, lo preciso para conocer el influjo general de cada uno, las relaciones entre todos ellos y el conjunto orgánico de los resultados. Lo social total y genérico es lo propio de la sociología, y lo social particular y específico corresponde a las distintas ciencias sociales. Todo lo ha abarcado el doctor Quesada rastreando en lo total la dirección del pensamiento de una época y en lo particular, la influencia del pensamiento de un hombre para disecarlo y extraer de él la proporción de beneficio que para su pueblo pueda contener ese pensamiento.

Es, entonces, con justicia que al doctor Quesada se le puede calificar como a un polígrafo, en cuanto esta voz comprende el más amplio caudal de información, y fué con justicia, también, que los alumnos unieron sus corazones para honrar, en la puerta de salida, al profesor, al magistrado y al publicista.

### Spengler y el derecho, según el Dr. Enrique Martínez Paz

La obra del doctor Enrique Martínez Paz se titula *El Derecho en la obra de Osvaldo Spengler*. Precedida de observaciones críticas, contiene la traducción de unas treinta páginas del segundo tomo del autor alemán, aquellas en que tratando de "Las relaciones entre las culturas", se ocupa del derecho romano, del derecho mágico y del derecho de occidente.

Desde luego corresponde decir que es plausible la tarea que se ha impuesto el profesor argentino de la docta Córdoba en cuanto revela su afición por altos estudios.

Para el doctor Martínez Paz, la profunda emoción provocada en el mundo por la obra de Spengler, radica no tan sólo en sus potentes virtudes propias, cuanto en un estado particular de la conciencia colectiva: "en un estado de ansiedad propicio a todas las revelaciones."

La gran guerra, dice luego, ha precipitado la disolución de todas las ideologías que sustentaba nuestra civilización. Aquí señalamos nuestra primera disidencia con el doctor Martínez Paz. La guerra no ha producido tal disolución. Como suceso bélico, suprimió vidas, derribó construcciones y modificó la faz política de algunos países; pero la humanidad ha seguido con su ideario y, a lo mucho, se han acentuado sentimientos que ya estaban caracterizados entre los contendientes, por ejemplo el de animadversión entre franceses y tudescos. Pero la cultura, contenida principalmente en las universidades, en los gabinetes, en el periodismo, ha quedado intacta y la actividad razonadora de los hombres, en cualquier parte del mundo, es la misma hoy que hace dos lustros: así ocurre, verbigracia, entre nosotros.

El verdadero problema, urgente y actual, expresa en seguida el profesor argentino, "no era el del conocimiento, sino el del valor y del destino de la vida humana, que no había de resolver la inteligencia, declarada impotente, sino la imaginación, la intuición, rica en revelaciones, capaz de alimentar la sensibilidad moderna, sobrecargada por los prolongados dolores y emociones." Según esto, el doctor Martínez desecha la posición espiritual del idealismo kantiano y se coloca en los dominios de la doctrina

spengleriana: desdeña la lógica originaria y precisa, para abrazar una simple lógica misteriosa y secreta. En este punto no hay derecho a observar, porque cada hombre es el único dueño de su propio pensamiento.

En la exégesis que sobre la interpretación del derecho contiene la obra de Spengler, expresa Martínez Paz que "el derecho no emana ya de la ética profunda, contenida en la existencia social y económica, sino que es extraído anticipadamente, por una simple destilación intelectual, de los viejos textos que necesariamente debían contener toda la verdad." El hombre gótico (el del Renacimiento), añade, a diferencia del hombre fáustico (el de la antigüedad), para quien la vida era algo en sí mismo, concebía la existencia como cosa que había comenzado antes que él y debía proseguir hasta mucho después, y buscando un pasado para asentar su presente, llegó a encontrar, aunque de un modo casual, el ejemplar de las Pandectas, que vino a producir el despertar del pensamiento greco-romano en el Renacimiento; y aquel hallazgo, tras del cual se adoptaron las formas romanas, como podrían haberlo sido las egipcias si por acaso se hubiese dado con la huella de los faraones, "ha perturbado fundamentalmente el proceso del desarrollo de la vida jurídica de occidente", y el derecho se ha convertido, así, en un simple juego de conceptos.

Con todo, declara Martínez Paz que, en su parecer, la concepción fundamental de Spengler no lo alista en la legión de los detractores del derecho romano, sino que el pensador alemán se propone sólo demostrar cómo bajo las formas aparentemente inmutables se mueve en cada época una sustancia peculiar y cómo nuestro afán por alcanzar conceptos inmanentes no consigue sino retrasar el proceso de la vida y deformar su curso; y a ello atribuye que la obra de Spengler adquiera en tal punto una honda e infinita sugestión: en cuanto trata de penetrar, en un supremo esfuerzo, en el alma propia de cada cultura, reflejada en su arte, en sus matemáticas, en sus ciencias que traducen un sentido propio, una apreciación, un sentimiento de vida peculiar, al que denomina espíritu animador de sus instituciones.

Desentrañando y glosando el sentido más profundo de los conceptos de Spengler, el doctor Martínez Paz escribe que así como el derecho antiguo fué un derecho de los cuerpos (el dere-

cho del pretor, que no hacía jurisprudencia), nuestro derecho es de funciones, que obedece a una hermenéutica preestablecida. Apunta el pensamiento fundamental de Spengler, según el cual “el derecho debe ser tan sólo una formulación conceptual de los valores dados de la vida”, lo cual nos impone vivir rigurosamente al día, renunciar al saber jurídico y a la experiencia acumulada al modo occidental. Infiere, en fin, que para Spengler la ciencia del derecho no se encuentra ni siquiera en sus comienzos, pues que la entrevemos apenas en la lejanía, porque vivimos envueltos en los viejos conceptos jurídicos, que son filología o escolástica, y no más.

El agudo sentido crítico con que el doctor Enrique Martínez Paz ha penetrado en la maciza obra de Spengler, de cuyo original se ha dicho que es tan bravamente tudesco, y los reparos que formula al que llama talento resplandeciente, sensibilidad delicada y erudición profunda, sobre todo cuando dice que todavía hay algo humano universal en el saber antiguo y que el mundo occidental no ha de prescindir del todo del saber jurídico romano y del libro, lo coloca en un alto plano de estudioso y pensador.

### Spengler y la política, según Carlos Astrada

El trabajo publicado en Córdoba, *La Real-Polítisk. De Maquiavelo a Spengler*, por el doctor Carlos Astrada, sin mayor extensión, es meduloso y está concebido en el ambiente de una sana ética.

Comienza diciendo que la moral del idealismo había esquemmatizado en demasía la realidad histórica, en busca de un quimérico *debe ser* que, por lo mismo, jamás se cumplía, y que hoy se opera un cambio de frente, de tal modo que la vida, reaccionando contra la norma que la constreñía y falseaba, formula sus condiciones que implican una nueva actitud ante la realidad histórica.

Piensa que la influencia avasalladora que las ideas de Spengler, “uno de los más significados voceros de la nueva sensibilidad”, están adquiriendo en diversos campos de la actividad intelectual “es signo que nos advierte el sesgo peculiarísimo que toman los nuevos pensamientos.” Esto nos inclinaría a ubicar al se-

ñor Astrada entre los ganados por el fuerte pensador alemán; mas luego veremos que no forma en ese número.

En su ensayo, estudia la doctrina de Spengler en la parte que concierne a la política ("Philosophie der Politik", tomo II, cap. IV de la edición alemana). Desde luego advierte que Spengler reacciona de manera radical contra la posición idealista, contra el abstracto *debe ser*, arguyendo que "los proyectos de los reformadores del mundo no tienen nada que hacer con la realidad histórica." Para Spengler, añade, la política es, por definición, amoral, y el político u hombre de Estado, es aquel que posee el don de desentrañar el sentido de los hechos y de obrar certeramente de acuerdo a éstos, sin detenerse en los obstáculos de las convicciones que como hombre privado pueda tener, porque está más allá de las exigencias de la moral y de todo escrúpulo sentimental.

Para mejor precisar, en su contenido y alcance, la concepción spengleriana de la política, Astrada la confronta con el realismo político de Maquiavelo, el cual realismo, tal como está formulado en *El Príncipe*, es sordo, dice, a las instancias de la moral y desprecia, como pueril y enfadoso, todo sentimentalismo, persiguiendo ante todo la objetividad y la eficacia.

Refiriéndose luego a Spengler dice que su manera de concebir la política, concordante con la manera de Maquiavelo, está lógicamente vinculada a su teoría de los ciclos culturales cerrados y, por consiguiente, a la tesis central de su obra: de que la civilización occidental está en franca decadencia.

Después de exponer el contenido de la "real politik", que fragmenta y simplifica la realidad histórica, desconociendo los valores ideales que la integran, para imponer, como lo *único real y viable*, sus esquemas utilitarios y su sórdido e inhumano amoralismo, Astrada proclama la necesidad de un realismo vital, que venga a corregir el formulismo abstracto en que a veces suele desvanecerse el ideal democrático, suministrándole el lastre de contenidos concretos, pero advirtiendo que los postulados del idealismo, en tanto son expresión de una necesidad del espíritu humano, no podrán ser conmovidos.

Por esto decimos que Astrada no se ha dejado seducir por la voz de sirena del sociólogo alemán, y tal es su mayor mérito. En páginas posteriores del mismo volumen, reafirma sus antiguas

convicciones. Frente a ideas concordantes con las afirmaciones intuitivas de Spengler, expuestas por Ortega y Gasset, cuyo prestigio intelectual mantiénese siempre alto entre nosotros, Astrada dice que no puede asegurarse que no vendrá una nueva floración de los ideales, y que piensa, al contrario de aquel pesimismo sustentado por el autor alemán y corroborado por el filósofo español, que nada nos prueba que el alma occidental, o europea, haya agotado ya todas sus posibilidades y afán creador.

### Idea general sobre Spengler

Para formar un concepto definitivo sobre la obra de Spengler tendríamos que releer algunos capítulos y estudiar por primera vez algunos otros que todavía nos son desconocidos; pero nos es posible exponer una idea general a su respecto.

Spengler ha abarcado, dominándolo periféricamente, todo el campo de los conocimientos actuales, para someterlo al crisol de su intuición y relativismo. No se busque todo en él, porque sólo contiene una visión nueva de la historia, dice él mismo; y luego confiesa que a dos espíritus lo debe casi todo: a Goethe, de quien es el método, y a Nietzsche, a quien pertenecen los problemas. Pero ahondemos en la obra.

Presenta postulados tan novedosos como aquel en que incluye a la música en el número de las artes plásticas; mas reedita teorías que datan de otras épocas, como la del proceso terminal de las culturas. Es original su noción del alma, cuando dice que así como "el tiempo" es un contraconcepto del espacio, así también "el alma" es un contramundo de la "naturaleza" y se halla en todo momento codeterminada por la concepción de la naturaleza; pero no lo son sus ideas sobre política, coincidentes, según se ha visto, con los principios que hace algo más de cuatrocientos años expuso Maquiavelo. Y así seguramente, toda la obra: llena de fuerza y de interés, aunque no siempre original.

Estos grandes sintetizadores que recogen en su mentalidad poderosa ideas madres de épocas anteriores e ideas en embrión de su tiempo y les dan, como a las ideas que les son propias, un sello peculiar, tienen desde luego la virtud de traer al tapete de la

discusión doctrinas y problemas que, aunque viejos en sí mismos o para los que han llenado ya el ciclo de la reflexión, o inactuales para las mentes cansadas y perezosas, cada hombre que llega a la vida siente como nuevos en la esfera de su existencia individual.

Para el prologuista de la edición española de la obra de Spengler, dicha obra es ante todo una filosofía de la historia.

En lo pertinente a la historia, Spengler observa las divisiones establecidas, niega la ley del encadenamiento y la considera incompleta en cuanto escrita. Para él, el apogeo de los pueblos es la cultura, y cada cultura es como una planta, que nace, crece y muere. La civilización implica refinamiento, molición, y de ahí se está a un paso de la decadencia. Europa es una civilización en decadencia, más acentuada en el mediodía; y predice la historia afirmando que América formará la nueva cultura.

La filosofía de Spengler es de negación. Si, como sostiene, lo que vale en la vida es el hombre de acción, la filosofía, ciencia de las ideas cultivada por el hombre de pensamiento, no puede serle grata. Nuestra filosofía, es decir la filosofía de nuestra época, es en verdad ciencia de las ideas y, consiguientemente, de la unidad de estas ideas, según lo cual ha de organizar sistemáticamente todo el saber positivo, y a la vez ha de estudiar la garantía con que afirma la verdad de sus conocimientos. El hombre especula, piensa, filosofa, por una imposición de su propia naturaleza, buscando interpretar el mundo de las apariencias para encontrar en la constancia de sus fenómenos las leyes que rigen su desarrollo. Para Spengler bastan las apariencias, los símbolos; por eso, al hablar de la idea del alma y el sentimiento de la vida (tomo I, 2.<sup>a</sup> parte), dice: "Si en este libro, el tiempo, la dirección y el sino afirman su primacía sobre el espacio y la causalidad, no es porque haya pruebas lógicas que lo demuestren, sino porque las tendencias, inconscientes, del sentimiento vital se procuran pruebas en su favor: el origen de los pensamientos filosóficos no es nunca otro."

Lo cierto es que la filosofía pragmática de Spengler quedará como una actitud en la historia del pensamiento, porque en filosofía los sistemas no se destruyen unos a otros, sino que se superponen.

Lo menos aceptable de las doctrinas de Spengler es la parte

que se refiere a la política. "Lo más esencial no es actuar, afirma, sino saber mandar." El mando es la vanidad de nuestro tiempo, y en pos de conseguir mando, mucho mando, los hombres arteros ponen en juego todas las simulaciones y disimulaciones. "El hombre que atiende sólo a los hechos, dice también, jamás corre el peligro de hacer política sentimental o de programa." Querría decir que los escrúpulos de moral, no sólo los conceptos de la verdad y el bien, pueden ser hollados por el político, y que todo lo justifica el éxito. Con ese criterio tendríamos que aceptar el capricho, el despotismo de los que mandan, cosas que nosotros, los hombres de hoy, consideramos como regresión a la barbarie; y cuando trepan al poder caudillos solapados y rapaces, como los que aun ponen sombras en nuestro medio civil, tendríamos que dejarlos estar. A la superficie política llega muchas veces el más felino y audaz y para alcanzar medro a su lado, un hombre necesita tener, sobre todo, estas dos condiciones: la de ser pillo y la de ser servil. Bien se ha dicho en estos días, en un momento culminante de la vida americana, que entre nosotros hay dos males, el militar y el político, pero que, individualizados, es peor el político.

El pesimismo de Spengler tampoco nos seduce, si bien es cierto que nosotros no tendríamos por qué recoger esta levadura, puesto que él habla desde su posición de europeo con referencia a aquella cultura. El optimismo es sano y creador. El ideal, que lo sustenta, es noble, como anhelo de lo cierto, de lo bueno y de lo bello. Y en verdad, el optimismo del ideal, fuente de consuelo, pone sobre los tráfigos de la vida su resplandor magnífico. Hemos dicho antes de ahora que forjarse un ideal es darle un objeto a la vida, y que cuando el hombre ya no puede acariciar un ideal, es que está realmente en el ocaso.

---

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ.

## POESIAS <sup>(1)</sup>

### Canción de los domingos de infancia

Tout est fini, les dimanches sont morts.

Mes pauvres petits dimanches sont morts.

MAX ELSKAMP — (*Dominical*).

**P**OR mi memoria pasan como estampas borrosas  
los castos y tranquilos domingos de mi infancia:  
ramo azul de glicinas y campanas tediosas  
entre un viento que extiende dolorosa fragancia.

Rayos de sol que quiebran la limpia superficie  
de los viejos espejos que nos conocen tanto.  
Rosales que se vuelcan en fragante molición  
y rosas que prolongan dominical encanto.

Niños de rostros pálidos y pupilas llorosas  
que no tienen domingos ni una vez por semana.  
Niños que viven entre letanías silenciosas:  
carne de lirios que una brisa herirá mañana.

Nubes desvanecidas como trémulos lienzos  
y nubes donde nace la tristeza del día.  
Soledad un poco gris de esos patios inmensos  
donde los escolares dejaron su alegría.

Musgo crepuscular de los gastados muros  
que sugieren el miedo de morir o enfermarse.

---

(1) De *Las Tardes*, libro en preparación.

*Ventanas de cristales límpidos e inseguros  
donde la niebla lentas fantasías esparce.*

*Tejido evanescente de las horas iguales  
cuya sangre incolora nutre el río de los Años.  
Conmovida tristeza de viejos hospitales  
donde la Muerte pasa rompiendo desengaños...*

*Caminar de muchachas que esperan la llegada  
de este día, en que las bellas palabras se conciertan.  
Angustia persistente de una rama quebrada  
junto a las otras ramas que bajo el sol despiertan.*

*Rumor de campanarios en el hondo crepúsculo  
cuando todas las cosas son una media-tinta.  
Marchito descansar de la mano y el músculo  
del humilde hortelano que cultiva su quinta.*

*Nostalgia indefinible de que se acabe el día  
y soñar que mañana no iremos a la escuela.  
Crece el árbol oculto de la Melancolía  
y el sueño de la noche nos envuelve en su estela...*

*Doblan calladamente las campanas tediosas  
y las brisas dispersan una antigua fragancia:  
por mi memoria pasan como estampas borrosas  
los castos y tranquilos domingos de mi infancia...*

### Libros de estampas

**V**IEJO libro de estampas siempre fresco a mi anhelo  
de buscar la invisible huella de sus pupilas.  
Ella vivió el ambiente puro de cada cielo  
y detuvo su asombro frente a un seto de lilas.

*Quién sabe qué silencio musical le dió un lago  
y que ramo de voces los canales dormidos...*

*Para su fantasía, del matiz ténue y vago  
se elevaba una estela diáfana de sonidos.*

*¡Cuántos ensueños truncos errarán todavía  
por las sendas sin nombre de estos quietos paisajes!  
¡Cuánta leve nostalgia, cuánta melancolía  
tejida en el transcurso de fantásticos viajes!*

FRANCISCO LÓPEZ MERINO.

### Romance de la olvidada

**E**L la había dejado de querer  
y ella seguía siendo siempre la esposa mansa...  
Al fin era mujer  
y podía ser madre y ya era una esperanza...

*Y estando distanciados se unían en el lecho  
y entre sueños el hombre la estrechó alguna vez.  
(La mujer unas ropas pequeñas había hecho  
y escarpines de raso para infantiles pies.)*

*Y la gente decía:  
del esposo traidor no advirtió la mudanza?  
Pero ella sonreía  
y mostraba en los ojos una luz de esperanza...*

*Y estaba hasta el crepúsculo cosiendo,  
olvidada del mundo.  
Y abrazaba las ropas con abrazo tremendo  
besándolas con beso purísimo y profundo.*

*Y acarició su vientre sintiéndolo crecer.  
Irradiaba confianza!  
Y entre gente asombrada pasaba la mujer,  
la mujer que tenía una esperanza.*

## Alma

**E**N el rincón más solo recógete y no digas  
ni una sola palabra, para que así te ignoren;  
evita si es posible mientras tus ojos lloren  
el consuelo cruel de las almas amigas.

*Conserva el noble orgullo de amar la soledad,  
responde con silencios a la frase malvada,  
y sé noble y sereno, sin revelarles nada  
de tu angustia terrible, de tu dulce verdad.*

*Que un silencio con lágrimas será el peor reproche  
para el ser alevoso que hirió nuestra esperanza...  
Y solo una sonrisa es la peor venganza  
que tomamos las almas todas llenas de noche...*

*No manches tu pureza contestando al insulto,  
ni apresures tu paso por huir de la gente...  
Pasa sin advertir... vé silenciosamente...  
cerca de las estrellas, lejos del hombre estulto.*

*Y si el amor que aguardas no llegase, alma mía,  
si sintieras el hondo cansancio de esperar,  
para que no se burlen al mirarte llorar  
ponte el espeso manto de la melancolía...*

*Y piensa que Dios gusta de las almas llorosas  
y que al ir a los cielos les aguarda otra suerte,  
pues somos jardineros que vamos a la muerte  
llevando al brazo un cesto lleno todo de rosas...*

GONZÁLEZ CARBALHO.

## EL PENSAMIENTO DE BOLIVAR (1)

### Carta abierta al insigne maestro de la juventud hispanoamericana D. Enrique José Varona

Venerado y generoso Maestro:

**E**STA vez — después de un lapso de tiempo en el que no ha descansado mi voluntad — me lleva hacia usted la voz de Rodó el Inolvidable. No he abandonado el proyecto, tan benévolutamente acogido por usted, de reunir en un congreso libre a los pensadores de Nuestra América. Y ahora, con motivo de la celebración del centenario de Ayacucho; al disponerme a escribir una defensa de la idea — desgraciadamente, maestro, aun requieren defensa estas ideas entre nosotros — encuentro por un feliz azar (diríase providencial) la carta de Mayo 7 de 1900 donde el gran uruguayo le decía: “Tengo, además, otro propósito al remitirle a usted mi *Ariel*. Es, éste, libro de propaganda, de combate, de ideas. He querido proponer en sus páginas, a la juventud de la América Latina, una “profesión de fe”, que ella puede hacer suya. Me han inspirado, para hacerlo, dos sentimientos principales: mi amor vehemente por la vida de la Inteligencia y dentro de ella por la vida del Arte, que me lleva a combatir ciertas tendencias utilitarias e igualitarias; y mi pasión de raza, mi pasión de *Latino*, que me impulsa a sostener la necesidad de que mantengamos en nuestros pueblos lo fundamen-

---

(1) Con esta carta abierta a Enrique José Varona, que tiene el carácter de un manifiesto, propicia el escritor peruano Edwin Elmore, la realización, a un siglo de distancia, del proyecto gigantesco de Bolívar, de federar los estados hispano-americanos. Titúlase la carta de Edwin Elmore, *El Comité Internacional de Cooperación Intelectual y El Congreso Libre de Intelectuales Latino-Americanos*.

tal en su carácter colectivo, contra toda aspiración absorbente e invasora”:

“Usted — agrega después Rodó en esa carta llena de emoción sencilla y noble — puede ser, en realidad, el *Próspero* de mi libro. Los discípulos nos agrupamos alrededor de usted para escucharle como los discípulos de *Próspero*”.

Ha llegado el momento de conferir a los anhelos de Rodó la parte de realización de que hasta hoy han estado privados. *Ariel* ha sido, como él lo deseara, “una bandera para la juventud hispanoamericana”. Pero esa juventud que supo hacer de *Ariel* un gallardo y nobilísimo pendón, es madurez ya; y como tal anhela dejar plasmada en obra definitiva y firme la substancia inefable que instigó sus inquietudes moceriles. La genial y maravillosa obra de arquitectura espiritual bosquejada en *Ariel* no se ha iniciado; no ha sido bautizada ni reconocida exprofesamente en un Concilio autorizado y solemne de la Nueva Raza. Y he aquí que la celebración del Centenario de la gran batalla de Ayacucho nos conduce a la realización de tan significativo y trascendente acto. En este sentido hemos trabajado con ahinco algunos hombres despojados “de todo lo que el mundo llama valor”... Tal vez aún estamos lejos de la entrevista meta, más nos sentimos con aliento suficiente para ultrapasarla. Y a exponerle nuestros esfuerzos y las convicciones en que se inspiran se contrae esta carta que quisiera ya llevarle la certeza de que pronto hemos de “agruparnos alrededor de usted para escucharle como los discípulos de *Próspero*”.

\*

\* \*

A los iniciadores de esta idea sencillísima de reunir en un congreso fraternal a los pensadores de Nuestra América se nos pregunta con frecuencia qué finalidad tendría la reunión deseada. Hay quienes no sólo preguntan; hay quienes oponen al proyecto objeciones más o menos atendibles.

Esa actitud ya escéptica, ya pesimista; ya meramente obstructionista de quienes no han tenido la suerte de recoger en los ojos un reflejo de la luz profética de que estaban llenos los

mensajes del maestro, sorprende de pronto a las inteligencias que se han formado al calor y al resplandor inefables de esa luz. Más, si no existieran ese escepticismo, ese pesimismo y ese espíritu obstruccionista, no sería necesaria la *organización del apostolado* (aunque parezcan contradictorios estos términos) que ahora propugnamos.

Se explica la actitud de los escépticos sinceros (a las objeciones insinceras no les hacemos el honor de ser consideradas) después de tantos años de absoluto desconcierto. Cierta fuerza de inercia mental induce — aún a hombres de reconocida perspicacia como don Leopoldo Lugones — que “siempre será así” mientras no aprendamos a disciplinarnos cada uno aisladamente, es decir, pueblo por pueblo. A nada conduciría, en efecto, una unión de desconciertos. Pero ¿no es evidente la falsedad de ese argumento si se mira que, en realidad, el desconcierto proviene precisamente de la no existencia interior del órgano cuya eficacia pretende negarse *a priori*? Se ha ensayado hasta el cansancio, es verdad, con casi nulos resultados el método de las conferencias. Las de Europa han sido solo fracasos estruendosos. Las de América... mal nacidas, no han sido — a pesar de eso — tan inútiles. Las únicas conferencias que no se han llegado a realizar son precisamente aquellas que por su propia índole y tendencias tenían poco menos que descontado el éxito feliz: *las conferencias hispanoamericanas o latinoamericanas, no oficiales*.

El famoso proyecto de Bolívar, tan magistralmente comentado por Monteagudo en su *Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos y plan de su organización*, lleva un siglo de postergación. La torpe política de aislamiento en que hemos vivido desde los primeros fracasos del plan ideado por Bolívar sería inexcusable e imperdonable si no pudiera señalarse como causas atenuantes las intrigas lugareñas y las ocultas influencias europeas. De todos modos ¿cómo explicarse, sin sentir conatos de ira contra la ceguera reinante, la apatía y la indiferencia de nuestros estadistas, diplomáticos y publicistas para con todo lo que al plan de Bolívar se refiere desde 1825 hasta la iniciación de los Congresos panamericanos provocada por Blaine? ¿Cómo ha sido posible aceptar lógicamente la conveniencia y la utilidad de los congre-

sos panamericanos al mismo tiempo que se miraba con negligencia, si no con desdén, la idea de la unión latinoamericana? ¿Qué causas extrañas concurren para extraviar el criterio político de nuestros dirigentes hasta el extremo de que hacia 1862 quedasen paralizadas las gestiones tendientes a la unificación y armonía? ¿Qué extraña locura mantuvo señeros y aislados a nuestros gobiernos y nuestros pueblos, entregados al régimen de los egoísmos y las rivalidades más torpes, hasta culminar en el crimen imperdonable del 79? ¿Hubiera sido posible esa guerra infame y miserable si el plan de una *Liga de los pueblos latinoamericanos* hubiera seguido siquiera discutiéndose? ¿Porqué bastó la negativa del ministro argentino Elizalde a suscribir un tratado para paralizar las negociaciones cuya utilidad, en forma más amplia y general, él mismo reconocía al contestar la nota de propuesta del Plenipotenciario peruano Buenaventura Seoane? ¿Qué miopía predominaba entonces en las inteligencias que impedía ver la necesidad de esa "alianza moral, no política, de estos pueblos identificados en intereses y en esperanzas", a que se refería el ministro colombiano señor Ancizar en nota dirigida a su colega costarricense con fecha de Junio 6 de 1862?...

Pero, en fin, no vamos a hacer la historia lamentable de los fracasos. Intentamos, más bien, enderezar los rumbos.

¿Qué lo impide? ¿Qué obstáculos ha ido acumulando la increíble ineptitud política de los hombres de las décadas pasadas en el camino hacia la unión bellamente concebida por Bolívar y que hoy tan fervorosamente sienten las nuevas generaciones? Ya tenemos por delante innumerables intereses con sus cortejos de mala fe y de intrigas. Mas para nuestro proyecto, para el primer paso que intentamos dar en el gran camino, ningún obstáculo de los actuales, resulta insuperable.

Dentro de los estrechos límites a que nos reduce esta carta —que no intenta por cierto llevar al espíritu del gran maestro convicciones y conceptos en los que es inmensamente rico— examinemos la situación actual de nuestros pueblos frente a los embolismos de la vida internacional europea, embolismos en los que quieran o no reconocerlo oficialmente los norteamericanos están vitalmente comprometidos.

Ya desde fines del siglo XIX podía presentarse esquemáti-

\*  
\* \*

Bolívar instaba con vehemencia, en la primera circular de invitación al Congreso de Panamá (Diciembre 7 de 1824, es decir tres días después de Ayacucho) a la aceptación del plan. “Diferir por más tiempo la asamblea general de los Plenipotenciarios de las Repúblicas que de hecho están ya confederadas, hasta que se verifique la adhesión de las demás, sería privarnos de las ventajas que produciría aquella asamblea desde su instalación”, decía el genial Libertador. Y añadía: “Estas ventajas se aumentan prodigiosamente si se contempla el cuadro que ofrece el mundo político y muy particularmente el continente europeo.” Si eso decía hace cien años el egregio caraqueño ¿imaginamos lo que diría contemplando la situación actual? El abate de Pradt declaraba entonces que los siglos no presenciarían “un espectáculo más digno de la civilización que el del Congreso Americano.” ¿Por qué han carecido de esa dignidad y de esa grandeza los congresos pan-americanos?... No entraremos a hacer un prolijo examen de los orígenes y el desarrollo de esas asambleas cuyo valor y cuya significación como medio de acercamiento entre los pueblos de nuestro hemisferio han sido debidamente apreciadas por críticos autorizados y confrontadas por los hechos mismos. A este respecto, permítanos el querido maestro recordar solamente las palabras de Mr. David A. Wells citadas por el *Herald* de Nueva York (Febrero 9, 1887) a propósito de una proposición semejante a la de Blaine para reunir una conferencia internacional americana en Washington, debida al diputado Mc. Creacy. Según Mr. Wells — escribe el *Herald* — the whole history of our dealings with our sister republics is the history of a big bully dealing with weak and defenseless neighbors in a spirit of narrow and shameless selfishness”. El *Herald* comentaba: “Mr. Wells is right, and it results that the people of our “sister republic” think of us not with love or confidence, but with apprehension of our designs and a prayer that we may leave them alone”. *Las Novedades*, órgano de publicidad hispano americano que se editaba en New York por esos años, reproducía

otro fragmento bastante significativo de lo que según el *Herald*, podían contestar a la invitación norteamericana “todos los hombres de Estado de Sur y Centro América”: “Caballeros del Congreso de los Estados Unidos — dirían los supuestos hombres de Estado — ustedes se han negado por varios años a poner en vigor el tratado de comercio con México (la historia se repite: recuérdese el incidente gallardamente promovido por el delegado centro americano señor Alvarado Quiroz en la Conferencia de Santiago); han echado ustedes a un lado otros tratados de comercio propuestos con algunos Estados centro americanos; ha desechado asimismo ese Congreso otro tratado para construir un canal que hubiera servido más que cien conferencias para unir nuestros pueblos y nuestro comercio a los de esa nación; han vuelto ustedes la espalda a toda tendencia o proyecto encaminados a estrechar las relaciones comerciales con uno cualquiera de nosotros; sólo nos acordamos del interés que demostraron ustedes por nosotros, a quienes llaman las repúblicas hermanas, por su constante negativa a tratarnos de una manera fraternal; y sobre todo tenemos presentes los esfuerzos de Mr. Blaine para ponernos a la greña, y su majestuoso papel de árbitro no solicitado entre Chile y el Perú, entre Guatemala y México, llevando como suelen hacerlo los mediadores a quienes nadie llama un garrote en la mano para imponer su mediación a nuestras naciones más débiles que la suya”. Bajo semejantes auspicios y en tal estado de ánimo de nuestros pueblos se inició la corriente del pan americanismo. El éxito de la intervención norteamericana solicitada o no en el momento de firmarse la paz entre el Perú y Chile lo estamos palpando... Pero, en fin, tampoco es nuestro objeto, por ahora, hacer un balance entre los daños y los beneficios (que no sería noble desconocer) producidos a nuestros pueblos por la diplomacia norteamericana. Ahora solo nos interesa justificar el carácter exclusivamente ibero americano o latino americano si se quiere, de las reuniones proyectadas, y para eso no es necesario hacer la crítica del pan americanismo, que por sí sola se evidencia.

La necesidad primordial nuestra, ahora, es la definición de nuestra fisonomía general como grupo de pueblos conscientes de su homogeneidad y de su común destino. Tal vez la objeción más

aguda que pueda hacerse al panamericanismo es que nos desvía y nos desorienta desde ese punto de vista, resultando, por lo menos, prematuro en sus determinaciones y consejos. De todos modos, lógicamente, como ya lo hemos indicado, no puede objetarse actividad alguna de latino-americanismo, si se acepta como buenas las minuciosas y pedestres gestiones que se hacen a título del ideal panamericano planteado, en tan diversas circunstancias y con visión tanto más elevada y generosa, por nuestro Libertador. Lo único que ha podido deslumbrar a nuestros diplomáticos y hombres de Estado, hasta el extremo de consentir que se pusiera a nuestros pueblos en condiciones de manifestar subalterinidad respecto a los Estados Unidos, ha sido el fenómeno portentoso del desarrollo material de esa gran nación, el éxito estuendo de sus instituciones y de sus hombres y la tenaz política seguida por muchos de los gobernantes y publicistas más influyentes de ese país a fin de subyugarnos, haciéndonos olvidar, ante el espectáculo de su preponderancia única en la historia, el valor *distinto y fundamental* de nuestro aporte, también único e inalienable a la cultura de la especie humana.

Se trata, pues, no de discutir, sino de declarar o mejor dicho proclamar y mantener, el derecho y la voluntad que nos asisten para cultivar nuestra independencia y nuestra personalidad colectivas. Se trata de caracterizar, definir y erigir en perentoria soberanía la conciencia clara e ilustrada — ya felizmente existente aunque difusa — de la misión histórica y cultural de nuestra América que nada tiene de común con el “destino manifiesto” de los prepotentes Estados Unidos que arrebataron Texas y California a México y Panamá a Colombia, para no referirnos sino a la depredación de territorios. . .

En el momento de asumir esa actitud — ya con el retardo, por algunas razones, tal vez conveniente de un siglo — ¿cuál es el espectáculo del mundo? . . . No intentaremos bosquejar siquiera el cuadro. Observemos, nomás, cómo en el preciso instante en que escribimos, después de los horrores sangrientos de la guerra y de los horrores no menos cruentos y acaso más miserables de la post-guerra, las fuerzas espirituales, las fuerzas creadoras y constructivas, los elementos de organización y de ennoblecimiento de la vida, se hallan en notoria minoría e indefensas ante el des-

encadenamiento de los factores de destrucción y de desorden. Las mismas organizaciones ideadas, en momentos de desesperación, a fin de afrontar la tremenda crisis que atravesamos, llevan en su seno los gérmenes del mal que intentan combatir. Así como la orientación pan americana olvida con demasiada frecuencia las normas, las conveniencias y los principios verdaderos de una efectiva y sincera solidaridad continental; la hermosa creación de Wilson, la Liga de las Naciones, ha carecido desde sus orígenes, de los caracteres y requisitos indispensables que le hubieran conferido el sello inequívoco de esa solidaridad humana en la que aún algunos pertinaces utopistas insistimos en creer.

Por eso nosotros, los jóvenes americanos que aspiramos solo a ser *los discípulos de los discípulos de Próspero*, anhelamos con vehemencia la creación de un núcleo de deliberación, propaganda y acción armónica que preste a nuestras convicciones el apoyo moral de que hoy se hallan huérfanos. Ese núcleo no puede constituirse bajo la égida de la Unión Pan-Americana ni bajo los auspicios de la Liga de las Naciones, porque ninguna de estas dos instituciones reúne las condiciones ni las excelencias que el criterio, desapasionado y sereno pero claro y firme, de las nuevas generaciones, considera indispensables. Sin dejar de reconocer los beneficios parciales, y limitados por circunstancia que no es del caso señalar, que tanto la *Liga* como la *Unión* han producido, nosotros contemplamos la urgente necesidad de estudiar cuestiones y resolver problemas exclusivamente nuestros y para los cuales ni la *Unión* ni la *Liga* resultan ser instrumentos adecuados. ¿Por qué no ha de poder crearse, al margen y por encima de todo prurito de patriotería hispánica, una institución permanente de estudios políticos, sociales, internacionales, etc., destinada a contemplar sistemáticamente y desde puntos de vista doctrinarios y elevados los problemas de nuestro complejo proceso de civilización? ¿No sería este instituto, *forum* o asamblea, un complemento, al par de la *Liga* y de la *Unión*? ¿Qué razones influyeron para que se nos condene a ese eterno desconcierto y esa eterna desvinculación moral y cultural en que hemos vivido después de los milagros de nuestra guerra de independencia? Aún desde el punto de vista de ese oficialismo neutro e ignaro de nuestras mesocracias ¿qué obstáculos insuperables se oponen a la creación de ese

*forum de la raza?* La razón geográfica del panamericanismo ¿ha de primar sobre las razones espirituales del pan iberismo? ¿puede olvidarse, al considerar estas cuestiones, el infinito número de factores y circunstancias de diversa índole que unen a los pueblos de origen hispano-portugués entre sí al par que les alejan del grupo de naciones mercantiles y bélico industriales que amalgamó la guerra de 1914? ¿pretende ignorarse ahora que de haber existido, no ya una liga política, ni una federación efectiva de nuestras naciones, sino siquiera una cordial inteligencia entre nuestros gobernantes las absurdas actitudes producidas entre nosotros ante el conflicto de las oligarquías plutocráticas no se hubieran producido?

Mientras la humanidad sigue gimiendo bajo el régimen de estériles rivalidades de naciones dominadas por camarillas ineptas de políticos que supeditan el interés humano al de su clan; mientras el latente estado de guerra civil que reina en todos los pueblos de la tierra y el inminente peligro de una conflagración universal amenaza sumergir en una nueva ola de sangre las creaciones más bellas del espíritu humano ¿puede nuestra actitud de colectividades jóvenes e independientes ser la de la pasividad de quien espera que el incendio llegue a su casa para echar sus muebles a la calle? ¿No es en la América nuestra donde la Inteligencia está llamada a edificar la nueva *Domus Aurca* de atormentado espíritu del hombre?

A este respecto está muy bien la creación del *Comité de Cooperación Intelectual* creado por la Liga, y de él, indudablemente, tenemos mucho que esperar. Pero, entre las muchas anomalías de su constitución y modo de funcionamiento que en su corto período de existencia ha dado a conocer, permítasenos observar, a quienes vivimos igualmente alejados de las oligarquías contumaces de Europa y de las mediocres del oficialismo hispano americano, la muy notable de contraer su acción, sus estudios y sus propagandas a reducidísimos sectores de las grandes cuestiones y los grandes problemas de la humanidad contemporánea. Entre otras "cosas", es extraño, en verdad, que una comisión constituida por personalidades como las de Bergson y Einstein, madame Curie y Milliken, la señorita Bonnevie y Mr. Murray, Torres Quevedo y Sir J. C. Bose, De Castro y Leopoldo Lu-

gonas, costraña su atención en lo relativo a los grandes problemas hasta el punto (y no referimos a un caso solamente por la difusión del programa del C. I. C. I. y sus diversas iniciativas no han tenido difusión suficiente para llegar hasta nosotros) de constituirse en oficina de investigaciones periodísticas delegadas a la buena voluntad y a la buena fe de empleados subalternos y — esto es lo más grave — abandonadas al criterio parcial, cuando no estúpido de los “representantes oficiales” de la cultura contemporánea. Hay con conocer la diatriba, ponderada y serena, pero no por eso menos severa y luminosa que ha escrito últimamente Bertrand Russell contra el espíritu de las propagandas oficiales (*Free Thought and Official Propaganda*, B. W. Huebsch New York, 1922) para darse cuenta de lo que esta lamentable desviación significa. Es indudable que los eminentes miembros del Comité de Cooperación no han de cometer la ingenuidad (aunque tratándose de sabios especialistas en investigaciones propicias al candor todo cabe esperarse) de confiar en datos aportados por informaciones de esa especie; pero la modesta interpretación que ha dado de su cometido los sabios designados por la Liga para realizar tan alto fin como es el de la cooperación intelectual es evidente si se atiende a otros procedimientos adoptados. La liga misma estaba en crisis, como ha estado desde que nació, ya por culpa de unos, ya por culpa de otros, cuando se creó el Comité; y la condición de inferioridad efectiva en que la colocaron sus organizadores (que por otros conceptos no podían desconocer su trascendencia), está demostrada por la indigencia de medios que ha padecido. Esto es tan cierto que, según el conocido cronista Corpus Barga, toda la fuerza dialéctica de Bergson no pudo obtener en el presupuesto de la *Sociedad de las Naciones* más que 15.000 francos para el C. I. C. I. Para las disputas todo, para la inteligencia universal... 15.000 francos!! Esta aflictiva situación, elocuente de suyo, trajo por consecuencia algo más grave (a lo que me ha referido en carta a nuestro común amigo y compañero en esta gestión): el gran filósofo no podía resignarse a esa miseria; hizo un llamamiento directo y general “a la generosidad de los Estados”, con el único resultado — (que se sepa) de que el señor Albert, Ministro de Instrucción Pública en Francia ofreciera en nombre de la República Francesa, la crea-

ción de un Instituto de Cooperación Intelectual con sede en París... Aún más — si no nos engañan nuestros datos — al hacer el ofrecimiento el funcionario francés hacía hincapié en la descontada y necesaria preponderancia del elemento francés en la organización del referido Instituto... Con todo esto ¿a qué quedaría reducida la gran obra de cooperación intelectual iniciada a la hora undécima por la Liga?... Razón tenía Einstein al negarse a esa especie de cooperaciones; cedió y he ahí el fruto.

Nosotros, en el morbo de nuestro individualismo anárquico, seguimos tascando malamente los frenos y soportando las falsas riendas y las fustas de los cocheros imperiales del Norte... ¡qué soberbia caballada para los aurigas de Sam!... Ellos inventan la Liga y la abandonan para entregarse al cálculo de los intereses de sus créditos de guerra; para solidaridades, a ellos les basta con la de los caballos uncidos a su carro!... ¡Dóciles aunque briosos!... ¿Hasta cuando?

\*  
\* \*

Maestro querido y venerado: sepa usted por medio de uno de los voceros más modestos de las generaciones nuevas, que no se nos cae el eslabón de entre las manos: tenemos demasiado cerca su ejemplo... ¿Saltará alguna vez la chispa redentora?

Va con esta larga epístola cuya torpeza verbal y cuyas deficiencias de todo orden usted disimulará con su habitual benevolencia, un ejemplar de mi ensayo titulado *El Nuevo Ayacucho* que trata de tópicos no distantes de los que aquí he tocado. Próximamente informaremos a usted, mediante nuestros queridos compañeros de la Habana, de lo que aquí hemos hecho en pro de nuestra iniciativa — que ya puede decirse que marcha — con ocasión de las fiestas del Centenario. Desde luego, podemos adelantarle la buena nueva de contar con la adhesión a la idea de muchos espíritus preclaros. Mientras tanto, reciba usted los más cordiales votos que por su salud y bienestar hace su fervoroso admirador y amigo.

EDWIN ELMORE.

*A esta carta contestó Enrique José Varona en los siguientes términos que merecen ser meditados y recordados:*

*Señor don Edwin Elmore*

*Lima.*

Mi muy estimado amigo:

La alta visión de las necesidades de la América Latina, que me inspira su noble carta de 16 del pasado Diciembre, merece mi adhesión más completa. Es obra digna de Uds., juventud que respira aires de renovación y se dispone a vivir mejor vida de la que nos ha tocado a nosotros. Pues nosotros tuvimos que rozar nuestras tierras, para que manos libres arrojen la simiente. Uds. deben ser dignos, y lo serán, de la época que alborea. Vds. deben ver y apresurar el final derrumbe de esta fábrica de iniquidad donde han vegetado los parias, para que se pavoneen los audaces.

No me toca a mí, hombre todavía del pasado, augurar las futuras construcciones; no me toca, porque no acierto a concebirla en su necesaria totalidad. Toca a los que vienen, a los que apremian, a los que anhelan ser hombres libres en medio de hombres libres. Mientras haya un esclavo en virtud de la organización económica, o de la máquina política, o de la estructura judicial, o de la composición familiar, o de la tupida red de las costumbres, no se habrá realizado la verdadera asociación. Voy a dar una fórmula, y llámenla utópica cuantos quieran: Mientras haya un soldado, no existirá la libertad.

Si es imposible que el ciudadano se desarme, la vida cívica es una ficción monstruosa. He allí el principio de vuestra enorme tarea, fundadores del mañana.

Soy, con la mayor simpatía, su amigo y servidor.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Habana, 9 de Enero, 1925.

## LETRAS ESPAÑOLAS

**Las luchas fratricidas de España.** — Vol. I: El testamento de Carlos II. — Vol. II: La Saboyana. — Vol. III: Austrias y Borbones, por *Alfonso Danvila*. — Editorial Calpe, Madrid.

**E**L Sr. Alfonso Danvila ha vuelto a las letras después de prolongado silencio. Recordamos que hace más o menos cinco lustros tuvo una feliz iniciación como cuentista y que a él le debemos, también, algunas traducciones de los maestros franceses del teatro, en aquel entonces. Después, su carrera diplomática le absorbió por completo; pero su silencio no parece haber sido de renunciación sino más bien voluntario reconcentramiento. De él ha salido un escritor maduro, diestro y enteramente dueño de su pluma.

En el corto intervalo de quince meses, de Enero del 23 a Abril del 24, el Sr. Danvila ha lanzado a la publicidad *El Testamento de Carlos II, La Saboyana y Austrias y Borbones*, tres volúmenes de la serie de diez que proyecta dedicados a pintar los primeros tiempos del reinado del primer Borbón en España, por tan borrascosos, tan atractivos para un escritor.

La literatura novelesca, después de haber sufrido una larga evolución ha vuelto a cierta modalidad muy cercana de su punto de partida, que por largo tiempo tuvieron puesta en desdén de maestros a principiantes. La novela histórica, la nove'a de aventuras, que hicieron las delicias de nuestros abuelos, han vuelto a florecer en este siglo aventurero y dislocado, con una exuberancia pasmosa. De ambas tiene la colección que con el título común de *Las luchas fratricidas de España* publica el Sr. Danvila.

Hay en el maestro Galdós una pauta e influencia demasiado cercana, dentro del género, para que quienes a él vayan se

sustraigan a sus normas y logren guardar su independencia y personalidad. A partir de *La Fontana de oro* que abrió el ciclo en el que había de levantarse el máximo monumento de *Los Episodios Nacionales*, la novela histórica en España tomó un carácter especial y definitivo que la alejó de los modelos de quienes, por ejemplo Fernández y González, la cultivaran tan brillantemente y con tanto éxito, inspirándose sin embargo en Dumas, como Blasco Ibáñez se inspirara en Zola. Pérez Galdós abrió una nueva orientación, en la que, a pesar de ser varios los escritores españoles que hoy hacen novelas históricas, ninguno ha querido entrar, prefiriendo buscar modelos extranjeros, o bien, como Baroja, mantener métodos inconfundibles ya experimentados en otros géneros. Debemos hacer una excepción de Danvila, quien ha entrado en el camino durante tan largo tiempo recorrido por el autor de *Trafalgar* y en el cual sus pasos se detuvieron para siempre.

Decir que un autor escribe de temas que le fueron caros a otro y siguiendo las normas que ese otro autor estableciera en sus obras, no quiere decir que lo imite o se subordine a él en forma reprochable, sino que prefiere esos temas y normas como un arquitecto puede preferir un estilo arquitectónico a otro, según sea el edificio que va a construir. El ideal sería que cada escritor tuviera personalidad suficientemente definida para crear métodos constructivos — ya sistemáticamente o por espontánea extensión de su subconciencia — que se adaptaran a los temas, guardando, sin embargo, el sello inconfundible del creador. Y ese ideal es el que proclaman y han proclamado siempre las nuevas generaciones, con más o menos violencia. Una libre floración de inteligencias reaccionando a su manera ante el mundo... Pero... aunque un deseo semejante nos anima: el de que surjan los genios a porfía, la naturaleza, que no se prodiga con la inconsciencia de los hombres, se encarga de demostrarnos cuán vano y osado, cuán petulante es querer corregirla. El fuerte necesita libertad para expandir su fuerza — toda fuerza crea y toda creación es un acto de libertad —; por eso, lo primero que hace es construirse su libertad si no la tiene. Y en este señuelo caen todos aquellos que no nacieron marcados para las altas empresas.

Desobedecer a los padres es para el que ejecuta ese acto como la primera afirmación de personalidad. Para el escritor que empieza, renegar de sus mayores inmediatos es, también, proclamar su yo. Nunca los movimientos negativos condujeron a ninguna parte. Si ese reniego, esa desobediencia no es positiva, será anuladora. Hay que afirmar siempre; si se es fuerte, la propia creación, que será la verdad; si no se es, aquella que se vea más clara, que será la mejor comprendida.

Esos escritores españoles que ahora escriben novelas históricas y de aventuras renegando del alto modelo inmediato, para afirmar su libertad, crean sin saberlo un estado de disolución que los castra. Buscan modelos que no son ni los de su raza ni los de su sensibilidad. No los aman y lo que debiera ser desposorio se convierte en pasajero concubinato. Sólo una potente fuerza, que ya se hizo su libertad, Baroja, ha podido renegar del maestro en el género porque supo crearse su modelo.

El Sr. Danvila ha seguido dignamente una tradición, que demuestra amar, lo cual ya significa estar dispuesto a mantenerla. No todos pueden hacer otro tanto. Y esa tradición es la netamente castiza, aquella que es imprescindible para el tema de sus obras.

Los que no han querido seguir la pauta de Galdós en sus novelas históricas temiendo, por ello, perder originalidad, no estaban tal vez bastante seguros de sí mismos para arrostrar la prueba. El Sr. Danvila, al arrostrarla victorioso, ha afirmado su personalidad de escritor y su independencia de hombre.

*Las luchas fratricidas de España*, guardando como es innegable que guardan un parecido de tema y técnica con *Los Episodios Nacionales*, de los que hasta pudiera decirse que son una primera parte, por comenzar en la historia antes que aquellos, nos revelan un escritor que por la sensibilidad, por el estilo y hasta por la ideología, se halla no poco distante del autor de *Fortunata y Jacinta*.

Hemos dicho por ahí que cuando se haga un juicio reposado de la obra galdosiana, el primer defecto que se le encontrará ha de ser la falta de imaginación. Galdós retrataba, no pintaba. El Sr. Danvila por el contrario revélase rico de imagi-

nación en los tres volúmenes que nos ocupan, y si algún defecto hemos de señalarle es, precisamente, la languidez en que cae cuando, por tratarse de personajes y sucesos históricos, se vé en la necesidad de emplear su Kodak. Para retratar a tan larga distancia no era bastante la pluma de Galdós ni lo es la del Sr. Danvila. No sabemos si alguien ha dicho que lo más interesante de la historia es la leyenda. Si alguien lo ha dicho lo repetiremos, y si no téngasenos por padre de la criatura. La leyenda de la historia es la imaginación del fotógrafo. Cuando éste se olvida demasiado de la suya por ver con exceso la realidad, las fotografías salen como desvanecidas. Un retrato sin retoques no conforma ni al mismo original. Los retoques son el alma de los fotografiados.

Imaginación y al mismo tiempo sensibilidad, que aquélla sin ésta tórnase fría y pierde una gran parte de su eficacia, el Sr. Danvila las posee y maneja con habilidad. Animar las secas figuras que nos hemos acostumbrado a contemplar no como seres sino como representación de sus acciones, es una empresa difícil y lograrlo capacita.

Dejamos señaladas las primeras cualidades que se advierten en *Las luchas fratricidas de España*: elección feliz de arquitectura, de tema y de época, en una palabra, capacidad constructiva; imaginación, sensibilidad, capacidad creadora. Debemos añadir que el instrumento lenguaje muéstrase rico en matices, exacto en la expresión, animado y colorido.

*El testamento de Carlos II*, volumen primero de la serie, se abre en vísperas de la muerte del último Austria. El hosco carácter castellano, en el que halló fértil terreno de expansión la sequedad tedesca, había dado de sí cuanto podía, y érale necesario encontrar un reactivo que lo remozara, a punto para facultarlo de nuevo a las altas empresas que le eran familiares. Ese problema lo vió Portocarrero, y las luchas en torno a él suscitadas forman el cañamazo, sobre el cual Danvila desarrolla el bordado de una intriga de amor, mediante la cual caracteriza sus personajes imaginativos. Los históricos nos los ofrece con sendos retratos — muchos de ellos felizmente acertados — y una interpretación personal de sus actos, tras la cual se adivina

la previa y paciente labor de benedictino, realizada en archivos y bibliotecas.

Madrid, que siempre fué el lugar donde se ventilaron y decidieron las más arduas cuestiones del imperio español, sirve de escenario a *El testamento de Carlos II*. Del Madrid de aquella época hállanse en este libro exactos y variados cuadros. Sin insistir demasiado, con ligeros toques, ofrécense al lector, quien fácilmente adquiere una noción cumplida del ambiente en que se mueven los héroes de la fábula y de la historia.

La presentación de Carlos II en el Sotillo, la tertulia de la Jusepa, la corrida de toros, son otras tantas muestras. El resto de la obra, medido, ajustado, por las ideas, el lenguaje de los personajes y los episodios a que les lleva el autor, a aquellos destemplados albores del siglo XVIII, dando todo la impresión de que no ha pasado el tiempo y estamos contemplando lo descrito.

*La Saboyana*, segundo volumen de la serie, es presentado en forma de memorias de una dama francesa, sin duda para darle al libro una libertad de lenguaje y de opinión más amplia que la de directa creación. Danvila nos lleva al Principado y asistimos a las bodas del ya rey de España Felipe V, a su instalación en Barcelona y por último a la vida de la corte en Madrid, bajo la mirada vigilante de la niña *Saboyana* y su privada la de *Ursinos*. Asistimos en *La Saboyana* a la conquista y mezcla palatina del espíritu español con el espíritu europeo, que representa Francia, el nieto de Luis XIV y la Corte francesa de Felipe V.

No tiene el tomo segundo de *Las luchas fratricidas de España* todo el movimiento y plasticidad del anterior. La forma elegida tal vez sea la causa. Deslizase con extrema lentitud la acción y piérdese demasiado tiempo en descripciones secundarias, no siempre acabadas ni felices. Levántanse más los entretelones de los acontecimientos históricos; dedícanse páginas y páginas a documentar, pudiéramos decirlo.

*La Saboyana* es más bien un libro de opiniones diestramente presentadas. *On y voit beaucoup les ficelles*, sin embargo. El Sr. Danvila, por boca de Ade'aida de Crevecœur, juzga

los catalanes con acritud y acertadamente. Es tal vez lo más viviente que tiene el libro.

Firme en su tarea de ir por todos los ámbitos de España con su intriga como pretexto para ir descubriendo el espíritu de las ciudades próceres de entonces, el Sr. Danvila nos lleva, después de haber pasado por Madrid, Barcelona y de nuevo Madrid, a la imperial Toledo, donde se desarrolla casi toda la acción de *Austrias y Borbones*.

Cobra de nuevo este tercer volumen la animación y colorido del primero, sin por eso perder en su interés histórico, sino por el contrario, aumentándolo, toda vez que él nos llega indirectamente, a través de los cuadros que pinta el novelista y no por el camino del código transcripto o el documento desempolvado a ojo del lector.

Madrid, Toledo, Barcelona y Sevilla fueron largo tiempo las ciudades de España que hacían la historia. Si en la pintura de los catalanes fué feliz el Sr. Danvila, no tuvo igual suerte al hacerlo con Barcelona. En cambio, de Toledo y los toledanos, de ese Toledo que siempre atrajo a cuantos escritores lo conocieron, ha dejado cuadros acabadísimos en *Austrias y Borbones* el Sr. Danvila.

Desde que se abre el libro con la pintura de la famosa casa de conversación de Luquillas Durango, telón que se descorre, se suceden una tras otra las páginas cálidas y vivientes.

Doña Leonisa de Ornano, — que simboliza al agua fuerte la castellana rancia y tesonera, el viejo espíritu de la raza doblado con la fría ceremonia del austriaco, — personaje que hemos visto aparecer en *La Saboyana*, donde sufre el primer choque y contacto con el *aire de afuera* — la Condesa de Crevecoeur — cómo Genaro de Pereda, síntesis de la caballería española y de la tradición lo ha sufrido en sus viajes y estudios extranjeros, doña Leonisa, decimos, tiene un nuevo encuentro en Toledo con otra mujer de afuera, la nieta de Mazarino y amante de Luis XIV, María Mancini, durante el cual el señor Danvila ha desplegado todo su talento de novelista diestro y hecho, para pintar maravillosamente las antítesis de caracteres y de razas, de creencias y costumbres, el choque violento de europeos y españoles, del cual estaba saliendo una nueva vida para

estos últimos. Nueva vida que el título del volumen X, *Aún hay Pirineos*, predice quedó sin florecimiento.

Toledo, religiosa y ascética, militar y guerrera, debía ser la ciudad para esta escena.

Ella sola vale el libro, aunque repetimos, el libro tiene por todo el resto mérito propio y suficiente.

No vamos a detenernos más en el análisis de cada uno de los hechos y personajes que desfilan ante nosotros en *Las luchas fratricidas de España*, porque el tiempo y el espacio nos escasean y porque todavía nos queda oportunidad de volver a ello, cuando aparezcan los nuevos volúmenes de la serie.

Procuraremos sintetizar. Y en síntesis diremos que el mayor elogio a una novela histórica es declarar como se la leyó sin descanso, acuciado a cada página nuestro interés.

Y así fué con los tres primeros volúmenes de *Las luchas fratricidas de España*.

E. SUÁREZ CALIMANO.

## BIBLIOGRAFÍA

### HISTORIA

**Historias del Tiempo Clásico**, por *Carlos Ibaguren*. — Cooperativa Editorial "Buenos Aires". 1924.

El doctor Carlos Ibaguren, cuya cultura clásica es bien conocida y que ha exteriorizado en varia forma y con eruditas conferencias pronunciadas en nuestros mayores centros culturales, ha reunido en un elegante volumen impreso por la Cooperativa Editorial "Buenos Aires", una serie de estudios histórico-jurídicos interesantísimos para la mejor comprensión de determinadas épocas de la historia de Roma, agrupándolos bajo el título de *Historias del Tiempo Clásico*. Aunque ya publicado otra vez, hace varios años, el estudio con que el libro comienza, *Una proscripción bajo la dictadura de Sylla*, hemos vuelto a leerlo con renovado interés.

El autor, sirviéndose de la primera arenga de Cicerón (Pro Sexto Roscio Amerino) e interpretando en todos sus detalles aquella magistral oración, con espíritu sutil de inteligentísimo observador, ha sabido reconstruir, en forma admirable, uno de los periodos político-sociales más turbulentos de la Roma antigua.

El primer tirano de Roma no es un personaje fácilmente abordable, ni se puede esbozar sin grande esfuerzo y mucha erudición, una figura teatral de la historia del mundo como es la de Sylla y cuál nos la presenta Plutarco en su despiadada descripción.

El doctor Ibaguren, guiado siempre por la sutileza de su ingenio e ilustrando constantemente la afamada arenga ciceroniana, nos da un estudio acabado del ambiente romano de aquella triste época y nos presenta al tirano Sylla, así como era, feroz con los enemigos y complaciente con los adictos hasta permitirles el asesinato más vulgar para apoderarse de los bienes ajenos.

El episodio que trata y estudia el Dr. Ibaguren no es propiamente la historia del período Syllano, pero sí seguramente el más interesante de aquel período. Interesante en cuanto hace conocer a un orador ilustre, hasta entonces desconocido, al joven Marcos Tulio Cicerón, quien, más tarde, debería llenar el mundo romano con su nombre por otras oraciones que pronunciaría en contra de otros dos personajes Syllanos: Lucio Catilina y el Pretor Verres; e interesante porque desde ese momento principia la decadencia de Sylla, quien al poco tiempo acabaría sus días en los alrededores de Cumas, en medio de los placeres y las orgías sólo acompañado por tres ministros bufones: Rescio, Sorix y Mefrobio.

Un solo hombre se salvó de tanta destrucción y fué Julio César, debido a la intervención de una favorita del tirano, quien lo hizo de mala gana profetizando muchos Marics en el hombre a quien perdonaba la vida.

Obra completa habría hecho el Dr. Ibaguren si al tratar el proceso contra Sexto Rescio hubiera hecho resaltar el doble objeto que, a mi

juicio, se propuso Cicerón al iniciarse en la elocuencia forense: *el orador no desea solamente hacer triunfar su causa, por muy palpitante que sea su actualidad; aspira a la vez a hacer una hermosa oración que sugiera a los jueces y al público: en una palabra, el orador prepara su porvenir y abre la senda gloriosa por donde ha de correr triunfante su nombre.*

Cicerón es el abogado defensor del inocente Sexto Roscio y es el fustigador inexorable del tirano Sylla, es el valiente sostenedor de las libertades patrias, pero también es *Cicero pro domo sua*.

Mucho más podriase decir sobre este magnífico estudio del doctor Ibarguren, pero me saldría de los términos concedidos a una nota bibliográfica.

Cuatro estudios más completan el interesante libro: *La Aristocracia del Imperio Romano y los primeros cristianos; Una lección de Séneca; La Justicia de Fanio; y Una huelga marítima bajo el reinado de Septimio Severo.*

En el estudio *La Aristocracia del Imperio Romano y los primeros cristianos*, el autor estudia la sociedad de la época neroniana y pone de manifiesto cómo ésta, entregada únicamente a las fiestas y a las trivialidades, no advierte la formidable revolución espiritual y social que paulatinamente se viene elaborando, pues en el cristianismo primitivo estaba bien acentuado el concepto de sublevación en contra del poder romano. Hace resaltar la decisiva influencia de las mujeres mundanas en la vida social de entonces y demuestra cuan importante fué el papel desempeñado por la escuela estoica al conquistar el alma de la sociedad romana "que encontró en las virtudes de esa moral, si no la paz que trae una suicidio reflexivamente resuelto, de los sufrimientos de la vida. El estoicismo les enseñó a morir".

Naturalmente, al hablar de los filósofos estoicos, el autor ha debido ocuparse del más ilustre de ellos, Séneca, quien filosofando aprendió a morir. Séneca, con ser el filósofo del gran mundo y el director espiritual de los jóvenes y damas aristocráticas de su tiempo, resulta el personaje más importante de este estudio. El doctor Ibarguren, en un capítulo aparte, trata con seguridad y gran erudición la misión apostólica de Pablo en Roma y nos demuestra la eficacia de la misma hasta en el Palacio Aureo de Nerón, con la conversión de la concubina Actea.

Interesantísimos los otros tres estudios que siguen y especialmente el último en el que se estudian las asociaciones gremiales en el Imperio Romano.

En todo el libro del doctor Ibarguren la claridad y la armonía constituyen el secreto de su belleza y el trabajo nos aparece fruto de seria preparación y de profundo conocimiento del mundo romano antiguo.

R. J. BRUNO.

## FILOLOGIA

**Lengua, Enseñanza y Literatura**, por *Américo Castro*, Madrid, Victoriano Suárez, editor, 1924.

EN este volumen de la *Biblioteca española de divulgación científica*, el distinguido catedrático de la Universidad de Madrid reúne varios interesantes trabajos suyos, dispersos hasta ahora en diversas publicaciones peninsulares.

En esos trabajos, la seriedad y abundancia de la documentación adu-

cida, la agudeza de algunos análisis y la elegante sencillez del estilo eminentemente didáctico, son las cualidades que con más fuerza reclaman la atención del lector reflexivo. Salvo el noble artículo polémico consagrado al estudio y crítica de la organización actual de las Facultades de Letras en España, los restantes — agrupados bajo la triple denominación de *esbozos* filológicos, pedagógicos y de historia literaria — sobrepasan el límite de lo puramente local y pueden, en muchos de sus puntos, tener provechosa aplicación a los problemas que entre nosotros plantea la enseñanza de la lengua y literatura madres.

En el capítulo inicial de su primer esbozo, traza el señor Castro un cuadro de conjunto de la evolución de la lengua española, en el que sin excluir el oportuno comentario personal compendia los resultados obtenidos hasta el presente en ese campo de la lingüística romance; y en el segundo capítulo, que intitula *Dialectos españoles*, aborda el estudio de las condiciones políticas, administrativas y sociales que, una vez producida en España la fragmentación del latín vulgar en dialectos diversos, determinaron que uno de estos dialectos, el castellano, alcanzase la supremacía literaria y llegase a convertirse, andando el tiempo, en el español por antonomasia.

Viene luego, siguiendo el orden de las páginas, un ensayo sobre el habla andaluza, donde el señor Castro desarrolla nuevos puntos de vista y proporciona al curioso de estas materias multitud de valiosas observaciones personales. El número de consideraciones de carácter étnico e histórico con que se ayuda para hacer resaltar las modalidades propias del léxico popular andaluz, logra que su trabajo, rebasando el límite indicado en el título, se nos aparezca como un ensayo integral sobre el "andalucismo" o, por lo menos, como uno de esos estudios de psicología regional, de cuya falta en España se duele el autor, y sin los cuales — según apunta acertadamente — resulta difícil razonar sobre el habla de las provincias meridionales, tan íntimamente relacionada con la psicología y la historia del país. Tocante a cuestiones andaluzas, la bibliografía, la buena bibliografía se entiende, es harto pobre; esto agrega un mérito más al estudio del señor Castro, cuya utilidad para nosotros es tanto mayor, cuanto que los trabajos pertinentes de Schuchardt y de Wulff nos son, por su extremada rareza en el mercado libresco, punto menos que inaccesibles.

En el esbozo titulado *Los galicismos*, al tratar la influencia ejercida por la lengua francesa sobre la española, considera el señor Castro que existen dos maneras de encarar el asunto. "Podemos tomar la actitud histórica, y analizar cómo ha sido posible que se realice tan continua ingerencia del vocabulario francés entre nosotros, en qué forma se ha cumplido y cuáles han sido sus resultados. Otro punto de vista es el de los escritores críticos inspirado más bien en la pedagogía social y literaria". "Creo, sin embargo, — agrega — que ambos criterios son indisolubles, y, particularmente, que la segunda actitud carece de virtualidad, si no se apoya un tanto en la primera; de otra suerte, nos exponemos a encontrarnos siempre en la enojosa situación del que se lamenta, en lugar de colocarnos en la más cómoda y razonable del que prevé y sabe evitar". Consecuente con este aserto, antes de fulminar, como es costumbre, todo giro o palabra venidos del francés, esboza, con gran copia de datos, la historia ocho veces secular de aquella ingerencia. Piensa, por lo pronto, que el hecho de que un idioma deje traslucir puntos de contacto con otro extranjero tiene en sí muy poca importancia y no da motivo suficiente para que los gramáticos pongan el grito en el cielo: "eso indica tan sólo que en uno o varios puntos la sensibilidad del país está impresionada por lo que acontece fuera de sus fronteras, en cualquier orden

de la actividad humana. La prueba de ello es que, en las supremas manifestaciones de la lengua — en la excelente literatura—, el extranjerismo es uno de los tantos elementos de que puede disponer el escritor, para fundirlo dentro de la originalidad de su arte. Obras maestras de nuestra literatura están impregnadas de galicismos o de italianismos; en cambio, hay obras de marcado sabor tradicional que pueden, a veces, no merecer nuestra atención". Por lo demás, el empleo de voces extranjeras no siempre supone superioridad de un país sobre otro; antes bien suele ser un reflejo del carácter internacional de la vida moderna. Los préstamos lingüísticos, la expresión es del señor Castro, son compatibles con una refinada cultura.

Es claro, sin embargo, que hay galicismos en extremo condenables; son aquellos cuyo empleo no está justificado por el deseo de lograr una mayor precisión técnica o por el de agregar un matiz nuevo, antes no conocido en nuestra lengua. El señor Castro los califica de *frivolos*, y distingue los de léxico de los de construcción; estos últimos, por atacar la parte más delicada del idioma, la sintáxis, son los más temibles. Cree el docto profesor español que en la Península el galicismo obedece a la concurrencia de causas complejas que pueden, con todo, reducirse a dos: la insuficiencia en España de muchos productos de cultura y el bajo nivel de la enseñanza de la lengua nacional. El remedio, esto es, el desarraigo de los galicismos frívolos que motean nuestro romance, está, antes que en otra cosa, en la dignificación de esa enseñanza. En cuanto a los otros, su presencia casi es descable.

La segunda parte de este hermoso ensayo se emplea por entero en el estudio del galicismo desde la Edad Media a nuestros días. A través de una rica y segura información, el lector se hace cargo de cómo aquel entra casi siempre a España a la sombra de un movimiento cultural más o menos intenso venido de allende los Pirineos. Así ocurrió en la Edad Media en los dos momentos de influjo máximo: primero cuando la peregrinación por el camino de Francia, *via francigena*, de toda suerte de viandantes devotos del Apóstol Santiago y más tarde cuando el arribo de los monjes cluniacenses; así ocurrió luego en la Edad Moderna, especialmente en el siglo XVIII, y así ocurre ahora en los tiempos contemporáneos. Esta manera histórico-crítica de encarar el problema del galicismo, esta falta de explosiones patrioterías y de recelos académicos, hace que, no obstante lo manoseado del tema, todo o casi todo lo dicho por el señor Castro resulte nuevo y merezca reflexión. En este caso, la reflexión nos servirá también a nosotros los de Buenos Aires donde, claro indicio de que el asunto interesa, no hay gramático que no tenga escrito o vociferado sobre el punto la mar y sus orillas. Mucho se ha escrito, es cierto, pero por suerte inútilmente. Desprovistos de una cultura lingüística general, nuestros gramáticos, a semejanza de algunos que todavía vegetan en España, en lugar de explicarnos históricamente ese fenómeno tan pleno de sugerencias aprovechables, ha preferido condenarlo de antemano; y, casi sin conocerlo, lo han anatematizado en nombre del quimérico purismo de quienes a esta altura del siglo siguen jurando sobre el diccionario de Baralt y tienen por santo de todas sus devociones gramaticales al gótico padre Mir.

A continuación y con el título de *Lingüistas del pasado y del presente*, léese una semblanza de Antonio de Nebrija y otra de Hugo Schuchardt. La primera, más que un retrato y una biografía, es el diseño preciso de todo un momento de la ciencia española. El artículo sobre *La crítica filológica de los textos*, que las sigue, lo escribió el señor Castro con el loable propósito de dar a conocer a un público de no especializados en filología como se procede en una técnica que es frecuente

ignorar o despreciar. Es muy corriente, en efecto, el tener la edición de un texto literario por empresa de poco valor, susceptible de ser llevada a buen término a fuerza de paciencia. "Entre nosotros, es todavía costumbre poner en enojosa promiscuidad al filólogo, al crítico literario, al dómne gramático, al profesor de idicmas y al erudito tocado del polvo, llamado venerable, de los archivos. De hecho, todos ellos pueden hacer y hacen ediciones de nuestra vieja literatura, y el gran público está privado de medios para discernir dónde se encierra la mayor competencia". Confusión tan lamentable nace del desconocimiento en que suelen estar muchas personas que se precian de cultas de qué cosa sea la filología, y de como la publicación de un texto antiguo exige del editor científico que la emprende una larga y previa elaboración técnica. "Esta no consiste, como se cree vulgarmente, en saber raras lenguas o en "ocuparse de palabras". La filología es una ciencia esencialmente histórica; su problema consiste en prestar el mayor sentido que sea dable a los monumentos escritos, reconstruyéndolos los estados de civilización que yacen inertes en las páginas de los textos". — "Considerada de esa suerte, la filología invade la historia de la civilización en cuanto ésta se refleje especialmente en el lenguaje; pero esa amplitud, que convierte en infinito el problema de la filología, como el de todas las ciencias, halla una limitación y una prenda de exactitud en el estudio concreto del lenguaje, que le sirve de punto de partida. Representando, pues, los textos el único material sobre el que podemos aplicar nuestros supuestos científicos para reconstruir una parte del pasado, es evidente que no puede entregarse su tratamiento a la incuria o al diletantismo".

En este trabajo, a pesar de la declaración del autor, no todo es para los no especializados en filología. Muchos de los consejos que lo ilustran serán utilizados por el reducido grupo de personas que entre nosotros comienza a darse al estudio directo de antiguas obras literarias, y en el que los discípulos argentinos del señor Castro están en manifiesta mayoría; pues fué él, precisamente, quien en 1923 trajo a Buenos Aires los métodos de la nueva ciencia y quien les aseguró, con la fundación del Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras, una aplicación tan inmediata como efectiva.

El ya citado artículo sobre las Facultades de Letras, una nota adicional a éste y un estudio acerca de la enseñanza de la lengua y literatura españolas integran, a continuación, los *esbozos* pedagógicos. El último de los nombrados reúne algunas sugerencias prácticas que, a buen seguro, nuestros profesores de segunda enseñanza podrían recoger con estimable provecho.

En el *Romance de la mujer que fué a la guerra* el señor Castro compara las versiones regionales de ese romance, una de las cuales versiones — muy superior a la asturiana que trae Menéndez Pelayo en el tomo X de su *Antología* — la recogió él mismo de boca de los rústicos aldeanos de Zamora. Largo sería encarecer aquí el mérito de su estudio; a tal intento, apenas si bastará recordar que el Romancero, donde abundan las mujeres fuertes del tipo de Melisenda, Bianca-Flor o Doña Guiomar, pocos retratos femeninos son tan interesantes como el de la hembra esforzada que vistiendo ropas de hombre v se a la guerra, pasa siete años entre rudos soldados y logra, a pesar de todo, volver dancella a su pueblo:

—Puente, puente, puentequito, puente de nuestro lugar,  
una vez te pasé virgen y otra te volví a pasar.

Por fin, bello remate de tanta reflexión discreta y de tanto juicio profundo, cierra el volumen que vamos reseñando una original monografía intitulada *Algunos aspectos del siglo XVIII español*. Que ése fué un

siglo sin gloria, sin ulteriores proyecciones históricas y falto de originalidad por lo afrancesado, es idea difundida entre los que se ocupan de letras; lo escriben los críticos, lo estampan los manuales de literatura y lo repiten los maestros. A estar con unos y otros, habríamos de afirmar que la imitación transpirenaica, con las unidades dramáticas a la cabeza, viene en ese siglo a cortar bruscamente la tradición gloriosa de los anteriores. Contra este superficial punto de vista, del que participó el mismo Menéndez Pelayo, reacciona Don Américo Castro. Su estudio, que él subtítulo "introducción metódica", proporciona un nuevo punto de mira desde el cual — cosa que no acontece en la *Historia de los Heterodoxos* del crítico santanderino — la visión del siglo de Feijóo se nos torna más clara, y, por ende, más luminosa.—ANGEL J. BATTISTESSA.

### Nuestro Preceptismo literario, por Arturo Costa Alvarez.

EL señor Costa Alvarez ha reunido en este folleto de cerca de 100 páginas en cuarto, — lo cual representa casi un libro de tamaño corriente, — las conferencias que pronunció en el Ateneo Hispano-Americano durante el último invierno, y que publicó más tarde en *Humanidades*.

Aún cuando de ambas maneras el trabajo del señor Costa Alvarez haya logrado amplia divulgación, no está de más que se haya decidido a publicarlo en folleto dada la índole del tema.

La literatura patria, a la que también desgraciadamente ha invadido la fiebre del oro endémica entre nosotros, busca, no los temas que deban engrandecerla, sino aquellos que halaguen el momentáneo gusto del grueso público.

Un pseudo nacionalismo de pandereta está en boga; el calchaquí llena todos los bazares de Florida; pues traigamos a las letras toda la quincalla de raza y costumbres, y sentimientos, que no son, ni pueden ser, ni convendría bajo ningún punto de vista que fuesen los nuestros, los de un pueblo que está llamado a más altos y grandes destinos, precisamente por su virtud de crisol de razas.

El señor Costa Alvarez, con su probada erudición y castizo estilo, historia los movimientos similares que han precedido al actual en nuestra historia literaria, hasta llegar a éste, y pone de manifiesto el endeble y equivocado andamiaje en que se levantaron, para terminar exponiendo cuál es el camino que debe seguirse.

Tanto en la exposición como en el resultado a que llega el señor Costa Alvarez estamos completamente de acuerdo con él.

No son estas ciertas líneas, noticia más que comentario, a que el tiempo y el espacio nos obliga, bastantes a elogiar *Nuestro preceptismo literario* y recomendar su lectura y meditación, principalmente a quienes se hallan tocados de ese mal de pseudo-nacionalismo literario.

El escritor para llenar su función en la sociedad, debe ahondar en el alma de ésta en busca hasta de la más aérea raíz. Y cuando las haya descubierto todas y como un baño lustral lo haya ungido el espíritu de su pueblo y de su raza, entonces que diga lo que tenga que decir. Así hará patria, nacionalismo, así hará civilización, que es, por encima de todo, a lo que deben dirigirse los esfuerzos de todos los hombres que escriben.

E. S. C.

## LIBROS VARIOS

Con el alma, reflexiones, por *Faustino Brughetti*.

LA perpétua contemplación de las cosas y los seres en que se mantienen los pintores, para sorprender en el color o en el espíritu el rasgo con que han de poder revelarlos, llévalos generalmente, después de cierto tiempo, a concretar en el libro esa especie de diálogo monologado que viene a ser la reacción del ser contemplador ante lo contemplado.

No siendo su arte un medio de comunicación tan expedito y accesible, como la palabra escrita, acuden a ésta.

Aún los músicos, artistas que tienen la facilidad de disponer del lenguaje universal, para su arte, llevados frente al mismo problema, siempre han acudido al libro para sintetizar su pensamiento.

Cuando el pintor o el músico son a la vez filósofos, tal Leonardo o Wagner, sus libros son biblias para sus corifeos y lucen a tanta altura, como la *Cena* o *Parsifal*.

No aspira el Sr. Brughetti, paisajista de finísima sensibilidad y excelente técnica, a tan altos destinos con este su libro, escrito al margen de la paleta. El profundo espíritu religioso que lo anima, llénale de humildad y recogimiento. Por una y otro su obra es modesta y sus pensamientos no tienen más que un fin: el Bien.

El Bien es, así mismo, para muchos espíritus, la Belleza, la Verdad, la Justicia, dentro del terreno metafísico. Para el Sr. Brughetti también.

Su libro, a veces algo simple, siempre sencillo y lleno de las reflexiones que a diario formula todo espíritu noble animado de igual pasión bienhechora, reúne en diversos apartados, normas de comportamiento espiritual, provechosas lecciones de técnica pictórica, apreciaciones estéticas, y algunas páginas combativas.

Una influencia manifiesta se deja sentir en toda la obra del Sr. Brughetti: la de Almafuerte. Este, que fuera íntimo del autor de *Con el alma*, ha dejado una profunda huella en el espíritu de su amigo; pero es indudable que no se trata de la influencia que puede ejercer una poderosa personalidad en los que le rodeen, sino de la que despierta una comunidad estrecha y ferviente en las mismas ideas.

El Sr. Brughetti dedica su libro a la juventud estudiosa con estas palabras: "... y en la esperanza de que sea como un ejemplo a los jóvenes para vencer sus propias pasiones y debilidades y penetrar en el mundo universal de los seres y de las cosas".

Esta dedicatoria define y subraya el ligero esbozo que acabamos de hacer del libro del Sr. Brughetti. — E. S. C.

**Iglesias de México, Vol. II, La Catedral de México.** — Texto de *Manuel Toussaint*, fotografías de *Kahlo*. — Publicaciones de la Secretaría de Hacienda, México. 1924.

LA catedral de México es uno de los monumentos en que más se concreta el esplendor del arte colonial y en donde tres siglos, casi, han ido dejando algo de su espíritu. Barrocos, churriguerescos y neoclásicos, pusieron en ella sus manos, guardando siempre, sin embargo, la unidad de conjunto que legara su primer arquitecto al concebirla.

La Secretaría de Hacienda de la República Mexicana, continuando la serie inaugurada tan felizmente con el volumen consagrado a las cú-

pulas de las iglesias de aquel país, del cual nos ocupamos en números anteriores, ha lanzado este segundo volumen consagrado a historiar el procer monumento, a base de noticias documentales que se complementan con una buena parte de material gráfico.

La presentación de la obra, que sigue haciendo honor a la imprenta mejicana, el método empleado por el Sr. Toussaint para hacer accesible a los profanos el íntimo conocimiento de la historia de la catedral sin mengua del estudio técnico indispensable, y el copioso y perfecto suplemento fotográfico, contribuyen a hacer de este volumen un libro lleno de interés, curioso y de gran valor para seguir en él las orientaciones diversas que tuvo el espíritu artístico de la Colonia.

Esta serie de publicaciones si se mantiene en el tren de discreta medida que lleva hasta hoy, tendrá forzosamente que merecer los aplausos de cuantos nos interesamos por la cultura de Hispano-América. —

E. S. C.

### Libros recibidos en el mes de Febrero

- Los por qué de un neurasténico*, por Sylla Monsegur. — Casa Impresora Guillermo Kraft. — Buenos Aires, 1925.
- El crimen de las máscaras*, por Manuel Ugarte. — Editorial Sempere. — Valencia (España), 1925.
- Foi Eça de Queiros un plagiador?*, por Claudio Basto. — Edição de Maranus. — Porto, 1924.
- Frutal*, por María Carmen Izcua de Muñoz. — Editorial Marinada. — Madrid, 1924.
- Erranzas*. — *Por tierras australes*, por Gerardo Gallegos. — Guayaquil (Ecuador). — Año 1924.
- Suave austero*, por Elysis de Carvalho. — Río de Janeiro (Brasil). — Año 1925.
- Pascase, la fille au singe et les trois compagnons mystère*, por Nicolás Beauduin. — Editions de la "Vie des Lettres". — Paris-Neuilly.
- *Garçon!*..., por Ivan Chmelov. Traduit du russe par Henri Mongault. — Editions Bessard, 43, Rue Madame. — Paris, 1925.
- Leyenda de Cristo*, por Selma Lagerlof, traducción de Rodolfo J. Slaby. — Editorial Cervantes. — Barcelona, 1925.
- Pascua! Ivanovitch y Flores de hastio* obras de Pierre Loti, de la Academia Francesa. — Traducción de la XLII edición francesa de Vicente Díez de Tejada. — Editorial Cervantes. — Barcelona, 1925.

### Folleto, Anales y Memorias recibidos en el mes de Febrero

- Centenario de Ayacucho*. Actos conmemorativos realizados el día 9 de Diciembre 1924 en el Museo Colonial e Histórico de la Provincia de Buenos Aires. — Luján. — Buenos Aires, 1925.
- Discurso de recepción del Dr. Manuel Díaz Rodríguez* como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, el 6 de Diciembre de 1924. Tip. Americana. — Caracas (Venezuela).
- Destrucción de la langosta "Tucura"*. Ministerio de Agricultura de la Nación, Dirección General de Agricultura y Defensa Agrícola. — Buenos Aires, 1925.
- La lengua española*, por R. Menéndez Pidal. — Concepto de la pronunciación correcta; por T. Navarro Tomás. El español de América y el latín vulgar, por M. L. Wágner Tomo I, cuaderno 1.º. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. — Año 1924.

- Venta directa de cereales.* Los Agricultores deben defenderse mediante la cooperación. Ministerio de Agricultura de la Nación. Sección propaganda e informes. — Buenos Aires, 1925.
- El partido de la juventud* (historia de un esfuerzo en pro de los nuevos ideales), por Guillermo Patterson, Jr. — Panamá, 1925.
- El nuevo Ayacucho*, por Edwin Elmore. — Lima, 1924.
- Memoria de la Biblioteca Obrera* del XXVII ejercicio correspondiente al año de 1924. Buenos Aires.
- El amor en "La vida es sueño"*, por Ricardo Monner Sans. — Buenos Aires, 1924.
- Bibliografía de Enrique Piñeyro.* Con una introducción, notas y un complemento por Domingo Figarola - Caneda, académico de número. — Academia de la Historia. — La Habana, 1924.
- Centón epistolario de Domingo del Monte.* con un Prefacio, Anotaciones y una Tabla Alfabética, por Domingo Figarola - Caneda. Tomo II, 1833-1835. Academia de la Historia. — La Habana. — Año, 1924.
- Apuntes sobre democracia*, por Jorge Calzada Bolandi. (San José de Costa Rica), 1925.

## ECOS Y NOTICIAS

**-N**UESTRO colaborador y amigo Ernesto Laclau ha dado, con éxito, en la Sorbona de París, tres interesantes conferencias sobre los siguientes temas: *Manuel Gálvez y la novela argentina*; *Las artes plásticas en la Argentina* y *El movimiento literario argentino*.

**-A**CABA de fundarse en París una nueva casa editora, *Excelsior*, que se propone hacer conocer las obras maestras de la literatura hispanoamericana. Son sus directores el poeta Armando Godoy, el conocido escritor Ventura García Calderón y M. Vuillermoz. Hemos recibido el primer tomo publicado, *Bolívar et la démocratie*, de Marius André. *Excelsior* prepara la próxima publicación de las obras completas del gran cubano José Martí.

**-E**L Instituto Histórico del Perú ha nombrado miembros honorarios a los historiadores argentinos Roberto Levillier y Martiniano Leguizamón; a los venezolanos Pedro M. Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz; a los colombianos Antonio José de Uribe y Fabio Lozano T.; a los ecuatorianos Jacinto Jijón Caamaño y Cristóbal de Gangotena Jijón; a los uruguayos Eugenio Garzón y Hugo D. Barbagelata; a los bolivianos Franz Tamayo y Alcides Arguedas; a los mexicanos Manuel Romero de Terreros y Rafael Heliodoro Valle y al norteamericano Marshall Saville.

En la ceremonia de incorporación de los miembros honorarios habla ron el Presidente del Instituto señor Gutiérrez de Quintanilla, el doctor Luis Varela Orbegoso saludó a los nuevos académicos en nombre del Instituto, y Roberto Levillier, en nombre de éstos, pronunció un aplaudidísimo discurso de recepción.

**-T**HIERRY Sandre, último premio Goncourt, con su novela *Le Chèvrefeuille*, nos dá una muestra de lo que significa hoy en Francia, como en cualquier otro sitio, un premio literario, aunque éste sea discernido por la Academia Goncourt. Esa muestra es la lista de sus obras en trance de próxima publicación. Héla aquí: *Monsieur Jules*, novela; *Les épigrammes de Rufin*, traducidos del griego; *L'histoire merveilleuse de Robert le Diable*, leyenda célebre puesta al día; *Le Roman de Daphnis et Chloé*, nueva traducción adornada con grabados en madera de Lucien Jacques; *Apología de los nuevos ricos*, reedición de una sátira aparecida sin nombre de autor; *L'Églantine*, novela; *L'Algérienne*, novela. En preparación: *Une vie légendaire de Tristán Franconi* y un folleto conteniendo las "injurias" pronunciadas por los señores críticos a propósito del laureado del Goncourt de 1924, que aparecerá con este título: *La critique du Chèvrefeuille, ou les joies du prix Goncourt*.

**-E**NTRÉ las obras inéditas de José de Maistre, que guardan hoy sus herederos, ha sido hallada y estudiada por el Sr. Emilio Dermengher una memoria dirigida al duque de Brunswick con motivo del Convenio Masónico de Wilhelmshad (1782). José de Maistre expone en él todo un plan de reforma de la masonería así como sus ideas sobre el origen de las sociedades secretas y los fines políticos y religiosos que según él deberían tener. Es curioso este hallazgo que muestra la influencia de las

ideas teosóficas y de la época en el gran escritor católico, cuya ortodoxia de pensamiento ha sido siempre incontestable.

**-L**E *Journal littéraire* ha abierto una encuesta en sus columnas, que titula *La literatura francesa juzgada por los grandes escritores extranjeros*. En uno de los últimos números figura la opinión de Carlos Sternheim, quien con otros escritores alemanes ha promovido el movimiento *expresionista*, cuyo aporte más característico consiste en el remozamiento del idioma y la simplificación del estilo llevada hasta la elipse. Principia el Sr. Sternheim declarándose influenciado por Flaubert y Stendahl. El cuidado de la expresión exacta en el primero y la simplicidad y rapidez de la frase en el segundo, sirvieron para despertar en él la idea de reaccionar en su país contra los largos períodos, y ensayar la reacción de una nueva forma clásica. Declara conocer muy poco la literatura francesa contemporánea y dice que entre el gran público alemán no se puede hablar de una influencia literaria francesa. Son Dostoiewsky, los escandinavos y el Oriente, lo que atrae a la multitud. La *élite*, sin embargo, hállase profundamente impregnada del pensamiento francés y trata de reaccionar contra ese movimiento que viene del Norte y del Este. Carlos Sternheim es antes que nada dramaturgo y después novelista. Prepara un drama del cual será protagonista Oscar Wilde, y siguiendo una inveterada costumbre hará insertar en los programas de la pieza los juicios más violentos de sus críticos. Es un sistema para desacreditar a éstos, puesto que sus obras se representan en salas llenas, entre locos aplausos.

**-L**os autores desconocidos y los editores ambiciosos han aprovechado la muerte de Anatole France para desencadenar en torno a su nombre toda suerte de diatribas y de libelos. Renunciamos a dar la lista de estos y hacer la cuenta de aquellos. Pero no podemos menos de señalar una nueva orientación de los ataques, bastante curiosa. Cuando Charles Maurras dedicó su *Anatole France* a Thibaudet, decíalo "el retrato de un anglosajón por un provenzal". Anatole France, pues, según los que han levantado esta frase de Maurras, no es sino un excelente ensayista de segundo orden... porque era Anglo Sajón.

**-D**E la misma encuesta hecha por *Le Journal littéraire* de que hacemos alusión más arriba, copiamos este juicio de Dimitri Merejkowsky: "Aparte de algunos escritores dispersados por aquí y por allí, la literatura rusa contemporánea se encuentra actualmente en París. Sin embargo, reina en Francia una incomprensión total de nuestras obras y de nosotros mismos. Vivimos codo con codo con los franceses y nuestra existencia pasa inadvertida para ellos. No nos penetramos mutuamente. Se nos traduce, hasta se nos lee, pero no se nos comprende. Seguimos siendo extraños para los franceses. El interés que nos demuestran es ficticio. Su "berretín" por Tolstoi y Dostoiewsky no es en el fondo sino snobismo. Nadie sabe nada. Los pocos escritores que se interesan por nuestros grandes escritores tienen opiniones y juicios superficiales. La mayoría no comprende nada. Hay una falta de interés, una ausencia casi total de simple curiosidad. Hemos vivido juntos durante cinco años, hemos encontrado amigos sinceros, pero en literatura seguimos aislados. No acuso a nadie, compruebo un hecho".

**-L**os *Cahiers de la quinzaine* que dirigiera el malogrado Charles Peguy van a reaparecer bajo la dirección de su hijo y en la misma forma de antes. Sus colaboradores serán, más o menos, los mismos, salvo los claros que dejó la guerra y la incorporación de los nuevos, más numerosos aquéllos que éstos.

## NOTAS Y COMENTARIOS

### Baldomero Sanín Cano

CON verdadero regocijo saludamos como a nuestro huésped que piensa radicarse en la Argentina y esperamos que sea por siempre, a Baldomero Sanín Cano. Después de haber representado a *La Nación* en Londres, primero, y luego en Madrid, viene a incorporarse a su redacción local.

La presencia en Buenos Aires de tan alto espíritu y la acción que aquí podrá desplegar como publicista, han de redundar sin duda en beneficio de nuestra cultura. Porque Sanín Cano se cuenta entre los escritores de América más vigorosos, más sólidos, más modernos y más independientes. El es del linaje espiritual de Montalvo, Martí y Rodó. Hombre de edad madura, vinculado desde varios decenios atrás al movimiento literario americano, hombre que hizo sus primeras armas en su patria, Colombia, con José Asunción Silva, Guillermo Valencia y otros talentos ilustres, nos da hoy todavía severas lecciones de clarividente juventud en el juicio al juzgar los hombres y acontecimientos de la hora presente. Ahí están para certificarlo, para nosotros los argentinos, sus correspondencias de varios años a *La Nación*, que no vacilamos en calificar como las más serenas, independientes y actuales que hayamos leído en el diario de Mitre en estos últimos años que han tenido la lamentable virtud de extravíar a tantos ingenios.

NOSOTROS espera que la juventud argentina sabrá apreciar en todo su significado lo que representa la presencia entre nosotros de Sanín Cano, y de éste que querrá acercarse a esa juventud para aconsejarla y sostenerla con su culta palabra de maestro.

## Una carta de Blasco Ibáñez

**M**ARCELINO Domingo, el reputado publicista español y ex diputado a Cortes, nos envía esta carta de Blasco Ibáñez, por si juzgamos de general interés publicarla, ya que eso no es posible en España. Nos es muy grato complacerlo. El texto de la carta es el siguiente:

*Menton (Alpes Marítimos), 27 Diciembre 1924.*

*Sr. D. Marcelino Domingo.*

*Madrid.*

Queridísimo amigo y correligionario: Gran alegría me ha proporcionado su cariñosa carta. Crea usted que bien la necesitaba. La actual tiranía me tiene aquí como aislado de España. Sólo deja llegar hasta mí las cartas y periódicos que me insultan y destruye indudablemente cuantas cartas pueden serme gratas.

La de usted es una de las riquísimas que han llegado a mis manos y le agradezco las palabras reconfortantes que contiene.

Inútil es decirle que este aislamiento en que vivo no quebranta en lo más mínimo mi fé en nuestros ideales y mi energía para luchar. Pero reconozco que por culpa de tal situación yo no puedo apreciar como usted y como otros que viven ahí, lo que conviene hacer en beneficio de la libertad de España.

Agradezco muchísimo el que usted diga que se pone a mis órdenes, pero en realidad soy yo el que debe ponerse a las de usted y a las de los otros republicanos con solvencia que pueden trabajar dentro de España.

En una palabra, querido Domingo, vamos a precisar la situación, pues ya sabe que soy muy pronto y resuelto en mis decisiones.

Sé bien para lo que puedo servir. En este momento puedo ser en el extranjero la voz liberal de España, haciendo una labor destructora de la Monarquía. Continuaré este trabajo sin miedo alguno, concentrando en él todas mis energías.

Fuera de esto dejo a usted y a los demás el trabajo de organizar dentro de España lo que consideren conveniente. Siempre que necesite usted de mi nombre úselo, con la misma libertad que si fuese el suyo. Diga en representación mía todo lo que considere oportuno y útil, en una palabra, sea usted ahí como si fuese yo mismo, pues tengo la certeza de que hará las mismas cosas que haría yo. Mientras tanto yo continuaré aquí mi labor universal de escritor demoliendo al rey y al Directorio.

Como usted está ahí puede conocer mejor que yo los giros que hay que dar a nuestra propaganda, pues la política es muchas veces un arte de gradaciones. No tenga ningún escrúpulo en aconsejarme y dirigirme, pues así lo exige lo anormal de mi situación. Escribame lo que crea oportuno, utilizando el mismo conducto de la anterior carta.

En espera de sus noticias reciba un abrazo de su amigo de tantos años. — VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

**Rusia interesa a los estudiantes argentinos.**

**R**ECIBIMOS y publicamos:

“El Comité Estudiantil de Ayuda a los Estudiantes Rusos”, surgido en horas difíciles para el pueblo y estudiantes de Rusia, cumplió durante sus dos años de existencia la misión que las circunstancias imponían.

Consolidada definitivamente la economía rusa — la pérdida parcial de la última cosecha no puede ser motivo de seria preocupación—, la labor del Comité entra en una faz nueva e interesante. La ayuda económica a los estudiantes rusos, objetivo primordial de la agrupación, es substituida por la compenetración espiritual y el conocimiento mutuo.

Los tesoros culturales de la Rusia pre y post-revolucionaria, los esfuerzos gigantescos de un pueblo que busca dentro de nuevas normas económico-jurídicas el equilibrio social que la evolución natural de la vieja sociedad había destruído, no pueden permanecer desconocidos por un pueblo joven como el nuestro que necesita de esas experiencias para formar el propio patrimonio espiritual. Por otra parte, los camaradas rusos con la característica actividad afebrada de las generaciones revolucionarias cuya sed de conocimientos es ilimitada, insisten en solicitar informes de las manifestaciones intelectuales y sociales de nuestro país. Respondiendo a los deseos de los camaradas de Rusia, que son también los nuestros, el Comité ha resuelto iniciar los trabajos de amplia reorganización que las nuevas directivas exigen. En este sentido, desde ya solicita de sus asociados y de todos los estudiantes, intelectuales y obreros, decidida colaboración.

**Edwin Elmore**

**S**E encuentra en Buenos Aires este prestigioso intelectual peruano, y el motivo de su visita a nuestro país está relacionado con el proyecto de organizar un congreso de intelectuales latino-americanos. Las ideas fecundas y perfectamente definidas que le animan en su cruzada, aparecen en la interesantísima carta, que publicamos en otro lugar de este número, dirigida hace poco por él al ilustre Enrique José Varona. No hay duda que ha llegado el momento de obrar en forma decidida en el sentido de una más estrecha solidaridad entre los pueblos americanos de origen ibérico. Nuestro distinguido visitante cree que actualmente se presentan, para la América Latina, problemas cuya rápida solución es asunto de vida o muerte; se trata nada menos que de impedir la total absorción de estas nacionalidades por el voraz imperialismo de Estados Unidos. Para ello debemos unificar la acción de los que, en nuestro continente, vemos con claridad la magnitud del peligro que se cierne sobre nuestro

destino de pueblos libres. Si la reacción agresiva del capitalismo, que el mundo ha presenciado en estos últimos años, fué victoriosamente rechazada por los pueblos de Rusia y de Turquía, ¿nada haremos nosotros para escapar al triste destino de Marruecos o de la Indochina? ¿Permitiremos, nosotros los intelectuales latino-americanos, que todo nuestro continente sufra la suerte de Haití o de Nicaragua, es decir que, por gradaciones insensibles, nuestros países se conviertan en colonias de Wall Street? En esa senda de deshonor está impulsando al Perú el tirano que lo gobierna, y no dudamos que la amarga visión de lo que sucede en su patria ha sugerido al Sr. Elmore la loable iniciativa que comentamos, y cuyo éxito, de más está decirlo, sinceramente deseamos.

Numerosos fueron los esfuerzos, oficiales y privados, que en el pasado se hicieron para fomentar la unión latino-americana. Pero el movimiento contemporáneo data solamente del 11 de Octubre de 1922, fecha en que José Ingenieros pronunció su memorable discurso a Vasconcelos, en el banquete que NOSOTROS le ofreció. Aquella pieza oratoria marca una época en la evolución del pensamiento latino-americano. Fué la primera vez, en efecto, que un gran pensador relacionó el problema de nuestro futuro con el vasto movimiento de emancipación mundial que, en todas partes, opone el derecho de los pueblos productores al privilegio de las clases parasitarias, servidas por gobiernos de presa. Pueblos y gobiernos toman su lugar en uno u otro bando. Nuestros pueblos deben tomar el suyo del lado de la justicia, social e internacional, uniéndose en torno de los nuevos ideales renovadores. Para sustentar esta prédica de elevado nacionalismo continental fué fundado, en Buenos Aires, el periódico *Renovación*, y no sabemos que en parte alguna hayan sido expuestas, en forma más amplia y enérgica, las ideas del neo latino-americanismo. Aplaudimos, pues, de corazón, toda iniciativa como la de nuestro amigo Elmore, pero no olvidamos que aquí, en la Argentina, nació y se desarrolla el más significativo de cuantos movimientos propiciaron la unión latino-americana.

### Afirmaciones de arte nacionalistas.

**Y**A se ha dicho: Todo lo exagerado es insignificante. Y podemos agregar, casi siempre ridículo. Una vez más lo hemos comprobado al leer las declaraciones hechas a *Critica*, en una entrevista, por el pintor Alfredo Guido, a su regreso de Europa. Reproducimos sin otros comentarios de la edición de *Critica* del 16 de Febrero, algunas de esas declaraciones verdaderamente sensacionales:

Yo creo que los pintores argentinos nada tienen que aprender en Europa. Una persona inteligente y enamorada de su arte puede llevar de aquí una cultura tan buena como la que sacaría de los centros artísticos europeos.

Y habiéndole pedido nosotros que nos explicara esto, nos dijo:

—Porque nuestro museo nacional es uno de los mejores del mundo, indiscutiblemente. Los clásicos tienen aquí sus obras mejores y los maestros modernos igual. Los impresionistas franceses, por ejemplo, que son como la base de la evolución moderna, se encuentran mejor representados aquí que en Francia mismo. Corot, Sisley, Monet, etc., tienen sus mejores obras en Buenos Aires.

—Sin embargo, hay un aspecto bajo el cual el viaje a Europa tiene un justificativo. Y es que los clásicos que todos conocemos y cuyo nombre barajan hasta los legos en arte, no son siempre los artistas superiores de una época. Miguel Ángel, Vinci, Goya, etc... todo el mundo los conoce y dice de ellos que son insuperables, porque eso es lo que en todas partes se oye; sin embargo, contemporáneos a estos maestros de fama universal, ha habido otros mejores, pero de más escasa producción cuyos nombres no han trascendido por eso mismo o se han olvidado de pronto. Así, nos encontramos a lo mejor en algún rincón de los museos de Europa, con verdaderas maravillas, de cuyos autores los historiadores de arte y los críticos, apenas si nos han hablado escasamente.

—¿De modo que en ese sentido la cultura artística no es completa?

—No lo es efectivamente: pero en Europa, aun con tener a mano colecciones de éstas, no se aprovechan tampoco debidamente. Los profesores no hablan de ella a sus alumnos porque los programas no exigen un estudio de esos autores oscuros y el público turista no descubre en ellos el secreto ni el valor de la belleza.

### Miscelánea

**I**NVITAMOS a nuestros lectores y colaboradores a crear y sostener en NOSOTROS una nueva sección informativa que puede resultar realmente interesante y provechosa. Es frecuente que el bibliófilo, el estudioso, el simple lector por pasatiempo descubran informaciones de toda índole sobre cosas que atañen a la vida del espíritu. Estas informaciones raras y curiosas quedan

generalmente sin comunicarse a los demás por falta del vehículo apropiado. NosotROS ofrece sus páginas para las mismas. Caben en esta sección toda suerte de noticias breves sobre viejas y olvidadas ediciones de libros, toda suerte de hallazgos, toda suerte de rectificaciones: noticias arqueológicas, cronológicas, filológicas, históricas, geográficas, toponímicas, lingüísticas, artísticas, literarias, etc. Importantes periódicos europeos sostienen esta sección miscelánea bajo distintas rúbricas; nos sería grato que ello también pudiera hacerse en nuestras páginas con la colaboración de todos.

NosotROS.